BARTOLOMÉ BENNASSAR

Don Juan de Austria

Un héroe para un imperio

Ahí está, sonriente y feliz mientras le aclaman sus tropas. Don Juan de Austria, un jovencísimo general de apenas 24 años acaba de convertirse en el héroe del mundo occidental al aplastar a la armada turca en la batalla de Lepanto. Es una victoria por la que suspira toda Europa, cercada en el Mediterráneo por los hábiles piratas del Islam y que ve cómo los ejércitos del imperio otomano llegan a las puertas mismas de Viena.

Bartolomé Bennassar, uno de los mejores conocedores de la historia moderna de España, dibuja una biografía apasionante de este hijo natural de Carlos V al que la fortuna, por un igual, sonrió y castigó con duros reveses. El príncipe fue criado en secreto en Castilla, y sólo tras la muerte del emperador, el rey Felipe II, su hermanastro, le dio un reconocimiento oficial. Don Juan soñaba con lograr una corona, tal vez la de Inglaterra, que borrara este estigma de bastardo. Pero su ambición, su fama y su talento eran una combinación muy peligrosa en la corte de fines del siglo XVI, marcada por las intrigas del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, y de su amante, la princesa de Éboli.

Bennassar no sólo narra con maestría la vida acelerada del héroe de Lepanto, —hazañas, amores, fracasos— sino que analiza y aporta nuevos datos que permiten comprender ese período turbulento y fascinante de la historia de España y de Europa y las razones que convirtieron a don Juan de Austria en uno de nuestros mitos más duraderos.

epublibre

Bartolomé Bennassar

Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio

ePub r1.0
Titivillus 13.01.2020
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio*
Bartolomé Bennassar, 2000
Ilustración de cubierta: *Juan de Austria*, Sánchez Coello, Monasterio de El Escorial, Madrid

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Edición digital: ePubLibre, 2020
Conversión PDF: FS, 2020

ÍNDICE

Introducción
Capítulo I. Funeral barroco: muerte y gloria
Capítulo II. Jerónimo, el encubierto
Capítulo III. Un joven de buen tono
Capítulo IV. Diversiones cortesanas y sueños de cruzada
Capítulo V. El mar y la guerra
Capítulo VI. La hora del destino
Capítulo VII. Lepanto
Capítulo VIII. Triunfo y frustración
Capítulo IX. El descanso del héroe
Capítulo X. La trampa
Capítulo XI. Don Juan, mitificado
Capítulo XII. Balance. La vida acelerada de un caudillo inquieto
Datos cronológicos
Bibliografía
Índice onomástico
Notas

Introducción

¡Ni siquiera los años de Cristo! El día de su muerte, el primero de octubre de 1578, el ilustrísimo príncipe don Juan de Austria no había cumplido los treinta y dos años. ¡Qué vida tan breve y, sin embargo, tan llena de contrastes, tan colmada de hazañas y desventuras, como sida fortuna se hubiese complacido en multiplicar en el mismo hombre las felicidades más inesperadas y las desgracias más crueles!

Había llegado a Castilla como un niño anónimo, acompañado por un músico tañedor de viola. Durante años había crecido bajo la vigilancia lejana de una mujer rústica, de un cura holgazán y de un maestro de escuela demasiado atareado. Después se había trasladado, sin saber por qué, a la otra meseta, de la aldea de Leganés al castillo señorial de Villagarcía de Campos, de la custodia de una mujer cariñosa pero analfabeta a la de una gran señora, esposa de uno de los próceres más destacados de su tiempo. Se acabaron las escapadas con los rapaces de Leganés, la libertad embriagadora de los trigales ya segados o de las viñas por vendimiar. Llegaba otro tiempo, de estudios meditados y completos, bajo el cuidado de preceptores elegidos con esmero: gramática, latín, francés, historia, matemáticas, astronomía… Tenía, eso sí, el alivio, el entretenimiento delicioso de las clases de equitación y la instrucción en el manejo de las armas que le daba un militar profesional.

¿Por qué tenía que realizar estas visitas misteriosas, incomprensibles, al ermitaño de Yuste, al parecer casi indiferente, ya dispuesto a su cita con la muerte? De la noche a la mañana, este niño surgido de ninguna parte, recibe el abrazo del rey Felipe II, la ovación de los grandes señores del reino, viste como un príncipe, ostenta en su pecho el collar prestigioso de la orden del

Toisón de Oro, le ponen al frente de una casa principesca. ¡Y sólo tiene doce años!

Pasa después cuatro años en la Universidad de Alcalá de Henares, la más prestigiosa de la época. Sus condiscípulos: sus «sobrinos», don Carlos, el heredero de la monarquía, y Alejandro Farnesio, otro destino fuera de serie. Y tantas cosas: el sueño frustrado del socorro de Malta, la guerra, la guerra verdadera, la lucha despiadada en las sierras granadinas, en Las Alpujarras, entre sol y nieve, los celos de los hombres de guerra ya envejecidos y demasiado prudentes, las discrepancias y las contiendas con ellos, la muerte a su lado de su ayo, tan respetado y amado. El orgullo por las victorias y el triunfo final, pero al mismo tiempo, el sentimiento por las víctimas de la tragedia.

El mar. La Santa Liga. Mesina enaltecida. Un generalísimo de veinticuatro años, a bordo de una galera real de ensueño, al lado y al frente de los Doria, de los Colonna, de los prestigiosos ammirales venecianos. La amenaza temible de la Armada turca que, en lo que iba de siglo, sólo había conocido un fracaso, en el sitio de Malta. Y una victoria auténticamente prodigiosa, en las aguas del adversario, una victoria casi aplastante, cuyo eco se propaga de catedral en catedral al son alegre de los *Te Deum*. Millares de esclavos cristianos, libres por la magia de tan extraordinaria victoria. No sabemos cuántos lienzos, cuadros, tallas, bajorrelieves, grabados, estampas, monedas, a la gloria de Lepanto, «el acontecimiento mayor de la historia desde el nacimiento de Cristo», según Miguel de Cervantes, actor humilde de la proeza, y además a la gloria de su vencedor, retratado en bronce en la misma ciudad de Mesina en el plazo breve de un año: una estatua colosal, a la medida del héroe.

Para este hombre, que tenía fama de ser uno de los más atractivos de su época, que hizo latir el corazón de tantas mujeres, apenas unos amores breves. Tal vez muchos amores, pero siem-

pre breves. Corre el tiempo. En las sombras de la corte, María de Mendoza: año y pico, nada más. En la gloria de Nápoles, después de Lepanto, Diana de Falangola: unos meses, nada más. Cada vez, una hija nacida de estos lances, salvo con María, con la que tiene dos hijos. Con la misma María, en 1576, últimos brotes de pasión. Sus vástagos los dejará al descuido casi absoluto. Luego, mujeres de una noche. Otros cortos amores, esta vez descarados, con la esposa del *castellano* de Nápoles, Ana de Toledo, oliendo a escándalo. En el último año de su vida, tal vez otra chispa con la marquesa de El Havre en Flandes. El héroe no tenía tiempo de casarse, o quizá le faltaban la intención o las ganas de hacerlo, salvo con María Estuardo.

El promotor de este proyecto de casamiento fue nada menos que Gregorio XIII. Y es que los papas estaban entusiasmados por don Juan. No les importaba que fuera un gran pecador. Lo dijo primero, y públicamente, como si tuviera el presentimiento del milagro de Lepanto, Pío V: «Hubo un hombre enviado por Dios, y se llamaba Juan». El Papa se refería explícitamente al conocido comienzo del cuarto evangelio, para marcar el destino de este hombre providencial que derrotaría a los turcos y a quien los papas hubieran querido lanzar a la conquista de algún que otro reino musulmán.

También le hacen ilusionarse con la gloria de una corona real. ¿Don Juan, rey de Tunicia? Sería fácil, puesto que el héroe ha conquistado Túnez y La Goleta. Pero Felipe II ordena evacuar el país. Los cristianos de Albania y de Morea ofrecen a don Juan la corona de su reino, con el beneplácito del Papa. Pero Felipe II decide que es una aventura políticamente arriesgada y poco oportuna. Luego, Gregorio XIII sueña con la conquista de Inglaterra para que el país vuelva a la Iglesia católica y romana. Don Juan sería el encargado de esta conquista, y se casaría con María Estuardo, reina de Escocia y pretendiente con derechos a la corona de Inglaterra, confiscada por una impostora, Isabel,

hereje y bastarda a la vez. Un sueño para don Juan, después de la Rosa de Oro concedida un día de 1574 por el mismo Papa.

Pero don Juan de Austria es a la vez el resurgir del héroe antiguo, del héroe griego, enfrentado a la fatalidad, a un destino trágico, y una anticipación del héroe romántico, del héroe desdichado, traicionado por la fortuna, víctima de la razón de Estado. Este invicto caudillo que, al final de su vida, casi sin tropas y sin dinero, sabrá aún encontrar los recursos y el talento precisos para su última victoria militar, la de Namur, ha sido condenado por el rumbo de la política de su rey, a despedir a los Tercios, a prescindir de las fuerzas con las cuales soñaba invadir Inglaterra. Retirada humillante para un ejército victorioso. Y por si fuera poco, otra humillación vergonzosa: por fin ha conocido a su madre.

Pero ¿quién era esta madre? Admitiendo, como la inmensa mayoría de los historiadores, la maternidad de Bárbara Blomberg, algunos que otros, demasiado respetuosos para con la figura del padre, quisieron disfrazarla como a una joven de estirpe nobiliaria, o como la hermosa hija de un rico mercader alemán. ¡Mentiras piadosas! Cualesquiera que fueran las circunstancias del encuentro entre el imperial viudo y la joven alemana, Bárbara Blomberg revelaría después su verdadera naturaleza: vulgar, codiciosa, pedigüeña, corrupta. En el fondo, una mentalidad de ramera, como gritó en un acceso de ira furibunda el malaventurado don Carlos. ¡Lástima de don Juan! Pero lo había dicho también Carlos V en los días de su abdicación: «La fortuna es una ramera».

* * *

Dos de los capitanes más ilustres de la segunda mitad del siglo XVI —no en balde ambos figuran en la galería de los grandes capitanes que retrató Brantôme— eran directa o indirecta-

mente vástagos ilegítimos del emperador Carlos V. Uno de ellos era Alejandro Farnesio, cuya madre, Margarita, era hija bastarda del emperador, aunque él nació dentro del matrimonio.[1] Don Juan de Austria era por eso tío de Alejandro, que había nacido año y medio antes que él. Criados de manera muy distinta en su niñez, se reunieron por la voluntad explícita de Felipe II, cursaron los mismos estudios en la Universidad de Alcalá, conocieron juntos la misma vida cortesana en los principios del reinado de Felipe II. Incluso les retrataron los mismos pintores, aunque Farnesio tuvo además la suerte de ser uno de los modelos de Tiziano. Si Alejandro estuvo ausente de la guerra de Granada, teatro de la iniciación de don Juan a la guerra, los dos príncipes lucharon juntos en primera línea en la gloriosa jornada de Lepanto, y más tarde unieron sus esfuerzos en los Países Bajos, donde Farnesio sucedió a don Juan después de la muerte del héroe de Lepanto. Alejandro, el único varón en la historia que haya sido a la vez nieto de un papa y de un emperador, fue quien organizó y presidió el funeral de don Juan en Namur. Pocas veces se ha dado tanta compenetración entre dos seres, a la vez tan próximos y tan diferentes.

Capítulo I — Funeral barroco: muerte y gloria

Últimos días de don Juan

Entre los años 1575 y 1578 una ola venenosa de enfermedades contagiosas azotó toda Europa: la peste, desde las penínsulas ibérica e italiana hasta las islas británicas, la misma peste que acabó con la vida larga y fecunda de Tiziano[1], y que se cebó también con los ejércitos españoles en Flandes; el tabardillo; la disentería. Mala coyuntura para don Juan, físicamente debilitado por trabajos, cabalgadas, privaciones, desvelos y angustias.

Don Juan había asumido hacía año y medio la gobernación dificilísima de los Países Bajos en pésimas condiciones. La mano implacable del duque de Alba no había resuelto el problema de la región. Muy por el contrario, la rebelión se había extendido.[2] Los resultados militares y políticos positivos conseguidos por don Luis de Requesens, sucesor del duque, habían sido anulados por la quiebra de la Hacienda real y por la reacción de la población contra la «furia española» de Amberes, como se llamó al saqueo brutal de la ciudad por parte de las tropas que, desde hacía varios años, esperaban en vano su paga.

Sin embargo, al principio de 1578, antes de recibir la noticia fatal del asesinato de su secretario, Juan de Escobedo, don Juan pudo creer que se despejaba su horizonte. Gracias a una genialidad del príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, el ejército de los Estados Generales había quedado aniquilado en el campo de batalla de Gembloux, cerca de Namur, el 31 de enero de 1578 y, en el curso de las semanas siguientes, varias ciudades de los Países Bajos meridionales se habían rendido sin combate a las tropas españolas. Don Juan consiguió que Gembloux y las demás ciudades valonas no fueran saqueadas. La opinión pública belga comenzó a comentar favorablemente la actuación del goberna-

dor cuyo campo, establecido en el Hainault, resultaba ejemplar y cuyos agentes pagaban escrupulosamente a los campesinos los géneros y mantenimientos que les pedían.

Pero a partir de los últimos días de febrero, cambió la decoración, con las nuevas instrucciones recibidas de Felipe II. En vez de aprovechar la situación creada a raíz de la victoria de Gembloux para fortalecer les ventajas conseguidas, dividir a los rebeldes y luego empezar negociaciones nuevas con argumentos más fuertes, o invadir Inglaterra, Felipe II anhelaba un arreglo pacífico inmediato con los Estados, sin darse cuenta de que no podían esperar condiciones de paz aceptables de Guillermo de Orange, según admitió el mismo enviado de Isabel de Inglaterra, *sir* Francis Walsingham. Cuando el rey de España se enteró del desastre portugués en Alcazarquivir y de la muerte de don Sebastián, el joven rey de Portugal (4 de agosto), escogió aún más el camino de la «imposible paz».

Por si fuera poco la noticia de la muerte de Juan de Escobedo y de sus circunstancias desesperó a don Juan: entendió perfectamente, aunque demasiado tarde, que el rey, su hermano, había sido engañado por las artimañas de Antonio Pérez y que por eso él había perdido a un criado adicto y leal, casi a un verdadero amigo.

Desanimado, con la moral muy baja, don Juan aguantó mal que bien un primer ataque de fiebre al empezar el verano y se recuperó algo en la segunda quincena de agosto. Pero el 17 de septiembre, cuando la fiebre se apoderó de nuevo de su cuerpo, abandonó la ciudad de Namur y se trasladó fuera de la ciudad al campamento del regimiento de Lope de Figueroa, el maestre de campo al que había enviado a la corte para hacer a Felipe II la relación de la jornada de Lepanto. Esperaba que los aires del campo le resultaran más saludables y propicios. Pero no fue así.

Don Juan tuvo por último alojamiento un viejo palomar, al que se había hecho una limpieza de emergencia, adornado con tapices flamencos y tapado por cortinas. Allí se prolongó su agonía durante dos semanas. Perdía progresivamente las fuerzas, debilitado por los vómitos, la fiebre, los dolores violentos que de vez en cuando sacudían su cuerpo exhausto. El 28 de septiembre, ya convencido de que su enfermedad no tenía remedio, don Juan nombró a su sobrino Alejandro Farnesio, gobernador general y comandante de las tropas para sustituirle en caso de muerte y en espera de la decisión de Felipe II. Durante casi dos días, don Juan cayó presa del delirio. Revisitó en sus quimeras enfermizas los campos de batalla en los que había luchado, escuchó bandas musicales fantásticas, atabales, trompetas y tambores, como si tocaran para él las orquestas del cielo. Recobró la conciencia y pudo recibir el sacramento de extremaunción, y oír misa antes de morir el 1 de octubre de 1578 a la una de la tarde.

Durante los años siguientes circularon rumores a propósito de la muerte de don Juan. Guillermo de Orange —que ya preparaba los ataques de su *Apología*—, siempre dispuesto a usar las armas de la calumnia, insinuó que el príncipe había muerto envenenado bajo orden de su hermano el rey. Otros, entre ellos el jesuíta Antonio Ossorio, acusarían más tarde a Alejandro Farnesio, por celos, sin ninguna prueba y con muy poca verosimilitud, pues los dos príncipes eran amigos de verdad, habían sido condiscípulos en Alcalá, y habían luchado juntos en Lepanto. De admitir las tesis del envenenamiento, sería mucho más probable la implicación del mismo Guillermo de Orange, de la reina de Inglaterra o, sobre todo, de Antonio Pérez, el más interesado en la desaparición de don Juan, aunque a la postre la muerte del caudillo le golpeara a la manera de un bumerán. Algunos, en fin, hablaron de una enfermedad venérea.

La verdad podría ser más sencilla y conforme al diagnóstico realizado en nuestros tiempos por un médico inglés, Mac Lau-

rin. Don Juan —que, por otra parte, padecía cruelmente almorranas, como su padre Carlos V— fue víctima de una epidemia de tabardillo exantemático, que también atacó a algunos capitanes suyos que acabarían sanando. Pero en el caso de don Juan, el proceso ambulante del tabardillo provocó una úlcera. Distintos testigos, entre ellos Alejandro Farnesio, notaron que don Juan, que sufría vómitos y disentería, había perdido rápidamente peso. Al reventar la úlcera, se produjo una peritonitis y el trauma fue causa de los delirios y de la pérdida de sentido. No olvidemos que don Juan había quemado sus fuerzas en excesos de distinta índole. Además es muy probable que la situación política y militarmente angustiosa experimentada por él durante año y medio le produjera un estrés agravado por la noticia de la muerte de Escobedo. La relación manuscrita encontrada en la biblioteca del padre Flórez puntualizaba: «La enfermedad de Su Alteza fue de tabardillo o modorra, y una almorrana, que le cortaron, de que murió a primero de octubre del año pasado de 1578, después de diez y seis días de enfermedad»[3].

Al analizar, la causa final de la muerte del príncipe, tal vez no se da la importancia que merece a la almorrana. Pero tenemos un testimonio escrito por Dionisio Daza Chacón que conocía perfectamente a don Juan, puesto que había sido su médico en la batalla de Lepanto. En la primera parte de su *Práctica y teórica de cirugía*, publicada en Valladolid en 1580, escribía a propósito del tratamiento de las hemorroides: «Este remedio de las sanguijuelas es muy mejor y más seguro que el rajarlas ni abrirlas con lanceta, porque de rajarlas algunas veces se vienen a hacer llagas muy corrosivas, y de abrirlas con lanceta lo más común es quedar con fístula y alguna vez es causa de repentina muerte; como acaeció al serenísimo don Juan de Austria, el cual, después de tantas victorias (…) vino a morir miserablemente a manos de médicos y cirujanos, porque consultaron y muy mal darle una lanceteada en una almorrana. Dieron la lanceteada y sucedióle

luego un flujo de sangre tan bravo que con hacerle todos los remedios posibles dentro de cuatro horas dio el alma a su creador, cosa digna de llorar y de gran lástima. Si yo hubiera estado en su servicio, no se hiciera un yerro tan grande como se hizo»[4].

Néstor Luján arriesga la hipótesis de que no se puso énfasis en la causa real de la muerte por considerarla humillante. Tal vez.

El funeral de Nantur

La muerte y los funerales de don Juan dieron lugar a una escenografía casi surrealista, aunque sería más oportuno calificar los funerales sucesivos de don Juan (pues tenemos que usar el plural) de ceremonias barrocas. Hay que tener en cuenta la gran popularidad del difunto entre los soldados, de modo que las distintas unidades del ejército reivindicaron el honor de llevar su cuerpo hasta la catedral de Namur donde se celebraba la misa de cuerpo presente: los españoles, porque don Juan era hermano de su rey; los alemanes, porque había nacido en Alemania; los flamencos, porque era su gobernador. Alejandro Farnesio tuvo que dar al conflicto una solución digna de la sabiduría de Salomón. Resolvió que hasta la salida del campamento el cadáver sería portado por los miembros del Consejo de Estado en persona, asistidos por los caballeros de la Casa del príncipe. Después, hasta Namur, por seis jefes de regimientos de cuerpos de las distintas nacionalidades, cuyos soldados elegidos participarían en la procesión encabezada por elementos del tercio de Lope de Figueroa, siendo el mismo Farnesio, vestido de luto, quien presidiría el ceremonial.

El duelo estaba representado por las banderas negras del tercio de Lope de Figueroa, «las picas arrastrando y los atambores destemplados»[5]. Antes de llegar a la catedral la comitiva recorrió toda la ciudad de Namur; el funeral, con un rito lento y solemne, empezó a las diez de la mañana y se prolongó hasta el anochecer.

El cuerpo de don Juan fue objeto de una preparación funeraria muy especial. En primer lugar, el cadáver fue embalsamado; luego se le puso un jubón de tela de holanda, con pasamanos de plata y oro, unas calzas blancas bordadas con hilos de plata y oro; se le puso la armadura y en la cabeza una corona hecha de tela de oro, adornada con piedras preciosas muy finas, como un recuerdo nostálgico de las coronas reales que nunca se ciñó; al lado, la espada y la celada del casco con penachos blancos; a las manos les pusieron guantes de ámbar negro. Arreglado de esta manera, el cuerpo de don Juan bajó a su sepultura.[6]

Traslado a El Escorial: un ceremonial surrealista

Mejor dicho, a su primera sepultura. A los cinco meses, por orden de Su Majestad, se sacó el cuerpo y «púsose en palacio con gran silencio y secreto». Se trataba de trasladar los restos a España a través de Francia, gracias a una cédula firmada por «el Rey Cristianísimo». Felipe II había dispuesto que acompañaran al cuerpo de don Juan los criados suyos que así lo quisieran. De hecho, el séquito tras los restos mortales de don Juan incluyó a setenta personas encabezadas por el maestre de campo don Gabriel Niño de Zúñiga. Pero, entre el día de apertura de la sepultura de Namur y la salida rumbo a España se tardó un mes aproximadamente en preparativos de toda índole. Se desnudó y aromatizó de nuevo el cadáver; después se cortó el cuerpo en tres partes, «la una hasta el cabo de la espina, la segunda hasta las rodillas y lo demás en otra», para que el transporte resultara más fácil, pero de tal manera «que se juntase el cuerpo sin echarse de ver la división de él». Las tres partes se colocaron en bolsas puestas «en un baúl forrado de terciopelo azul encerrado por de fuera», que se podía sujetar a las ancas de un caballo.

La expedición salió de Namur el 18 de marzo de 1579, guiada por un caballero de la corte del rey de Francia, y, pasando por París, llegó a Nantes dónde se embarcó con destino a San-

tander. Una vez en el puerto cantábrico —el día de llegada fue el Miércoles Santo—, don Gabriel Niño de Zúñiga avisó a Su Majestad y recibió orden de caminar en igual manera hasta la abadía de Parraces (creemos que se trata de Pajares de Adaja, entre Arévalo y Villacastín), a cinco leguas de Segovia. En el aviso Gabriel Niño explicaba al rey en qué forma viajaba el cuerpo, cómo había sido aromatizado, cómo había conservado barba, bigote, cejas y pestañas; añadía sin embargo que el pico de la nariz resultaba «un poco gastado».

El 21 de mayo estaba la comitiva en dicha abadía. Pero a partir de allí se produce un cambio drástico. En vez de una procesión dolorida, relativamente discreta, desprovista de banderas e insignias, aunque iban caminando setenta a ochenta personas, se organiza una marcha solemne, de aparato brillante, con la participación de personajes importantes y con la evidencia del patrocinio real. Están presentes en la comitiva Juan Gómez, alcalde de corte, asistido por cuatro alguaciles de corte, más doce capellanes del Rey, doce frailes del monasterio de El Escorial, con acompañamiento del cerero mayor. Se han juntado al séquito el obispo de Ávila, Sancho Busto de Villegas, el secretario de Su Majestad, Martín de Gaztelu, es decir, una de las primeras personas que, siendo testamentario del emperador, había sabido de la verdadera identidad de don Juan. Participaba también un miembro del Consejo de don Juan, Juan de Alzamora, así como «muchos caballeros y criados del Señor don Juan que estaban en España»[7].

Antes de emprender la marcha hasta San Lorenzo el Real, se celebró otra ceremonia dentro de la iglesia de la abadía. Sobre un túmulo mediano, cubierto con un paño de brocado y terciopelo carmesí, se había colocado un ataúd nuevo, forrado de terciopelo negro por dentro y por fuera. En este ataúd estaba el cadáver recompuesto de don Juan pues, en presencia de todos los señores arriba mencionados, «se hizo demostración de todo el

cuerpo» para comprobar que «no faltaba cosa del» y, así, acabar con los rumores que habían circulado en España después de la muerte de don Juan. El cuerpo, embalsamado por segunda vez en Namur, como ya dijimos, se había envuelto en delicados lienzos de holanda, con una manta de damasco blanco. Incluso se había hecho la cubierta del ataúd en dos pedazos, articulados con goznes y cerraduras doradas, para el caso de que se quisiese ver el rostro del príncipe o la otra parte del cuerpo.

El ataúd llevaba encima una cruz de raso carmesí tachonada con clavazón dorado, la espada de don Juan por un lado de la cruz y por el otro, el collar del Toisón de Oro. Se hizo un velatorio y durante toda la noche estuvieron prendidas diez hachas. Luego, a la mañana del día siguiente, toda la compañía oyó misa. Al final de la misa, se sacó el ataúd cubierto del mismo paño y se puso en una litera, rodeada por los pajes del obispo que llevaban las hachas ardientes. Y así los restos mortales de don Juan emprendieron su último viaje, escoltados por una numerosa y selecta comitiva, todos a caballo, los legos por delante, la clerecía por detrás. Al llegar a San Lorenzo eran ya cuatrocientos los hombres a caballo. ¡La escolta se había multiplicado por seis!

Durante los dos días últimos del viaje (23 y 24 de mayo), la fúnebre cabalgata que almorzó el primer día en Villacastín e hizo noche en El Espinar siguió el mismo ritual en todos los pueblos que atravesó: salían de cada uno de los pueblos los clérigos que vivían en él tras un crucifijo para recibir el cuerpo y le acompañaban hasta la iglesia; don Gabriel Niño de Zúñiga y otros caballeros eran siempre los encargados de llevar el ataúd a hombros y lo ponían en un túmulo cubierto de paño negro dispuesto en la nave de la iglesia. Fuese mediodía o por la tarde se decía un responso; en El Espinar se dijeron además por la mañana varias misas rezadas y una misa mayor cantada, antes de un

responso solemne. Y, cada vez, la clerecía y las cruces acompañaban a la comitiva hasta la salida del pueblo.

Llegaron a San Lorenzo el Real el domingo 24 de mayo a las siete de la tarde. Los frailes del convento salieron en procesión a recibir al difunto encabezados por el padre vicario, fray Hernando de Torrecillas, por estar ausente el padre prior que asistía al capítulo general de la orden. Unos ilustres personajes se juntaron a don Gabriel Niño de Zúñiga para llevar a hombros el ataúd hasta el túmulo alzado en el patio grande del convento, junto a la capilla: don Juan de Tarsis, correo mayor de Su Majestad; don Pedro Zapata de Cárdenas, de la cámara de S. M.; don Gonzalo Saavedra; don Gerónimo Zapata; don Juan Enríquez; don García Bravo. El padre vicario salió vestido de capa, con dos padres vestidos de dalmáticas, y cuatro padres cantores, los cuales comenzaron el *Subvenite Sancti Dei;* y después los mismos caballeros tomaron otra vez el ataúd a hombros y se fueron en procesión a la iglesia donde lo pusieron en el sitial aderezado para tal efecto. Los frailes, el obispo y todos los caballeros se pusieron alrededor del túmulo y el vicario rezó una oración. Luego, los padres del convento subieron al coro para concelebrar una vigilia cantada.

Al día siguiente, 25 de mayo, el señor obispo dijo por la mañana la misa mayor pontifical y sus cantores ocuparon el coro. Después de la misa, la congregación del convento bajó a la iglesia donde permanecía el cuerpo de don Juan: los cantores del obispo cantaron medio responso en canto de órgano, y los cantores del convento, otro medio responso en canto llano.

El momento más solemne correspondió a la lectura, en público y en alta voz, por el secretario Martín de Gaztelu de la cédula de Felipe II que reproducimos a continuación:

«Venerable y devoto padre prior, vicario, frailes e convento del monasterio de Sant Lorenzo el Real. Porque habiendo fallecido como sabéis el ilustrísimo don Juan de Austria, mi muy caro e muy amado hermano, que sea en gloria, en los nuestros Estados de Flandes, y traídole de ellos al monasterio de Parraces don Gabriel Niño por mi orden, he mandado e acordado que le lleve a su cargo a ese monasterio, y que llegado a él y hecho el oficio os le entregue; os encargamos e mandamos le recibáis y pongáis en la iglesia de prestado del, en la bóveda que está debajo del altar mayor de ella, donde están los demás cuerpos Reales, para que esté allí en depósito con ellos hasta que se haya de enterrar é poner en la iglesia principal del, en la parte e lugar que Nos mandaremos señalar. De lo cual se hará por Martín de Gastellu, mi secretario, el acto de ello en la forma que conviene: que ansí es nuestra voluntad. Fecha en Aranjuez en 19 de mayo de 1579 años. Yo el Rey».

Después de leer la cédula, el secretario Gaztelu leyó también en voz alta la escritura de entrega y depósito. A continuación, una institución de prestigio al servicio de la Casa Real, los «monteros de Espinosa», se hicieron cargo del cuerpo de don Juan que pusieron en la bóveda que está debajo del altar mayor, conforme a la cédula, entre los demás restos de la familia real, y a la derecha de los restos del emperador, según el anhelo expresamente formulado por don Juan, con la anuencia de Felipe II. Eran las once del día. Y se fueron todos a comer. Durante la semana siguiente, cada día, algunos clérigos de la capilla real y una docena de frailes del monasterio de San Lorenzo le dijeron una vigilia cantada y la misa mayor cantada. Y en los dichos días «se abajaban al túmulo a decir sus responsos cantados como se suele hacer por las personas Reales»[8].

A don Juan de Austria, ocho meses después de su fallecimiento, se le rendían los honores y se le daba el tratamiento reservado a los miembros de la familia real, conforme a las aspiraciones de toda su vida desde el día en que se le reveló el secreto de su nacimiento. Es decir, que se le concedía de muerto lo que se le había negado de vivo.

Interpretación

¿Cómo podemos explicar el largo plazo (cinco meses) entre el entierro en Namur y la decisión de Felipe II de trasladar los restos mortales de don Juan para darle una sepultura real y, sobre todo, la publicidad tan expresiva dada al viaje final, desde la abadía de Parraces a San Lorenzo, con escolta oficial y sello real, que evidentemente tuvo gran impacto en todos los lugares del recorrido? El estilo y el aparato del viaje, la ceremonia celebrada en el real monasterio, la lectura de la cédula de Felipe II y la colocación del cuerpo de don Juan al lado del de Carlos V aparecen como una entronización, una admisión proclamada en el seno de la familia real.

En mi opinión, la clave la encontraremos en un examen atento de la cronología de los acontecimientos ocurridos entre octubre de1578 y marzo de 1579. Es muy posible que Felipe II haya recibido la noticia de la muerte de su hermano con alivio: en estos momentos el rey se fiaba de Antonio Pérez y, al contrario, no se fiaba de don Juan, sospechando que su ambición, su ansia de una corona, le pudieran llevar a una traición. Por eso había dado su aprobación, tácita o explícita, al asesinato de Escobedo, peligroso tentador de don Juan, según insinuaba Pérez.

Pero, después de la muerte de Escobedo, aún más, después de la de don Juan, aparece la figura del justiciero: es otro secretario del rey, Mateo Vázquez de Leca, cuya autoridad va creciendo, hombre trabajador que se ha hecho muy útil para el rey y que ha

se ha dado cuenta de las mentiras y la perversidad de la «pareja infernal», esto es, Antonio Pérez y su posible querida, Ana de Mendoza, princesa de Éboli.

Al principio, Vázquez de Leca aconseja al hijo y a la viuda de Escobedo que pidan justicia al rey e intenta despertar las sospechas del monarca sobre Antonio Pérez, pero sin éxito. El juego de Vázquez de Leca es arriesgado: la princesa de Éboli pide al rey el castigo de su secretario; el presidente del Consejo de Castilla no quiere dar crédito a las acusaciones de Vázquez. Pero Felipe II empieza a dudar.

A principios de la primavera, mientras los restos mortales de don Juan recorren lentamente los páramos de León y de Castilla, el archivo de don Juan llega de Flandes y el rey puede examinar detenidamente los papeles de su hermano. Mateo Vázquez gana su reto. Ha sugerido al rey los posibles amores clandestinos de Pérez y de la princesa de Éboli y, cosa de mucha más trascendencia, los cambios que Antonio Pérez introducía en las cartas dirigidas desde España a don Juan y en la correspondencia enviada por don Juan al rey, para que el vencedor de Lepanto apareciera como un caudillo inquieto, siempre insatisfecho, dispuesto a cualquier imprudencia, quizá a la traición.

El *corpus* documental quedará incompleto para siempre. Geoffrey Parker recordaba que, en 1576 y aún en 1579, Antonio Pérez había quemado buena parte de las cartas que había remitido a don Juan y recibido de éste; intentó también que el príncipe, por su parte, hiciera lo mismo. Además, «muchas de las pruebas cruciales nunca constaron por escrito» y Parker cita esta nota de Felipe II a Pérez: «A Escobedo temo en esto, pero a su tiempo hablaremos en ello, que es más para de palabra que para escrito.»[9] Sin embargo, con los papeles de Flandes (los que se han conservado), Mateo Vázquez, que supo ganar la amistad del confesor del rey, Diego de Chaves, puede demostrar ahora la

verdad de sus acusaciones. A fines de marzo, Felipe II, que había empezado a sospechar alguna maniobra de Antonio Pérez después de la recepción de Alonso de Sotomayor, enviado por don Juan, está convencido ya de la lealtad de su hermano y entiende que Pérez le ha engañado. El proceso publicado en 1922 por el padre Zarco no deja lugar a dudas. Gregorio Marañón cita acertadamente esta acusación tajante del sumario: «Antonio Pérez (…) descifrando cartas del dicho don Juan de Austria y del dicho Escobedo que venían para Su Majestad, puso y quitó muchas y diversas cosas sustanciales de ellas… habiéndolas descifrado falsamente…»[10] Ya veremos luego el porqué de las falsificaciones. En ese momento Felipe II ha resuelto ya detener y perseguir judicialmente a Pérez, pero el secretario sabe muchas cosas y hay que proceder con prudencia.

Por otra parte, el rey necesita a su lado a un consejero de gran experiencia política y por este motivo llama al cardenal Granvela que está en Roma, casi de vacaciones. La carta dirigida a Granvela, fechada del 30 de marzo de 1579, está refrendada por el mismo Antonio Pérez: éste se intranquiliza, adivina la amenaza, pero Felipe II, deseoso de ganar tiempo, le asegura, muy zalamero, que no tiene motivo de ansiedad. Pérez puede pensar, es cierto, que el rey, más o menos cómplice de la muerte de Escobedo, no se atreverá a proceder contra él. Sin embargo, el mismo día de la llegada de Granvela a Madrid, el 28 de julio de 1579, Antonio Pérez es detenido en su mismo despacho.

Antes Felipe II había otorgado *post mortem* a su hermano los honores tan deseados por éste. Podemos pensar que Felipe, personalidad muy compleja, más sensible de lo que daba a pensar su semblante impasible, experimentó un remordimiento profundo: se dio cuenta de la injusticia de su actitud para con su hermano en los últimos tiempos de su vida. Creemos que este remordimiento fue el motivo más pujante del alarde fúnebre de 1579 y de su conclusión.

Capítulo II — Jerónimo, el encubierto

Un nacimiento oculto

El hombre que salió de esta vida con tanto brillo, que recibió los máximos honores fúnebres al bajar al panteón de San Lorenzo el Real, había hecho en esta misma vida la entrada más discreta que se pueda imaginar. Fue el nacimiento de don Juan casi clandestino, oculto. Y, lo que más llama la atención, el secreto se guardó muchos años, hasta tal punto que su hermano Felipe, el futuro rey, no se enteró de la existencia de don Juan hasta el año 1556, dos años antes de la muerte de Carlos V.

Lo subrayó Manuel Fernández Álvarez en su análisis del testamento de 1554 y del codicilo de 1558. En el testamento de 1554, «la única referencia personal que hace es a su hija natural, Margarita de Parma, subrayando que la había tenido en sus años mozos: "ítem, por cuanto estando en estas partes de Flandes, antes que me casase ni desposase, hube una hija natural que se llama madama Margarita"». Y sigue el mismo historiador: «Por lo tanto, el emperador declara esta hija natural, cosa que era conocida y notoria, pero cuidando mucho de matizar que la había tenido cuando aún no estaba casado». Pero, de pronto, añade: «También aquí cabe destacar una omisión: la de don Juan de Austria, el secreto de cuya existencia sólo conocía por entonces su íntimo, don Luis de Quijada, el señor de Villagarcía de Campos»[1].

Según escribimos arriba, no aparece tampoco ninguna referencia a don Juan en el codicilo de 1558. Sin embargo, Carlos V había redactado un documento, que se refería a este hijo desconocido, en Bruselas y en junio de 1554, es decir, en el mismo momento elegido para la redacción de su testamento. Pero esta escritura no formaba parte del testamento. El emperador se la

entregó cerrada a su hijo Felipe cuando, en septiembre de 1556, salió de los Países Bajos para su retirada en el monasterio de Yuste. El tenor del documento es el siguiente:

«Demás de lo contenido en este mi testamento, digo y declaro que, por quanto estando en Alemania, después que enbiudé, hube un hijo natural de una mujer soltera, el cual se llama Jerónimo, y mi intención ha sido y es que por algunas causas que a esto me mueven, que pudiéndose buenamente enderezar, que de su libre y espontánea voluntad él tomase hábito, en alguna religión de frayles reformados, a lo cual se encamine sin hacerle para ello premia ni extorsión alguna. Y no pudiendo esto guiar ansí, y queriendo él más seguir la vida y estado seglar, es mi voluntad y mando que se le den de renta, por vía ordinaria, en cada año, de veynte a treinta mil ducados en el reyno de Nápoles, señalándole lugares y vasallos con la dicha renta. Lo qual todo, assí en el señalar los dichos, como en la cantidad de la renta, que la suma susodicha sea como pareciese al príncipe mi hijo, a quien lo remito, y en defecto del, sea como pareciese a mi nieto el infante Don Carlos, o a la persona que, conforme a este mi testamento, fuese mi heredero o heredera al tiempo que se abriese. Y cuando el dicho Jerónimo no estuviese por entonces ya puesto en el estado que yo deseo, gozara de la dicha renta y lugares por todos los días de su vida, y después dél sus herederos y sucesores legítimos, de su cuerpo descendientes. Y en cualquier estado que tomase dicho Jerónimo, encargo al dicho príncipe, mi hijo, y al dicho mi nieto, y a cualquiera mi heredero que, como dicho tengo, tubiere al tiempo que este mi testamento se abriese, que le honre y mande honrar y que le tenga el respeto que conviene, y que le haga guardar, cumplir y ejecutar lo que en esta cédula es contenido. Lo qual firmé de mi nombre y mano, y va cerrada y sellada con mi sello pequeño y secreto, y se ha de guardar y poner en efecto, como cláusula del dicho mi tes-

tamento. Hecha en Bruselas a seys dias del mes de junio de 1554.

»Hija o nieto, o cualquiera que al tiempo que este mi testamento y cédula se abriese y fuere conforme a él mi heredero o heredera, si no tuviéredes razón de donde esté este Jerónimo, lo podreys saber de Adrián, mi ayuda de cámara; o en caso de su muerte, de Oger, mi portero de cámara, para que use de él conforme a lo susodicho».

Este documento, que, según el mismo emperador, tiene valor de cláusula secreta de su testamento, fue entregado a Felipe a la salida de su padre de los Países Bajos con otros documentos y un recibo firmado por un tal Francisco Massy de quien trataremos luego. El pliego sellado llevaba esta mención: «No ha de abrir esta cédula otro que el príncipe mi hijo, y en defecto dél, mi nieto, Don Carlos; y en su defecto él o la que fuere mi heredero o heredera, conforme a este mi testamento al tiempo que se abriese».

¿Quién es quién?

Es evidente la voluntad del emperador de reservar el conocimiento del asunto a su heredero. Pero volviendo al documento y mirándolo con atención, es obvio que los datos concretos que aporta son muy escasos. ¿Qué nos enseña esta cláusula secreta?

Primero, que el emperador estaba viudo al tiempo de esta *liaison* y que la mujer estaba soltera. Es decir, que no se trata de un adúltero, lo que atenúa el «pecado» de la pareja, algo que Carlos V subraya. Segundo, que el fruto de estos amores, ocurridos en Alemania, fue un hijo bautizado con el nombre de Jerónimo. En el caso de que Jerónimo creciese hasta la edad conveniente, el deseo del emperador era que su hijo se hiciera religioso regular, pero con la condición de que no se le coaccionara para que siguiera este camino. Y, si quisiese guardar el estado seglar, que se le honrara como a señor de vasallos, con una pingüe

renta anual (de 20.000 a 30.000 ducados de renta neta eran los ingresos de un conde o de un marqués). Nada más.

Es decir que faltan la fecha y el lugar preciso del nacimiento, y la identidad de la madre. El documento queda mudo al respecto de la educación del niño y de las personas encargadas de ésta, de su lugar de residencia en el momento de la redacción de la cédula. Únicamente se señalan dos personas próximas a la persona del emperador que están al tanto de su vida y hechos y que sabrían encontrarle si fuese necesario.

Tanta parquedad en la información explica las dificultades de los biógrafos de don Juan de Austria para reconstituir los primeros años de su vida. Se mantuvo incluso cierta controversia a propósito de su madre. Entre los primeros biógrafos de don Juan algunos llegaron a barajar la hipótesis de que Carlos hubiera engendrado a don Juan con una princesa de sangre real. También se habló de una relación incestuosa o, de que esa misteriosa madre podría haber sido la hija del duque de Bavaria, gran amigo del emperador.[2] Hoy parece casi indiscutible que la progenitora de don Juan fue Bárbara Plumberger, a la sazón una joven alemana de dieciocho o diecinueve años que se establecería más tarde en Flandes y cambiaría su apellido a Blomberg para ajustarse a la pronunciación flamenca. Tampoco existe consenso con respecto al origen social de Bárbara, para algunos, hija de una familia noble de Nuremberg; para otros, de un rico mercader de Ratisbona o de unos artesanos; hay, en fin, quien sostiene que sería una lavandera cuya afición era el cante, lo que le habría dado la oportunidad de conocer al emperador. Nosotros opinamos que se trataba de una joven ciertamente hermosa, pero vulgar y no carecemos de argumentos para sostener esta tesis. En su último libro, Manuel Fernández Álvarez no señala nada nuevo al respecto.

Por una parte, es cierto que Carlos V, siempre (¿o casi siempre?) fiel a la emperatriz Isabel durante el tiempo de su matrimonio (1526-39), había sucumbido una y otra vez a los ímpetus carnales antes de casarse y lo haría de nuevo después de enviudar. Un reciente biógrafo de don Juan no duda en escribir que el emperador «para consolar la soledad, tuvo muchos amores inconfesables para no minar la moral pública»[3]. El embajador veneciano Federigo Badoaro, en su *Relación de España,* de 1557, haciendo el balance del reinado de Carlos V, afirma: «Por dondequiera ha estado, le han visto consagrarse a los placerás del amor, de una manera inmoderada, con mujeres de alta como de baja condición»[4]. Así pues, a Carlos no le molestaba nada hacer el amor con una mujer de estirpe más o menos humilde. Este bajo origen social explicaría perfectamente que el emperador hubiera casado luego a su amante, no con un señor, ni siquiera con un burgués notable, sino con un plebeyo de poco prestigio, comisario del ejército, Jerónimo Kegel Pyramus, con quien tuvo dos hijos. Explicaría también que la familia de esta mujer no fuera capaz de moderar los desenfrenos de Bárbara después de la muerte de su marido en 1568, hasta el punto que los gobernadores sucesivos de las diecisiete provincias tuvieron que saldar varias veces las deudas que ella iba dejando: la renta anual de 200 florines que le había otorgado Carlos en uno de sus legados, aunque sustancial, no bastaba ni mucho menos a la pródiga mujer cuyo tren de vida competía con el de una duquesa. Recibió además en su cama a un sinnúmero de sucesores del emperador, algunos de ellos encontrados en un burdel de Amberes, administrado por una dama Frayken, amiga íntima de Bárbara. Hasta su llegada a los Países Bajos en 1576, don Juan sabía poco de los excesos de su madre, a quien la corte de Bruselas había desplazado a Gante para disimular los escándalos. Finalmente la llevaron contra su voluntad a España: vino a parar a un pueblo de Castilla, San Cebrián de Mazote, no muy lejos de Valladolid,

y luego se trasladó a Colindres, en el Cantábrico, donde murió en 1598. *Last but not least,* sabemos que el niño le fue quitado muy pronto, quizá cuando aún era de pecho, lo que sugiere que el emperador no se fiaba de Bárbara para la educación de su hijo.

Otro problema a debate, hoy resuelto, fue el de la fecha de nacimiento de don Juan. En ciertos libros, algunos firmados por buenos historiadores, o diccionarios y enciclopedias, se repite el error de fijar en febrero de 1545 el acontecimiento.[5] Esto es casi imposible, ya que al parecer Carlos, ocupado por la Dieta de Spire en abril, y después casi siempre en campaña hasta la paz de Crépy de septiembre, no estuvo en Ratisbona ni siquiera dos días durante el año 1544. Además, existen pruebas concluyentes: cuando se celebran las Cortes de Toledo en noviembre de 1560, destinadas a la jura del príncipe don (atrios y, simultáneamente, al reconocimiento oficial de don Juan como hijo natural de Carlos V, las Actas de las Cortes especifican: «Y luego que esto fue hecho, el dicho Francisco de Eraso dixo a la S. C. M. del Rey don Felipe nuestro soberano Señor, que ya sabía como el ilustrísimo señor don Juan de Austria no tenía la edad cumplida de los catorce años; y como quiera que se conocía que tenía discreción, avilidad y entendimiento, que todavía a mayor abundamiento S. M. supliese el dicho defecto para que pudiese jurar e jurar el pleito-homenaje en caso que fuese necesario». Si en noviembre de 1560 don Juan no tenía catorce años, esto significa que no pudo nacer en febrero de 1545. Hubiera sido posible en 1546 pero ya las idas y vueltas del emperador en Alemania darían más probabilidades a la fecha de febrero de 1547. Esta fecha queda confirmada por la medalla de bronce acuñada en Nápoles por Giovanni Melón: en el anverso aparece el busto de don Juan, con el collar del Toisón de Oro, mirando a la izquierda, con la inscripción en mayúsculas: IONNES AUSTRIAE. CAROLI. V. FIL.AET. SV. ANN. XXIIII, y debajo

IO. V. MILON, F. 1571. Y al reverso, con Neptuno perforando al turco con el tridente, VENI. ET VICI. La cosa resulta muy clara: la medalla se refiere a la victoria de Lepanto, del año 1571, cuando don Juan tenía 24 años. Por tanto, nació en 1547.[6] Esta fecha se corresponde perfectamente además con la vida y hechos del emperador. En efecto, Carlos llegó a Ratisbona el 10 de abril de 1546, asistió al coloquio, o por lo menos abrió esta controversia entre teólogos católicos y protestantes que fracasó rápidamente, y después estuvo en la Dieta que había convocado en esta ciudad imperial, por lo que permaneció varios meses allí. Con toda probabilidad el futuro don Juan de Austria fue concebido durante este periodo, al calor de la relación entre Carlos y la joven alemana.

Hemos de admitir que no sabemos casi nada de los primeros años de la vida de don Juan. Pero está claro que el niño, quitado a su madre, fue traído a Bruselas, y confiado al cuidado de don Luis de Quijada, ayuda de cámara de Carlos V, que no se había casado aún con doña Magdalena de Ulloa. Don Luis puso al niño bajo la custodia de una mujer de confianza, quizá una nodriza elegida con esmero, que no perdía de vista. Si fuera cierto lo que afirma una corriente de la pediatría —que el destino de una persona se define en los tres primeros años de su vida—, tendríamos que confesar nuestra ignorancia casi absoluta de las circunstancias que conformaron la personalidad de don Juan.

Jerónimo en España

Reaparece nuestro héroe, con la mayor discreción, cuando tiene unos tres años y medio, es decir, en el mes de junio de 1550. Un músico conocido del emperador, el tañedor de viola Francisco Massy, deseaba retirarse en España, tras una larga carrera a su imperial servicio, en la modesta finca que poseía su mujer, Ana de Medina, en el pueblo toledano de Leganés. Surgió entonces la idea de encargar a la pareja la misión de llevar al

niño a España para que se le educara allí, bajo el pretexto de que el chico habría nacido de una aventura extraconyugal de un ayuda de cámara belga del emperador, el señor Adrián Dubois. El secreto del nacimiento del llamado Jerónimo se mantiene así, como manifiesta claramente el recibo firmado por Francisco Massy:

«Yo, Francisco Massy, *violeur* de Su Majestad, y Ana de Medina, mi mujer, reconocemos y confesamos de aver tomado y recevido un hijo del señor Adrián de Bues, ayuda de cámara de Su Majestad, el cual tomamos por su ruego, que nos ha rogado que le tomemos y tratemos y gobernemos, assí como si fuesse nuestro hijo propio, y de no dezir ni declarar a ninguna persona cuyo sea dicho niño porque el señor Adrián no quiere en ninguna manera que su mujer supiese ni oyese hablar de ello, ni otra persona ninguna. Para lo cual yo, Francisco Massy, *y* Ana de Medina, mi mujer, y nuestro hijo Diego de Medina, juramos y prometimos al dicho señor Adrián de no dezir ni declarar a persona que sea en esta vida de quién es el dicho niño, sino que yo diré que es mío, hasta que el señor Adrián me embíe una persona con esta misma carta o que el dicho señor Adrián vendrá en persona. Y porque el señor Adrián quiere tener este caso secreto, me ha rogado, por hacerle buena obra, de tomar dicho niño en cargo; lo cual hazemos de muy buena voluntad yo y mi mujer, y conozco aver recivido del dicho señor Adrián para hazer este viaje de llevar este niño, para caballo y adereço y dispensa de un año de tratamento que me da, cien escudos, y es a saber que se cuenta el dicho año dende primero día de agosto de este presente año de 1550. De lo cual me tengo por contento y pagado de este dicho año; y porque es verdad lo firmé de mi nombre yo y mi mujer; y porque mi mujer no sabe firmar, rogué a Oger Bodoarte que lo firme de su nombre por ella. Y dende adelante me da el dicho señor Adrián cincuenta ducados por cada año por el

tratamento del niño. Fecha en Bruselas a 13 dias del mes de junio de 1550 años».

La jugada parecía perfecta. Todas las precauciones tomadas por el señor Adrián para que su mujer no se enterara confirmaban que el niño era suyo. Sin embargo, antes de la salida, Carlos V se entrevistó con Francisco Massy y le hizo saber que el encargo del señor Adrián lo tenía para un «buen servicio» hecho a su «propia persona». Francisco Massy pudo impresionarse y concebir alguna duda sobre la identidad verdadera del niño, no lo sabemos. Lo cierto es que emprendió el viaje, cuyos episodios no conocemos. Pero al empezar el verano de 1551 estaba en Leganés con Jerónimo.

El montaje funcionó de modo perfecto. La prueba más decisiva es el descuido que tuvieron con el niño las personas encargadas de criarle. Si existiera la sospecha de que se trataba del hijo de un personaje importante, para no hablar del emperador, hubiera sido otro cantar. Pero todo el mundo creía que Jerónimo era un hijo bastardo de Francisco Massy, y como éste había muerto a poco de regresar a España, no pudo imponer una forma más rigurosa de educación.

Según estipula el acta que reproducimos mas arriba, Ana de Medina era analfabeta y sólo podía asegurar al chico una cama, la comida y el vestir, sin olvidar algún que otro gesto de ternura femenina, pues era una buena mujer. El cura Bautista Vela, a quien se encargó el papel de preceptor, era muy holgazán y poco escrupuloso. No tomó en serio la tarea y prefirió pedir al sacristán, un tal Francisco Fernández, que le enseñara unos rudimentos de lectura y escritura. Muy de vez en cuando envió al pequeño a la escuela del pueblo vecino de Getafe.

A pesar de los cincuenta ducados, un precio de pensión muy ventajoso en este paraje de Castilla, el joven Jerónimo vivió du-

rante más de tres años con toda libertad, o casi, compartiendo los días y los juegos de todos los pilluelos del pueblo, ricos o pobres, cazando pájaros y jugando a combates de moriscos y cristianos. Evidentemente, todo lo contrario de la educación de un príncipe o de un hijo de gran señor, en una carencia casi absoluta de los conocimientos elementales, incluidas las primeras letras. A duras penas podía el chico a los siete años deletrear el alfabeto. En cambio, la vida sana del campo, la práctica diaria de los ejercicios físicos tuvieron efectos muy positivos. Sin embargo, a la larga, el emperador y su fiel Luis de Quijada se enteraron de las circunstancias de la educación que recibía Jerónimo en Leganés. Y resolvieron dar rumbo nuevo a su crianza, cambiando drásticamente a los responsables y al medio en el que se iba a desarrollar.

Podemos figurarnos el asombro de los vecinos de Leganés cuando, un buen día del año 1.554, entró en el pueblo un carruaje nunca visto en ese rincón de Castilla, tirado por cuatro mulas, con puertas y cortinas en las ventanas, lujosamente adornado y engalanado, que paró ante la casa de Ana de Medina. Se apeó de la carroza un elegante señor, vestido a la moda de Flandes —de hecho era un flamenco—, llamado Charles Prevost, enviado especial de Carlos V, pero que se presentó como mensajero de Adrián Dubois.

Remitió a Ana de Medina, al principio recelosa, el documento firmado por su marido y por Oger Bodoarte en su nombre cuatro años antes, más una carta tajante de Luis de Quijada que mandaba entregar al niño a Charles Prevost para salir al día siguiente. Los del pueblo pudieron maravillarse al ver a Jerónimo sentado a la derecha de Prevost en el almuerzo, y tratado con toda clase de reverencias. Pero no tuvieron tiempo de explicaciones ni comentarios. Charles Prevost se llevó muy pronto a Jerónimo para siempre.

El nuncio de Carlos V no se detuvo en contemplaciones. Se fue a Valladolid, que vivía su edad de oro. Allí gobernaba como regente de Castilla la princesa Juana de Portugal, la hermana más joven de Felipe II, mientras se preparaba la salida de la comitiva que acompañaría al príncipe Felipe (el hermano de Jerónimo aunque ninguno de los dos lo sabía) a Inglaterra para celebrar su boda con María Tudor. Obviamente, pasar de Leganés a la corte suponía para este niño de siete años un cambio de planeta. Debió de creer que vivía un sueño.

Sede de la corte, Valladolid era el lugar de encuentro de gran parte de la alta nobleza de Castilla, los llamados «titulados», de embajadores extranjeros, de artistas de toda clase, de hombres de negocios flamencos, alemanes, genoveses, florentinos, sin olvidar a los numerosos litigantes que venían a seguir sus causas en la chancillería de la villa. Según el censo de 1561, registrado cuando ya la corte se había trasladado a Madrid, se contaban en Valladolid, además de 30 mercaderes importantes y de 29 roperos y joyeros, 173 sastres, 57 calceteros, 43 cordoneros, 29 tiendas de confección, 119 zapateros de nuevo o viejo y 17 pellejeros.[7]

Charles Prevost no tuvo por eso ninguna dificultad para renovar de arriba abajo el vestuario del joven Jerónimo y proveerle de un guardarropa más conforme al rango al que se le destinaba. Después de una parada de descanso en un convento de Descalzos, se dedicó el tiempo preciso a la visita de sastrerías, zapaterías y otras tiendas adecuadas. Luego, Prevost y Jerónimo se pusieron en camino. A los tres días llegaron al castillo de Villagarcía de Campos, pueblo de la actual provincia de Valladolid, cuyo señor, como hemos explicado, era el fiel Luis de Quijada, ayuda de cámara de Carlos V. Villagarcía estaba a unas ocho o nueve leguas de la capital y a tres leguas escasas de Medina de Rioseco, que a mediados del siglo XVI era una villa con ferias de importancia internacional.

Quijada estaba ausente de su villa y castillo. Se había quedado al lado del emperador en Bruselas. Sin embargo había anunciado por escrito a su mujer, Magdalena de Ulloa, la llegada de Jerónimo, en una carta en la cual Luis hacía hincapié en la importancia de la misión que le encomendaba:

«En nombre del amor que os tengo y del que vos me tenéis a mí, os ruego prestéis a ese niño vuestra protección maternal y cuidéis de él. Es hijo de uno de mis mejores amigos. No puedo deciros su nombre, pero os aseguro que procede de estirpe nobilísima. Debe ser educado como el hijo de un noble, aunque su padre desea que vista con sencillez y que no se le estimule el orgullo ni la ambición».

La recomendación era sin duda oportuna, porque el orgullo y la ambición serían las debilidades más evidentes de don Juan.

Doña Magdalena de Ulloa, objeto de varias monografías, resultaría una opción afortunadísima. Era una mujer de alto linaje, casada con don Luis desde hacía pocos años, que no tuvo hijos. Pudo así entregar sus tesoros de cariño y ternura al niño de siete años que se le confiaba. Llamada más tarde «la limosnera de Dios» por su inmensa caridad, era una mujer joven —a la sazón tenía 29 años—, activa, que frecuentemente estaba bordando o cosiendo —todas las camisas llevadas por Jerónimo, y luego por don Juan, las hizo ella a mano—, inteligente, con espíritu de iniciativa. Se dio cuenta en seguida del retraso de la educación de su pupilo y tomó las medidas de emergencia que se imponían: dos capellanes, contratados en los días siguientes, empezaron por enseñar al niño lectura y escritura, algo de matemáticas, sin olvidar los fundamentos de la religión. Luego, los capellanes, García de Morales y Guillén Prieto, dieron al chico lecciones de latín, pero sin mucho provecho; el alumno tenía más afición a la gramática, a la retórica y a las letras, de modo que en pocos meses llegaría a escribir con cierta soltura; le gusta-

ban también las matemáticas, la astronomía y aún más la historia.

Siguiendo las instrucciones de su marido, doña Magdalena, que oía misa cada día con Jerónimo, ya llamado «Jeromín», se cuidaba ella misma de la educación espiritual del niño y la orientaba hacia una caridad activa, atenta a las miserias ajenas. Se recurrió a un escudero que había servido a las órdenes de don Luis, Juan Galarza, para que le enseñara equitación y el manejo de las armas. Pronto los familiares pudieron comprobar que las artes militares, la táctica, el uso de la artillería, el arreglo de las fortificaciones, despertaban en el rapaz un interés manifiesto.

Cuando Quijada llegó de permiso a Villagarcía, doña Magdalena vio confirmado este diagnóstico pues Jerónimo escuchaba, sin cansarse nunca, los relatos políticos y militares de don Luis, a quien el niño llamaba «tío»: las entrevistas con los demás reyes, las sutilezas del juego diplomático, las traiciones de unos y otros, las dificultades surgidas a raíz de la Reforma protestante, especialmente en Alemania, los problemas de los Países Bajos, de donde el emperador era «el señor natural», la competencia con Francia, los vaivenes de la política pontifical al hilo de la sucesión de los papas, las aventuras de mar, tales como el fracaso de Argel, la geografía complicada de los campos de batalla de Europa, la victoria de Mühlberg, el ansia que provocaba en la mente del emperador la permanente amenaza turca, ya que este mismo sultán Solimán, que había sitiado Viena después de conquistar el reino de Hungría un cuarto de siglo antes, seguía reinando y casi cada año lanzaba su Armada con rumbo a Italia, mientras sus aliados, los corsarios musulmanes de Trípoli, Túnez, Bizerta o Argel desembarcaban frecuentemente en las islas del Mediterráneo, en las costas de Italia, de Provenza, incluso en el Levante español.

Estas veladas con don Luis fueron para el niño una iniciación a la agitada historia de su tiempo, introducción a la política internacional y militar en la cual don Juan de Austria estaba llamado a jugar un papel sobresaliente. También durante una de las visitas de don Luis, doña Magdalena pudo comprobar que su marido estaba siempre atento a la salud del chico. Incluso, con motivo de un fuego que prendió en el castillo y amenazó con extenderse, don Luis puso más empeño en salvar a Jerónimo que a ella misma. Según algún que otro autor, en este trance, doña Magdalena concibió la sospecha de que Jeromín fuera hijo clandestino de su propio marido. Si efectivamente hubiera tenido esta sospecha, la duda pronto sería disipada.

El chico intentaba poner en práctica los cursos teóricos de don Luis en los juegos que compartía con los niños de Villagarcía: formaban pelotones y compañías y se ejercitaban a moverse en el terreno con sentido táctico para sorprender al adversario. Jeromín tuvo además la oportunidad de probar su arrojo con los toros en alguna capea. Pero también le gustaba ir por el campo en tiempo de siega o vendimia y bromear con los hijos de los campesinos. Sin ninguna duda, el hijo encubierto del emperador conoció en Villagarcía de Campos una auténtica felicidad.

En 1556, después de las abdicaciones de Bruselas, don Luis obtuvo del emperador el permiso de retirarse a Villagarcía, al lado de su mujer. Pero en octubre de este mismo año, recibiría un correo de la princesa Juana de Portugal, regente de Castilla, anunciándole el desembarco de Carlos V en Cantabria. Don Luis tuvo que ausentarse una vez más para organizar el viaje del viejo emperador y acondicionar sus aposentos en Yuste. El 3 de febrero de 1557, Carlos pudo por fin acomodarse en el monasterio con las cincuenta personas de su séquito. Y se rindió a los ruegos de don Luis que deseaba volver a Villagarcía.

La pausa no duraría mucho, *unos cuatro meses*, de abril a agosto. Sin embargo, esta vez el emperador propuso a don Luis que se estableciese con su mujer y Jerónimo —elevado a la dignidad de paje de doña Magdalena— en Cuacos, una aldea próxima a Yuste, que no gustaba nada a don Luis. A los pocos días de la llegada, Carlos V invitó a Magdalena a que viniese a visitarle con su paje.

El desenlace de la existencia encubierta del futuro don Juan se acercaba.

Capítulo III — Un joven de buen tono

El secreto sigue… y se pierde

La invitación del emperador a doña Magdalena y a Jerónimo para que fuesen a visitarle en el monasterio de Yuste parecía augurar un reconocimiento de la paternidad de Carlos V, si no público por lo menos privado, aprovechando el encuentro. Es probable que Luis de Quijada confiara en esta solución. Pero no fue así.

La visita tuvo que retrasarse por una doble indisposición, primero de doña Magdalena, después del emperador. Carlos se regocijó al ver al muchacho crecido, hermoso, bien educado; de alguna manera, discreta, sutil, manifestó su gratitud a la esposa de su mayordomo, pero no pronunció las palabras esperadas. Y tampoco lo hizo en los encuentros de los tres meses siguientes. Por otra parte nos faltan testimonios directos de la impresión causada en Jerónimo por esta relación extraña, no explícita, con el hombre que había sido, durante unos decenios, el príncipe más poderoso del planeta, un héroe de leyenda cuyas hazañas, trabajos y glorias le había narrado don Luis en sus veladas del castillo de Villagarcía. Era aún un muchacho que no había cumplido doce años y no parece cierto que, a pesar de los trastornos ocurridos en su vida desde Leganés, hubiera sospechado la verdad.

Así las cosas, Carlos murió el 21 de septiembre de 1558, sin reconocer a Jerónimo: obviamente había resuelto dejar a Felipe II esta tarea en la forma más o menos solemne que mejor le conviniera al nuevo rey y es muy probable que de este modo pensara preservar su libertad de juicio y de acción. Pero Felipe prolongó su estancia en los Países Bajos hasta bien entrado 1559. Mientras tanto, Luis de Quijada tuvo que poner en orden

los asuntos del difunto emperador, despedir a su servidumbre, saldar cuentas y deudas.

La situación creada por el fallecimiento de Carlos V antes de cualquier revelación no agradaba nada a Luis de Quijada. Las visitas de Jeromín al solitario de Yuste no habían pasado desapercibidas. Era conocido que, desde hacía varios años, Quijada hospedaba en su castillo de Villagarcía a este mismo niño a quien se procuraba una educación completa, muy esmerada, digna de un vástago de muy alto linaje. Empezaron a circular en la corte de Valladolid rumores según los cuales Carlos V había dejado a un hijo suyo que vivía al lado de don Luis y de doña Magdalena. De modo que la princesa regente, doña Juana de Portugal, mandó al secretario de Estado Juan de Vázquez averiguar el caso. A las preguntas de Vázquez, Luis de Quijada, vinculado por su compromiso con el emperador, contestó el 18 de octubre: «Referente al chico que dice Usted tengo a mi cuidado, es cierto que me le confió, años ha, un amigo mío; pero ello no da pie a creer que es hijo de Su Majestad, [como se deduce de su carta] cuya copia fue leída a su confesor y a mí en su presencia y de su orden por Gaztelu, ni en el codicilo posterior se hacía mención alguna del muchacho; y siendo así los hechos, nada tengo que decir»[1]. La postura de don Luis no era fácil. Para respetar su juramento tenía que mentir y sin convencer.

De hecho, la contestación dilatoria, evasiva, de Quijada no había persuadido ni a la regente ni al secretario

Vázquez, y don Luis se daba cuenta del escepticismo de la corte. Así, había informado a Felipe II de la investigación de Vázquez, a pedido de doña Juana, y de su contestación, según la cual «habría de tomarse el informe como un rumor ocioso; que era la única respuesta que podía darle, tanto pública como particularmente. Y aunque sé que Su Majestad conoce el estado del asunto y los inconvenientes que pueden resultar de hacerlo pú-

blico, a fin de aclarar mi anterior escrito y porque conozco, por otros conductos, que se ha hablado del asunto, juzgué oportuno informar a Su Majestad de lo sucedido, a fin de que quede en claro que he cumplido con mi deber».

Don Luis, en cierto modo, se cubría pero también sugería al rey que era tiempo de dar a conocer públicamente la identidad de Jerónimo.

La presión de la corte aumentaba. Cuando Luis de Quijada pudo regresar a Villagarcía, después de cumplir con su cometido en Yuste, no se le dejó en paz. A los pocos días recibió una convocatoria de la princesa regente para venir a Valladolid con el fin de reunirse con los demás ejecutores de las voluntades del emperador y de tomar las medidas precisas para cumplirlas. Tuvo así la oportunidad de comprobar que el asunto se ponía caliente y, desde Valladolid, le pareció imprescindible escribir al rey, el 13 de diciembre, una carta muy explícita:

«Veo que se habla tan públicamente aquí de lo que concierne a la persona que Su Majestad sabe tengo a mi cargo, que estoy grandemente sorprendido; y lo estoy más aún por los detalles que oigo sobre este particular. Llegué hasta aquí temiendo que la Serenísima Princesa me obligase a referirla lo que sé sobre ello; pero como no tengo libertad para decir toda la verdad, resolví contener mi lengua y no decir más que lo que ya he dicho y ha sabido Su Majestad desde Yuste. Pero Su Alteza ha tenido la gran amabilidad, en esta ocasión, de no hablarme una palabra sobre el asunto; y así no tengo dificultad a todo el que me pregunta, pero nada sé de lo que la gente dice, y si hay algo de ello, si debe saberlo la Princesa. Pero el deseo de Su Majestad (el emperador) para que Su Majestad lo sepa, era que este asunto debe mantenerse secreto hasta que Su Majestad venga aquí, cuando Su Majestad lo agrade. Nada hago que suscite críticas, o que no fuese hecho en la vida del emperador; pero tengo gran cuidado

de que el muchacho aprenda y se le enseñe cuanto sea necesario y apropiado a su edad y calidad; por tanto, hay que tomarse con él los mayores trabajos a cuenta de la oscura manera con que fue criado y vivió hasta que quedó a mi cuidado. Y por ello creí procedía informar a Vuestra Majestad de lo que ocurre y de las instrucciones de la Majestad difunta, a fin de que Vuestra Majestad lo sepa y me dé instrucciones para proceder. Diez días ha, tuvo un maligno ataque de tercianas dobles; pero gracias a Dios, llegué ayer de casa y le hallé limpio de fiebre y fuera de peligro»[2]. Aunque la princesa Juana demostrara un tacto exquisito con él, se entiende muy bien la doble preocupación de don Luis. Por una parte, cuando estaba en la corte, no sabía qué compostura guardar ante los rumores incontrolables; por otra parte, temía el trauma que podía suponer para su pupilo una revelación brutal, no preparada y quizá malintencionada. Por si fuera poco, no había confesado la verdad a su mujer y si es bien cierto que ella la había adivinado por la actitud de Carlos V, don Luis tenía prisa en poner las cosas en claro. Sin embargo, tuvo que aguantar aún medio año, ya que la venida de Felipe II se retrasó hasta el fin del verano. Pero hubo novedades. La princesa Juana, ya convencida de la verdadera identidad de Jerónimo, aprovechó la celebración del auto de fe del mes de mayo en Valladolid (el primer gran auto contra los llamados «luteranos») para concertar con don Luis la oportunidad de conocer a su joven hermano. Después de acabar el auto, la regente se llevó a Jerónimo al palacio, lo que dio mucho que pensar a la muchedumbre presente este día en la ciudad castellana. Y corrían voces por todas las calles de la capital de que ahí estaba el hijo del emperador.

Hubo más. Quizá para preparar al muchacho al rango que iba a ocupar pronto, don Luis resolvió reservarle el asiento de honor en todos los actos que presenciaba, incluso las comidas. Era también un mensaje destinado a los demás, ya que la etiqueta española, heredada de la corte de Borgoña, daba mucha impor-

tancia a los signos y símbolos. En cambio, conforme a la voluntad expresa de Felipe II, no se le mudó el traje ni se le dio explicación alguna sobre las novedades de su vida.

La impaciencia de don Luis tenía otro motivo, que se puede deducir de las cartas intercambiadas entre él y el rey, especialmente de la carta de don Luis a Felipe del 8 de julio de 1559. Si el mayordomo se manifestaba muy satisfecho por la evolución física del chico («está desarrollándose perfectamente para su edad»), apuntaba que, por el contrario, Jerónimo estudiaba poco y mal; escribía don Luis que tenía dificultades y que trabajaba de mala gana, aunque llegaba a pronunciar bien el francés, pero con poco vocabulario y muy lejos del dominio que deseaba el rey. Le gustaba cabalgar, eso sí, especialmente «de forma militar». Al fin y al cabo, pensaba don Luis, las motivaciones de Jerónimo se multiplicarían sobremanera cuando se le informara de su identidad y del porvenir que se le ofrecía. Entonces sí se iba a implicar a fondo en los estudios para resultar digno de su rango.

De Jerónimo a don Juan de Austria

Felipe II volvió por fin a España a mediados de septiembre, y resolvió acabar de una vez con un encubrimiento que ya no burlaba a nadie que estuviese algo enterado de las cosas de palacio. El sitio elegido para el acontecimiento fue el monasterio de La Espina, muy cercano a Villagarcía de Campos y el pretexto dado una cacería, el 28 de septiembre. Antes de salir, don Luis pudo descubrir el secreto a doña Magdalena, digamos de modo oficial pues la esposa lo había intuido como hemos comentado. Luego se fue con el muchacho y, al llegar al monasterio antes del rey y de su comitiva, en el marco de esta preparación psicológica que llevaba a cabo don Luis, el mayordomo se hincó de rodillas ante su pupilo, le besó la mano y dijo al chico estupefacto: «Pronto sabrás por el propio rey por qué hago esto». Y, como llegaba un

palafrenero con un caballo nuevo, le mandó Quijada que lo montase.

Ya había llegado el rey con el duque de Alba y otros señores invitados a la cacería que empezó normalmente, como si nada. Pero, al rato, don Luis se llevó al chico a un bosquecillo, descabalgaron los dos y, de pronto, surgió el rey con Alba a su lado. Se apartaron Felipe II y Quijada y durante unos minutos mantuvieron una charla animada. Al terminar la charla, Quijada llamó al muchacho y le mandó que besase la mano real. Sonriente, Felipe II le preguntó: «¿Sabéis quién fue vuestro padre?». Es fácil entender que el chico —entonces doce años y medio de edad— se quedara mudo del asombro.

Y su asombro llegó al colmo cuando el rey se apeó del caballo, le abrazó efusivamente —cosa rara en Felipe II— y le dijo: «Bien, sois el hijo de un gran hombre. El emperador Carlos V, que ahora está en el cielo, es el padre de ambos». Y comunicó el rey la noticia a los acompañantes que les jalearon. Al final de la caza cabalgaron todos hasta Valladolid.

En los días sucesivos, a pesar de la presencia tranquilizadora de don Luis a su lado, la vida del muchacho, arrastrado por un torbellino de novedades, tomó un rumbo nuevo. Más que un sueño, le parecía un cuento de hadas. Era como si hubiera cambiado de piel: un nombre nuevo (ya se le daba el de don Juan de Austria), un vestido de gala… Aunque fueran más apariencias que esencias, en cierta manera se estaba modificando su ser, afectando a su personalidad profunda. Ahora entendía la significación de tantos misterios, de los hitos extraños de su vida anterior: el viaje tan largo de su niñez, la llegada a un país tan diferente donde se hablaba otro idioma; la salida de Leganés y su vida nueva en el castillo de Villagarcía donde había encontrado a una madre verdadera, una disciplina, unos preceptores y unos estudios exigentes en vez de la libertad casi absoluta y de la ocio-

sidad que gozaba en el pueblo cercano a Madrid, los miramientos para con él por parte de un gran señor y de una gran señora, que podían compaginarse con cierta severidad; las visitas tan asombrosas al viejo emperador en los últimos meses de su vida.

Al día siguiente, el nuevo don Juan se incorporaba a la Casa Real como un miembro más. Fue presentado oficialmente a la princesa doña Juana, durante cinco años regente de Castilla, y al príncipe heredero, don Carlos. Recibió el tratamiento de un infante de Castilla, es decir que se organizó para él una casa propia, en el mismo Valladolid, que fue un palacio de alcurnia, el de los condes de Ribadavia. A la cabeza del personal de la casa, el rey puso al propio don Luis de Quijada, lo que atestigua a la vez delicadeza e inteligencia política, pues don Luis tenía mucha influencia sobre el chico y la conservaría hasta su muerte, mientras que doña Magdalena seguiría siendo para don Juan la imagen de referencia, tan necesaria, de la madre.

Felipe II había marcado sólo unas limitaciones a la promoción de don Juan: no se le autorizaba a asistir a los oficios religiosos entre las cortinas de la tribuna real de la Real Capilla; además, se le daba el título de Excelencia o de Ilustrísimo, pero se le negaba el de Alteza, lo que dio pie más tarde, según veremos, a algunas discrepancias entre el rey y su hermano.

En cambio, Felipe II había preparado una sorpresa muy halagüeña a su hermano. En Flandes, antes de su vuelta a España, con motivo del último capítulo de la orden del Toisón de Oro que había presidido Felipe, el rey había nombrado a catorce nuevos miembros, de los cuales nueve estaban presentes y fueron investidos en el mismo acto. Entre los cinco ausentes figuraba un desconocido: su medio hermano. El rey llevó las insignias de don Juan a España y le invistió en persona. Este joven que no había cumplido trece años formaba parte ahora de la orden de caballería más prestigiosa del mundo occidental. Y se puede

pensar que don Juan quedara muy agradecido para con su real hermano.

Durante los últimos meses de 1559 y todo el año 1560, don Juan tuvo numerosas oportunidades de participar plenamente en la vida de la corte. El rey se lo llevó de visita a Aranjuez y a Toledo. Luego, en febrero de 1560, se celebraron grandes fiestas en Guadalajara donde Felipe II recibió, en el maravilloso palacio de los duques del Infantado, a la nueva reina, Isabel de Valois, muy joven. Había nacido en 1546 y apenas tenía unos meses más que don Juan. El príncipe y la reina se tuvieron siempre, hasta la muerte de Isabel, mucho cariño. El casamiento por poderes se había celebrado en Notre-Dame de París, con el duque de Alba actuando de procurador del rey, pero la ceremonia religiosa tuvo lugar en Guadalajara, el 2 de febrero de 1560, a cargo del obispo de Burgos, aunque la consumación del matrimonio se retrasara hasta mayo de 1561, por la edad de la reina, que todavía no era núbil. En los días siguientes, los recién casados emprendieron una gira triunfal por Alcalá de Henares, Toledo y, por fin, Madrid, villa en la cual Felipe II había resuelto establecer la corte de forma estable, de modo que don Juan, que estuvo siempre entre los cortesanos, recibió en Madrid una nueva casa, la de don Pedro de Porras. Y le agradó mucho la relación que estableció con otro joven que le reveló que era su sobrino, Alejandro Farnesio, nacido en 1545 de Ottavio Farnesio y de su esposa, Margarita de Parma, que era otra hija natural de Carlos V.

A continuación, el príncipe asistió a un acontecimiento político de mucha trascendencia, la reunión de las Cortes de Castilla que Felipe II había convocado en Toledo para noviembre de 1560, donde el hermano del rey fue anunciado como «el ilustrísimo don Juan de Austria, hijo natural del Emperador y Rey». Estas Cortes, a las cuales no pudo asistir la reina Isabel, tocada de viruela, correspondieron a la toma de juramento del heredero don Carlos, nacido el 8 de julio de 1545, de modo que había

pasado la edad estatutaria de catorce años. No están de acuerdo los cronistas a propósito del papel de don Juan en esta circunstancia: unos aseguran que el rey intervino para que, «no embargante las leyes de estos reinos», don Juan pudiese «jurar e hacer pleito-homenaje», aunque no hubiese cumplido los catorce años. Otros afirman que no participó en el juramento.

Los tres príncipes

En el curso de año y medio, estando don Juan muchas veces a su lado, Felipe II pudo formarse una opinión de su hermano bastante favorable. Sin embargo, resultaba evidente que la cultura de don Juan dejaba mucho que desear. En cambio, el muchacho había conquistado la amistad de don Carlos, verdadera proeza ya que el heredero de la monarquía, demasiado mimado por su tía Juana durante la ausencia del padre, tenía un carácter muy difícil, caprichoso e inestable.

Al rey se le ocurrió la idea de enviar a los tres príncipes —Carlos, Juan y Alejandro—, a seguir estudios universitarios en Alcalá de Henares. Felipe II pensaba que la influencia de Juan y Alejandro resultaría muy positiva para su hijo. Extraña reunión la de estos tres jóvenes, casi de la misma edad, con fortunas tan diferentes: don Carlos, heredero malogrado de la monarquía, cuyo nacimiento había costado la vida a su madre, aquejado de trastornos mentales cada vez más graves, triste víctima de sí mismo y de la razón de Estado; don Juan, cuyo origen había estado encubierto muchos años, propulsado de una vez en medio de la corte, luego héroe de la cristiandad, una carrera cortada por la muerte en plena juventud; don Alejandro, a la vez nieto del papa Pablo III y del emperador Carlos V, «obra maestra del Renacimiento», medio flamenco, medio italiano, criado en España, combatiente en Lepanto al lado de don Juan, culto y amable, general y político entre los grandes de su época.

La Universidad de Alcalá, aunque relativamente reciente (1508), formaba parte de las tres universidades mayores del reino de Castilla, con Salamanca y Valladolid. Su fundador, el cardenal Cisneros, la había organizado bajo la tutela del colegio mayor de San Ildefonso, es decir que el rector del colegio, elegido por sus compañeros, era también rector de la Universidad. Cisneros quería sobre todo promover los estudios de Teología pues le parecía que el clero español había despreciado y descuidado la ciencia sagrada. Por eso, los 54 colegiales de San Ildefonso eran todos teólogos de alto nivel. Y se prohibía, conforme a los estatutos, la admisión de estudiantes de Derecho. Pero, en los otros siete colegios de la Universidad se podía estudiar, además de Teología, Derecho Civil y Canónico, Gramática, Medicina, Artes Liberales.

Pasando el tiempo, los estudiantes de las distintas disciplinas llegaron a ser mucho más numerosos que los de Teología. En 1560, un año antes de la llegada de los tres príncipes, había 3.030 matriculados en la Universidad de Alcalá, una cifra que le valía el segundo puesto en el escalafón de las universidades, después de Salamanca y por delante de Valladolid. Se contaban 1.250 estudiantes de Gramática, 931 de Artes Liberales, 325 de Derecho Canónico, 126 de Medicina y solamente 364 de Teología, además de los 34 colegiales de San Ildefonso.[2]

Alcalá tenía la ventaja de estar cerca de la corte de Madrid, y su fama era ya internacional (fue la cuna de la famosa *Biblia políglota).* Por eso resultaba una opción excelente para los tres príncipes. En el plan de estudios de éstos, las disciplinas básicas serían las Artes Liberales (Filosofía, Literatura, Música, Historia), con elementos de Gramática, Derecho, Arte Militar y ejercicios físicos (equitación, esgrima). Se les había preparado un programa de trabajo muy austero y completo a la vez, dirigido y supervisado por el humanista Honorato Juan, discípulo de Luis Vives. Se levantaban de madrugada, rezaban, oían misa, y se en-

tregaban a sus estudios bajo la dirección de sus maestros. Por la tarde, después de practicar música, podían salir a caballo, hacer esgrima, pasear. Terminaban el día rezando el rosario.

Don Juan, junto con don Alejandro, siguió este programa durante cuatro cursos académicos hasta cumplir 18 años. En honor a la verdad, hay que admitir que no le entusiasmaron las lecciones de sus profesores de artes y ciencias, al contrario que a Alejandro cuya viva inteligencia y afición a las letras le permitieron sobresalir en sus estudios. En cambio, a don Juan le interesaban mucho los cursos de Estrategia, era un experto jinete y demostraba unas dotes físicas más que notables. Don Juan cumplía con los deberes religiosos, sin mala gana, pero no se puede decir que manifestara un fervor descomunal ni gran curiosidad espiritual. Revisando su correspondencia familiar, *sir* William Stirling-Maxwell no encontró ninguna referencia a las letras o a los libros, con la excepción del pedido de un libro de fray Luis de Granada.[4] De modo que el propósito del emperador, puesto de manifiesto por escrito, de orientar a su hijo natural hacia la Iglesia, tenía pocas probabilidades de prosperar. Es cierto que, al principio del año 1564, Felipe II solicitó al papa Pío V un capelo cardenalicio para su hermano, pero sin evidenciar mucho empeño en el asunto. En aquella coyuntura surgió, por otros motivos, un conflicto de protocolo entre el Papa y el rey de tal suerte que no se habló más de esta promoción a la cual don Juan no aspiraba de verdad. El mejor fruto que sacó don Juan de sus estudios, especialmente de los cursos de Gramática y Literatura, fue cierto dominio del castellano escrito y de la composición de las cartas.

Los príncipes se alojaban en el palacio arzobispal que hizo construir el cardenal Cisneros cuando era arzobispo de Toledo y que tuvo que dejar vacante el arzobispo Carranza detenido por el Santo Oficio. Allí tuvo lugar, en 1562, un drama de muchas consecuencias. Don Carlos, a quien no le agradaban sus estudios

universitarios —salvo porque le permitían un trato cotidiano con Juan y Alejandro—, sufrió un grave accidente. Una noche se cayó desde una escalera —que tal vez utilizaba para reunirse con una hija del portero a la que cortejaba— y se golpeó la cabeza contra un muro o una puerta maciza. Estuvo sin sentido, entre la vida y la muerte, durante varias semanas.

Don Juan rezó mucho y pasó largas horas velando a su sobrino, a quien estaba muy unido. Por fin don Carlos se recuperó. En la corte se dijo que había sido un milagro, porque se había llevado junto al lecho del príncipe el cuerpo momificado de un religioso muerto con fama de santo, Diego de Alcalá, efectivamente canonizado en 1588. Parece más probable que la curación se debiera a la trepanación que practicó el famoso médico flamenco Andrés Vesalio, a la sazón al servicio de Carlos V. [5] Sin embargo, el trauma dejó secuelas graves, la salud del infante se resintió y quedó inestable y don Carlos tuvo que abandonar sus estudios universitarios y volver al palacio. Este problema complicaría, años más tarde, las relaciones entre Felipe II y don Juan.

Capítulo IV —Diversiones cortesanas y sueños de cruzada

El decenio de 1560 a 1570 fue la época más brillante, animada y divertida de la corte de Felipe II. No es difícil entender las razones. Por una parte, el rey era aún joven y, aunque estuviera muy absorbido por las tareas del gobierno, no perdía las oportunidades de esparcimiento. La reina Isabel de Valois sólo tenía catorce años cuando llegó a España y, sin ser frívola, tenía la espontaneidad y la afición al ocio naturales de su edad. La hija de Enrique II de Francia era muy viva y alegre: en sus años la corte vivió al ritmo de fiestas frecuentes y variadas.

La casa de los príncipes de Éboli era también un centro muy animado. Bajo el impulso de *La Tuerta,* apodo de Ana de Mendoza, la princesa, se celebraban allí toda una sucesión de banquetes, bailes, meriendas y saraos. La llegada de los archiduques de Austria, Ernesto y Rodolfo, hijos del emperador Maximiliano II, junto a la de don Juan y de Alejandro Farnesio, y la juventud de la reina, daban a la corte un tono menos rígido y adusto y más abierto. Por otra parte, el sitio real de moda en estos años era Aranjuez, ya que las obras de El Escorial estaban todavía en sus comienzos. La ribera del Tajo y los jardines daban un gran atractivo al lugar, muy del gusto de la corte y de la reina. Allí se podía ir de caza o pasear junto al río. En los meses calurosos del verano se prefería el palacio de Balsaín, cerca de Segovia, lugar serrano más fresco, llamado frecuentemente «el bosque de Segovia». Pero este panorama halagüeño fue ensombrecido por el drama que protagonizó el heredero de la monarquía, don Carlos, al cual se asoció de cierta manera nuestro don Juan.

Don Juan en la corte

Felipe II ya había hecho participar a don Juan en la vida cortesana antes de su salida a la Universidad de Alcalá y durante las vacaciones escolares en los años que estuvo allí. Recordemos que ya en 1560 el joven príncipe, apenas reconocido públicamente como hijo natural del emperador, había asistido a la boda en Guadalajara y siguió luego a la pareja real en todas las entradas a las ciudades, antes de presenciar el acto solemne de las Cortes de Toledo, con motivo del juramento de don Carlos. La propia casa de don Juan, constituida por el rey, con don Fernando Carrillo, conde de Priego, mayordomo mayor, y don Luis de Córdoba, caballerizo mayor, amén de otros caballeros notables, era una incitación a la participación en la vida cortesana y así lo deseaban los reyes.

Fueron la reina Isabel y don Juan de Austria quienes, en mayo de 1560, abrieron el baile del palacio, y los dos bellos mozos danzaron sin cansarse buena parte de la noche, enlazando gallardas, alemanas y otros bailes. Evidentemente, don Juan fue una de las atracciones del *grand bal de France,* en la organización del cual la reina Isabel puso mucho empeño. El joven siguió a la corte en las jornadas de Balsaín y en las fiestas de Valladolid.[1] Unos años más tarde, en 1564, un suceso muy particular puso de manifiesto la integración de don Juan en la familia real.

Al volver de Flandes, en el otoño de 1559, Felipe II, viudo por segunda vez, se había enamorado de una dama de la corte, doña Eufrasia de Guzmán. Eufrasia y Felipe fueron amantes. Como ya explicamos, cuando Felipe se casó con Isabel de Valois, la joven reina aún no era púber, de modo que el rey no pudo consumar el matrimonio durante muchos meses, hasta mayo de 1561. A partir de esta fecha las relaciones sexuales entre Felipe e Isabel fueron poco frecuentes, por lo menos hasta 1563, por la constitución frágil de la joven. Aunque estaba incurriendo en adulterio y no como antes en simple fornicación, Felipe II no pudo resolverse a cortar su relación con Eufrasia de Guzmán.

Por fin, la amante del rey quedó preñada. Entonces, Felipe II, queriendo evitar murmuraciones y escándalo, avisado por otra parte de que la reina estaba enterada, arregló el casamiento de Eufrasia con Antonio de Leyva, príncipe de Áscoli, y para convencer a su esposa de la ruptura efectiva de estas relaciones pidió a Isabel que consintiera en ser la madrina de la novia, mientras don Juan sería el padrino del novio. Los dos aceptaron y la boda se celebró en los salones del palacio real en la primavera de 1564. Poco después, doña Eufrasia dio a luz a una niña que, sin ninguna duda, era hija natural de Felipe II. Así se dio fin a la relación, la cual evidentemente don Juan no pudo ignorar.[2] El éxito cortesano de don Juan no ha de sorprender. En esta época, era un mozo hermoso de cara atractiva y sonrisa seductora. No es que confíe mucho en su incondicional biógrafo, el padre Ossorio, que nos lo describe así: «A manos llenas (…) la naturaleza derramó sobre él sus dones: elevada estatura, firmes y sueltos andares, elegancia de porte, hermosura de rostro…»[3]. Tenemos, eso sí, retratos de don Juan a sus dieciocho años, especialmente dos de Alonso Sánchez Coello, fechados en 1565. En uno de ellos, que se conserva en el monasterio de las Descalzas, se le ve todavía muy juvenil, sin bigote ni barba aunque se ve que están a punto de salirle, unas facciones armoniosas, con mirada firme y directa, de talla bien puesta, fino de cintura. Tenía unas grandes aptitudes físicas, que demostraría en varias ocasiones.

Un héroe al socorro de Malta

La orden de Malta (también llamada orden de San Juan de Jerusalén) había sido desposeída y expulsada de su isla de Rodas en 1522 por los turcos. En los años siguientes, los caballeros de la orden y su gran maestre habían buscado en vano otra isla donde establecer su sede. Se había pensado en Menorca, Ibiza, Ischia, entre otras islas. El problema era que se respetara la independencia de la orden: por eso era imprescindible que los caba-

lleros estuvieran exentos de deber juramento a cualquier soberano.

Esta preocupación explica el fracaso de la primera proposición de Carlos V relativa a Malta. El emperador pensaba con razón que fijar la residencia en esta isla sería un éxito estratégico, ya que la pujanza naval de la orden serviría de protección a los reinos de Nápoles y de Sicilia contra las correrías continuas de las Armadas otomanas. Así que había ofrecido ya en 1525 la isla de Malta al gran maestre, Villiers de l'Isle Adam. Pero, por una parte, muchos de los caballeros eran franceses y temían caer bajo la dependencia política del emperador, mientras que, por otra parte, este mismo no descartaba la posibilidad que la orden abriese sus puertos a las armadas de su gran rival, Francisco I.

Pero al final se impuso la necesidad. Los caballeros no encontraron ninguna oferta seria y no sabían qué hacer. El papa Clemente VII, en el proceso de reconciliación con Carlos V después del saqueo de Roma de 1527, sirvió de intermediario y en 1530 se había llegado a un acuerdo. Carlos V concedió un diploma imperial, fechado el 24 de marzo de 1530, confirmado por una bula papal del 25 de abril, según el cual otorgaba el archipiélago maltés a la religión y orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, para que se empleara en beneficio de toda la cristiandad «contra los pérfidos enemigos de nuestra Santa Fe», con dos únicas condiciones: entregar cada año al virrey de Sicilia, en la fiesta de Todos los Santos, un halcón (!) y no atacar nunca a los estados y posesiones del emperador y de sus sucesores.

La comisión de exploración mandada por el gran maestre a Malta había apuntado la esterilidad de la isla, la falta de agua y de granos, la pobreza de la población, la indiferencia de la nobleza, la falta de marineros. Sin embargo, había apuntado también que esta isla hecha de peñascos y acantilados podría prestarse a fortificaciones difíciles de asaltar. De hecho, los caballeros se

apartaron de la capital central Mdina, y edificaron el puerto principal y las fortalezas en la península de Birgu.

En los años 1554-55, los caballeros de Malta, bajo el mando del francés Jean Parisot de La Valette, elegido gran maestre en 1557, que había sido esclavo de los musulmanes y galeote durante un año, antes de su rescate, se habían afirmado entre los más temibles corsarios del Mediterráneo. Es cierto que habían perdido en 1551 la plaza de Trípoli, conquistada por Dragut, pero esta plaza era difícil de defender; en cambio, los corsarios de Malta habían ayudado a la Armada española en la toma del Peñón de Vélez.

El sultán Solimán se había convencido de que era preciso eliminar el cerrojo maltés, puerta de acceso al Mediterráneo occidental. Preparó una armada y un ejército poderosos para conquistar la isla y eliminar el peligro que representaba la orden, aunque Dragut hubiera aconsejado que se esperara a la desaparición de La Valette, que era un gran capitán. En Malta estuvieron bien informados de la actividad intensa que reinaba en el arsenal de Kassim Bajá, de los preparativos que se llevaban a cabo en los astilleros de Top-Hane, y del nombramiento como almirante de la Armada del renegado húngaro Piali, triunfador de la batalla de Djerba en 1560.

La Valette preparó a fondo su defensa: almacenó trigo y vituallas que compró en Sicilia, municiones y armas, y llamó de vuelta a todos los caballeros que estaban fuera para que volvieran a la isla. Pero no sabía con qué aliados podría contar. El emperador Maximiliano II tenía demasiados problemas con la defensa de sus propias fronteras frente a los otomanos; Francia estaba ya asolada por las guerras de religión; no había nada que esperar de Inglaterra donde reinaba una hereje, Isabel; Génova y Venecia, que disponían de fuerzas navales considerables, no mantenían buenas relaciones con la orden. El gran maestre

había depositado su confianza en el papa Pío IV a quien había escrito el 10 de abril, pero el Papa sólo envió dinero, evidentemente útil para comprar armas y provisiones, pero no para los refuerzos humanos, que eran con mucho la necesidad más apremiante.

Los caballeros eran 541, ayudados por un número de entre tres mil y cuatro mil malteses voluntarios. El virrey de Sicilia, don García de Toledo, envió las tropas de las que podía disponer, otros tres o cuatro mil hombres. El mismo los transportó a Malta con una escuadra de 27 galeras que atracaron el 9 de abril. Además aseguró a La Valette que Felipe II estaba preparando un ejército de socorro de unos 25.000 hombres. El problema era que la administración española, muy sofisticada, eso sí, trabajaba con evidente lentitud.

Según los informes que llegaban de Estambul, la flota otomana había salido a fines de marzo. De hecho, los defensores de Malta pudieron ver pasar delante de la isla la impresionante Armada: 139 galeras, llevando un ejército de unos 30.000 hombres, además de muchas naves cargadas de artillería, de caballos, municiones o armamentos. El gran maestre pudo enviar de urgencia a Mesina un barco avisando del inicio del sitio por fuerzas ingentes y pidiendo socorro. El 24 de mayo llegó la contestación del virrey de Sicilia, don García de Toledo: prometía hacer todo lo posible y pedía paciencia. Pero en los tres primeros días los turcos habían establecido su campo en el sur de la isla: los ataques sucesivos de los jenízaros, intercalados por bombardeos intensos, empezaron sin más demora.

La resistencia de los 8.500 defensores, frente a más de 30.000 asaltantes, fue verdaderamente extraordinaria y una de las mayores hazañas militares del siglo XVI. En la corte de Madrid, según llegaban las noticias y se prolongaba el sitio, se hacían lenguas del heroísmo de los caballeros y de los malteses. Felipe II invitó

a los nobles a que se alistaran en el ejército que iba a partir al rescate.

Don Juan, enardecido, y comprendiendo que era una oportunidad de gloria, solicitó permiso para participar en la expedición. Felipe II le felicitó por su piedad y valor pero le contestó que era todavía «demasiado mozo» que «le quedaban muchos años de vida y gloria». Don Juan no desistió. Preparó clandestinamente caballos de posta y aprovechó un paseo por tierras de Galapagar bajo la dirección del duque de Medinaceli para fugarse con la complicidad de dos jóvenes caballeros, Juan de Guzmán y José de Acuña. La idea era cabalgar hasta Barcelona para embarcarse en las galeras con destino a Mesina. En la corte se había informado de que don García de Toledo había pedido a La Valette que resistiera hasta fines de junio y que el retraso resultaría aún más considerable.[4] Se le echó la culpa a don García por este retraso pero hay que tener en cuenta que el 25 de junio tan sólo disponía de 25 galeras.

En Madrid, avisaron rápidamente de la desaparición del príncipe. El rey y Luis de Quijada, informados, sospecharon de pronto la verdad y enviaron correos a Zaragoza, Barcelona y otros lugares, dirigidos a todas las autoridades, para detener a don Juan por orden terminante del rey. Se dio el caso de que el príncipe sufrió un acceso de fiebre mientras cabalgaba y, exhausto, tuvo que acostarse en Frasno, a cinco leguas de Zaragoza, donde le recogieron los enviados de Fernando de Aragón, arzobispo de Zaragoza, que le llevaron al palacio arzobispal donde fue curado con mucho cuidado. También le comunicó el arzobispo que no convenía desobedecer al rey, so pena de caer en desgracia, y que de todos modos ya era demasiado tarde pues las galeras habían salido de Barcelona, rumbo a Sicilia y Malta.

Hasta el episodio de Zaragoza, la coincidencia entre fuentes es correcta. En cambio tenemos que confesar nuestro escepticis-

mo en cuanto a lo que se ha escrito sobre la continuación de este episodio, desde el relato novelesco y poco realista del padre Antonio Ossorio, hasta el que trazan los últimos biógrafos de don Juan. Abundan las contradicciones: nos dicen que, a pesar de todos los ruegos y exhortaciones que se le hicieron, don Juan, después de enviar a José de Acuña a Barcelona para comprobar la veracidad de la partida de las galeras, quiso seguir adelante. Detallan que cuando llegó a Bellpuig, a casa del almirante de Nápoles, luego a Montserrat, y por fin a Barcelona, fue recibido por las máximas autoridades, desde el virrey de Cataluña y varios titulados hasta el arzobispo de Tarragona, que le hicieron objeto de incontables obsequios, «que toda Barcelona se desvivió para ofrecerle fiestas y agasajos»[5]. ¡Hombre! Si el príncipe tenía tanta prisa para llegar a tiempo a Malta, donde habían muerto ya muchos de los caballeros y que parecía casi perdida, ¿por qué se iba a detener en estas frivolidades mundanas? Fernando Ponce apunta que el virrey había montado esta maniobra para que don Juan perdiera tiempo, razonamiento lógico, pero eso significaría que el mozo se dejaba festejar, muestra de vanidad ingenua más que de resolución heroica.[6]

Nos dicen también que parte de la alta nobleza, enaltecida por su ejemplo, quería salir en defensa de los caballeros. Nada menos que don Luis Carrillo, conde de Priego, y su tío don Luis, «con un pequeño ejército pagado a su costa»; don Gabriel Manrique, hijo del conde de Osorno; don Bernardino de Mendoza; el cardenal don Pedro de Luján; don Juan Bautista de Tassis, etc.[7] Pero otros, incluido el padre Ossorio, colocan a todos estos señores en el séquito de don Luis de Quijada, cuya misión era forzar a don Juan para que volviera a Madrid, y que no tenían la menor intención de embarcar rumbo a Malta. No falta la melodramática abdicación de don Juan: «Cedo ¡oh Luis! a los mandatos e indignación del Rey, que me aparta de este primer paso hacia la gloria…»[8]. Es curiosa la trascendencia que se

ha dado a este episodio de la vida de don Juan, que no es más que la expresión del impulso romántico y del afán de gloria de un joven de 18 años, impaciente por demostrar su valor, pero testarudo y con la falta de juicio propia de su edad. Así lo entendió con sensatez el propio rey que, después de una severa reprimenda en presencia del duque de Alba, del príncipe de Éboli y de don Fernando de Toledo, le perdonó sus «hechos temerarios». Como si nada. Podemos dejar en entredicho los términos exactos de la arenga del rey, muy inciertos, pero lo importante es que se concluyó el episodio sin perjuicio para don Juan. Y Malta se salvó sin él: la llegada tantas veces retrasada del socorro español el 8 de septiembre con el apoyo de Juan Andrea Doria decidió a los turcos, que no habían logrado rendir los últimos baluartes cristianos, a levantar el sitio.

Amores y drama

De vuelta en la corte, don Juan se reincorporó con facilidad a los quehaceres cotidianos de palacio. Colaboró gustoso en la acogida entusiasta que se dispensó a la reina Isabel, cuando ésta regresó de entrevistarse en Bayona con su madre, Catalina, ya que el resultado de la entrevista parecía garantizar la continuación de la paz entre España y Francia. Se llamó a su cuñada *Isabel de la Paz.* Al año siguiente, en 1566, un don Juan orgulloso llevó en brazos a la infanta Isabel Clara Eugenia en su «día del cristianismo», es decir, del bautismo.

El anhelo de gloria mantenía inquieto a don Juan. Aspiraba a un mando, tal vez el de una escuadra de la Armada, pues el desenlace del sitio de Malta y la derrota de los turcos le habían animado a correr el riesgo del mar. Fue enterándose de que el rey tenía la intención de confiarle un mando de este tipo, tal vez para ponerle a prueba. Mientras esperaba esta promoción, don Juan se había hecho muy habitual en los salones y las fiestas de la casa de la princesa de Éboli. La seductora Ana de Mendoza no

tenía intención de atraer al hermoso don Juan a su lecho; más bien pretendía ganarse la simpatía y el agradecimiento del mozo, tan cerca de la realeza. Con este fin, se las arregló para que don Juan conociera en su palacio a una linda pariente suya, María de Mendoza. La Tuerta favoreció los encuentros a solas de los dos jóvenes y resguardó el secreto de sus relaciones. Don Juan y María de Mendoza, después de preámbulos galantes un tanto cándidos, se hicieron amantes. Al cabo de un año, María de Mendoza comunicó a su galán que estaba embarazada.

En esta coyuntura, don Juan se dirigió a su madre de corazón, doña Magdalena de Ulloa, que, a la postre, habría de cuidar a la niña nacida de estos amores, en el castillo de Villagarcía de Campos. Pero no sabemos exactamente la fecha de nacimiento de la niña y es posible que haya sido concebida solamente al volver don Juan de su crucero por el Mediterráneo al frente de la Armada y durante su estancia en la corte de octubre de 1568 a abril de 1569. En este caso, evidentemente, don Juan no tuvo nada que decir a doña Magdalena. Andando el tiempo, por la vida de esta niña, llamada Ana de Austria, cruzó por desgracia la del famoso pastelero de Madrigal, Gabriel de Espinosa, cuya existencia nos reveló Fernand Braudel hace muchos años.[9]

La madre, María de Mendoza, quedó al parecer desconsolada, víctima del olvido aparente o real de don Juan, y se recluyó, primero en Pastrana, y más tarde en el monasterio de las Huelgas de Burgos, del que fue abadesa. Sin embargo parece que consiguió volver a ver a su amante por lo menos en dos ocasiones más, una de ellas en la guerra de Las Alpujarras.

En estos mismos años (1566-68) un drama, cuyo epílogo fue trágico, iba tomando forma en palacio. Ya hemos explicado que la caída y el trauma del choque en la escalera de Alcalá habían empeorado gravemente la salud y el estado mental de don Carlos. Si bien es cierto que tenía afecto a algunas personas, entre

ellas a la reina Isabel y a don Juan, odiaba a muchas más, especialmente a su padre, pues estimaba que éste le despreciaba y no le otorgaba las responsabilidades que, a su entender, merecía. Evidentemente, sabía que Carlos V había dejado a Felipe como gobernador del reino de Castilla en 1543 cuando sólo tenía 16 años, dejándole indicaciones precisas, las llamadas «Instrucciones de Palamós». Él tenía ya 21 años y sólo era consejero de Estado… sin asistir al Consejo. Y tampoco se concretaba ningún proyecto de matrimonio con una princesa de sangre real. El heredero de la monarquía no se daba cuenta de sus taras físicas e intelectuales, de su nula propensión a los asuntos de Estado. Por suerte, no sabía que su padre, consciente de las incapacidades de su hijo (ciertos diagnósticos pronosticaban que podía ser incluso inútil para la procreación), no daba curso a las numerosas ofertas de los diplomáticos extranjeros.

Pero cuando a raíz de la rebelión de los Países Bajos de 1566, Felipe II puso fin a la gobernación de Margarita de Parma y decidió nombrar gobernador al duque de Alba, la ira de don Carlos estalló. Él anhelaba ese cargo, y creía ingenuamente que podía ser el pacificador de aquellos estados. Su rabia provocó un grave incidente en una reunión que había convocado el rey con el duque y Carlos, a quien se quería proponer que fuera a Flandes con Felipe II en persona y con Alba. Pero el príncipe se levantó gritando al duque: «¡No habéis de ir a Flandes! ¡No habéis de ir u os tengo de matar!». Intentó clavar su daga dos veces en el cuerpo de Alba, pero el duque, sin gran esfuerzo, le desarmó.

Felipe II, muy desanimado, y casi desesperado en cuanto al porvenir de su hijo, quiso sosegarle, nombrándole presidente de los Consejos de Guerra y Flandes. Además aumentó su dotación. Pero el príncipe heredero estaba resuelto ya a huir de la corte, y a viajar hasta Flandes para tomar el gobierno del país. Creía que podría lograr aliarse con don Juan para conseguir las galeras precisas. Cuando su tío había sido ya nombrado general

de las galeras reales (el nombramiento que esperaba don Juan), Carlos le convocó en su cuarto, el 23 de diciembre de 1567. Le ofreció el reino de Nápoles o el ducado de Milán, a cambio de las galeras necesarias para llevar a cabo su proyecto, insistiendo en que nunca Felipe II le ofrecería un cargo tan sobresaliente.

Don Juan tenía ya más juicio que el demostrado en 1565, y no tenía intención alguna de romper con la lealtad debida a su hermano. Intentó dar largas al asunto, para que Carlos renunciara a su proyecto, e hizo esfuerzos para disuadirle. Por fin le contestó que tenía que pensárselo bien y que le daría una contestación al día siguiente. Así las cosas, don Juan cabalgó hasta El Escorial, donde Felipe seguía el avance de las obras del palacio-monasterio, e informó al rey. Felipe estaba más o menos al tanto de las intenciones de su hijo, y autorizó a don Juan a aceptar una nueva entrevista con don Carlos para que su hijo no sospechara nada.

Carlos reveló a don Juan que pensaba salir el 18 de enero de 1568 y le pidió un salvoconducto para embarcar mientras hacía gestiones para conseguir los caballos precisos. El rey no vaciló más. El 18 de enero fue precisamente el día elegido para la detención de don Carlos, dirigida por su propio padre. El trágico desenlace —la muerte del príncipe en circunstancias no totalmente aclaradas— se produjo más tarde, cuando don Juan, en sus galeras, en el mar por el que tanto había suspirado, no podía ayudar en nada a su desafortunado sobrino. Y no tuvo ninguna parte en este triste fin.

Capítulo V —El mar y la guerra

Mientras don Juan cortejaba a María de Mendoza y se ponía fin al asunto complicado y doloroso del príncipe don Carlos, el rey pensaba que era tiempo de dar vuelo al destino de su hermano, otorgándole un cargo honroso desde el que pudiese procurar algún beneficio al reino. No sabemos si Felipe pronunció aquellas frases de agradecimiento efusivo que le atribuye el padre Ossorio cuando el príncipe le reveló el proyecto loco de don Carlos (al parecer, el jesuita, antes de nacer, se encontraba de milagro en todos los sitios idóneos para recoger las confidencias del rey o de don Juan), pero lo cierto es que el triste episodio había convencido al rey de la lealtad de su hermano y de su aptitud para una evaluación correcta de los acontecimientos. Don Juan ya tenía veintiún años.

La oportunidad surgió pronto. En marzo o abril de 1568, don García de Toledo dimitió de su doble cargo de virrey de Sicilia y capitán general del mar. Había sido lento, ineficaz e irresoluto en el socorro de Malta. Con todos estos errores, provocados quizá por el cansancio de los años, había estado a punto de hacer inútil la resistencia heroica de los caballeros. La dimisión fue aceptada. Felipe aprovechó y, sin vacilar, nombró a don Juan capitán general del mar, con el mando de la Armada del Mediterráneo. Para atenuar los riesgos de la inexperiencia del novato capitán, Felipe II nombró a don Luis de Requesens y Zúñiga vicealmirante de la Armada, al lado de don Juan. Era el inicio de una colaboración larga y fructífera pues Requesens sería más tarde asesor de don Juan en la guerra de Granada y en la Armada de la Santa Liga, y estuvo a su lado con esa función en el día de gloria de Lepanto.

Al mando de la Armada

Después de despedirse de la reina Isabel a la cual tenía tanto cariño, de hacer un viaje rápido hasta Villagarcía de Campos y de dedicar a María de Mendoza el tiempo de una tierna entrevista, don Juan salió rumbo al puerto de Cartagena para tomar el mando de la flota. Llevaba consigo un pliego de su hermano el rey, con fecha del 23 de mayo y firmado en Aranjuez. En este escrito Felipe daba a don Juan instrucciones pormenorizadas «en lo que toca al cargo de Capitán General de la mar y al uso y ejercicio dél», según recuerda al principio de la carta, en la cual caben recomendaciones de carácter religioso y moral, que conciernen también a la manera de hablar, de comer, las formas de mandar y castigar, la preparación física, o los ejercicios de armas, especialmente en el invierno.[1]

Quisiera destacar algunos párrafos que me parecen significativos en esta carta «que servirá para vos solo» y que por eso estaba escrita de la misma mano del rey.

«Y así que tengáis gran cuenta de ser muy devoto y temeroso de Dios, y muy buen cristiano, no sólo en el efecto y sustancia, mas también en la apariencia y demostración, dando a todos buen ejemplo…». Y el rey a continuación explicita este buen ejemplo: «Tendréis muy particular cuenta con frecuentar y continuar la confesión, particularmente las Pascuas y otros días solemnes, y con recibir el Santísimo Sacramento, estando en parte y lugar que lo podáis hacer; oyendo cada día (estando en tierra) misa; y tener vuestras devociones particulares y oración con mucho recogimiento en hora señalada para ello, haciendo en todo él, oficio y demostración de muy católico y buen cristiano». Esta preocupación es lógica en Felipe II, ya cuarentón, cuya piedad está creciendo con la edad. Posiblemente, el rey ponía en duda la devoción de su hermano que había rehusado una carrera eclesiástica.

Uno queda algo sorprendido cuando lee lo que sigue: «Habréis de vivir y proceder con gran recato en lo que toca a la honestidad de vuestra persona; porque ésta es materia que, demás de la ofensa a Dios, suele traer y causar no pocos inconvenientes…». ¿Qué autoridad moral en este asunto podía pretender Felipe II, hasta la fecha bastante mujeriego, de quien se conocen varias amantes, para dar lecciones a un joven de 21 años, soltero y sin compromiso, ya que el rey no estaba enterado de los amores con María de Mendoza? Es curioso apuntar que el emperador, él mismo muy aficionado a las mujeres, había prescrito el mismo recato a su hijo Felipe, en sus Instrucciones de Palamós de 1543 y con tan poco éxito como el que obtuvo Felipe con don Juan.

Llaman también la atención las precauciones que toma Felipe II para apartar a don Juan de los juegos y de sus excesos: «Debéis excusar en cuanto fuera posible los juegos, especialmente de dados y naipes, por el ejemplo que habéis de dar a los demás; y porque en esto no se puede proceder ni procede con la moderación y limitación que a las personas de vuestra clase se requiere, y suceden muchas ocasiones con ellos en que los hombres principales se suelen descomponer y deshonrar, de que resulta indignidad, os encargo que si alguna vez por entretenimiento jugárades, guardéis en ello el decoro debido a vuestra persona y autoridad». Reconocemos que ignoramos si esta advertencia del rey estaba motivada por una inclinación marcada de don Juan.

En Cartagena, don Juan presidió su primer Consejo el 2 de junio de 1568, una ocasión muy emocionante para él. Alrededor de la mesa estaban sentados el vicealmirante Luis de Requesens y el más famoso almirante de la Armada española, Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que había llevado a buen término la conquista del Peñón de Vélez. Estaban también Juan de Cardona, otro veterano en las lides de mar, y Gil de Andrade. Es

decir unos jefes de mucho prestigio y experiencia, de edad mucho más avanzada que don Juan, sin hablar de algunos capitanes de galeras, entre ellos varios señores de alta alcurnia, que se habían incorporado a la Armada con afán de gloria y fama.

La Armada estaba compuesta por 33 galeras, en su mayoría de 26 bancos de remeros. En la década de 1560, Felipe II había impulsado un importante programa de construcciones navales para restablecer el poderío español en el Mediterráneo: 50 galeras fueron construidas y equipadas en las atarazanas de Barcelona con el refuerzo de 300 técnicos vizcaínos. Pero el desastre de Gelves (Djerba) en mayo de 1560 donde se perdieron 27 galeras y 14 bajeles frente a la Armada otomana, seguido de otro desastre, en octubre de 1562, el de la Herradura, debido al temporal, habían anulado en parte los frutos del programa. Sin embargo el esfuerzo de la Corona, con un suplemento de 30 galeras, permitió rehacer una armada poderosa, de la cual don Juan asumió el mando.[2] El Consejo del 2 de junio acordó que la escuadra de Juan Andrea Doria se quedaría al alcance de las costas italianas mientras las tres escuadras de España (capitán Sancho de Leyva), de Nápoles (con Álvaro de Bazán) y de Sicilia (capitán Juan de Cardona) limpiarían las costas del estrecho de Gibraltar y garantizarían la llegada feliz de las flotas de Indias, tan esenciales para el país, vigilando especialmente los parajes del cabo de San Vicente. Me permito recordar que en nuestra obra *Los cristianos de Alá,* pudimos demostrar con datos estadísticos, que la zona del estrecho era la más peligrosa de todo el Mediterráneo.[3] Estos primeros meses en la Armada le vinieron muy bien a don Juan. Con estos jefes tan prestigiosos aprendió las técnicas de navegación, supo leer los movimientos del mar y los colores del cielo, prever la llegada del temporal que impone la busca rápida de un abrigo. Adquirió también el conocimiento imprescindible de las delicadas maniobras de las galeras, especialmente de la boga y de los cambios repentinos de velocidad para burlar al adversario.

Durante los tres meses y medio de presencia de don Juan y en los meses siguientes el crucero de las tres escuadras en las zonas costeras de Levante y Andalucía consiguió un resultado positivo: algunos corsarios fueron apresados y los demás se retiraron a sus refugios. La presencia naval de las escuadras de galeras en estas aguas privó a los moriscos granadinos, dispuestos al levantamiento, de la ayuda exterior que esperaban. Aseguró la llegada sin dificultades de las flotas de Indias de estos años. Don Juan aprovechó la oportunidad para mejorar los alojamientos de las galeras en el Puerto de Santa María y para reforzar las defensas de los presidios del norte de África: Orán, Mazalquivir y Peñón de Vélez. Cuando empezó la guerra de Granada, se pudieron organizar operaciones conjuntas tierra-mar con desembarco de compañías de infantes. Pero esto ocurriría un poco más tarde.

Don Juan, desde la costa norteÁfricana había zarpado hacia Baleares, blanco acostumbrado de los corsarios berberiscos, y había desembarcado en octubre de 1568 en Barcelona donde se enteró de la muerte de don Carlos y de la mala salud de la reina Isabel cuyo nuevo embarazo evolucionaba de manera fatal. Rápidamente viajó a Madrid adonde llegó sólo para asistir a la joven reina en los últimos días de su corta vida.

Entre la muerte de la reina Isabel en octubre de 1568 y la salida de don Juan para Granada en abril de 1569, la vida del futuro caudillo conoció una pausa, quizá el único tiempo de sosiego auténtico antes de entregarse al ritmo desenfrenado de los nueve años siguientes que le llevarían a la orilla de la muerte. Estuvo en Villagarcía de Campos al lado de doña Magdalena. Si, lo que parece verosímil, fue en estos meses cuando dejó embarazada a María de Mendoza, sería en esta ocasión cuando don Juan habría pedido a su madre adoptiva que aceptara hacerse cargo del hijo o de la hija por nacer; Ana de Jesús nació probablemente entre julio y octubre de 1569.

También en estos meses don Juan se retiró durante unos días al monasterio del Abrojo, cercano a Valladolid. Allí dialogó días y horas con un fraile franciscano que ya conocía, Juan de Calahorra. Parece que la muerte de la joven reina había dejado una honda impresión en don Juan, enfrentado al sentimiento de la fragilidad de las vidas humanas, de la vanidad de las coronas y de los honores. Que en los años siguientes el príncipe se entregara al vértigo de la acción hasta emborracharse de proezas guerreras y de amores efímeros no es ninguna contradicción.

En la corte también corrían las noticias de los disturbios de Europa, especialmente de los graves sucesos de los Países Bajos donde la política represiva del duque de Alba y de su llamado «Tribunal de los tumultos» había llevado a la ruptura con Guillermo de Orange, el mismo príncipe cuyo hombro había servido de apoyo a Carlos V en los días de la abdicación de Bruselas y que ahora alimentaba la leyenda negra con calumnias de toda índole. Se hablaba de las guerras de religión de Francia que ponían al rojo vivo el antagonismo entre católicos y protestantes en el reino vecino. Y se comentaba la evolución contraria al catolicismo de la monarquía inglesa bajo la férula de la misteriosa hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la reina Isabel de Inglaterra. Pero se hablaba aún más, y con preocupación evidente, del levantamiento que había estallado el día de la Pascua de Navidad de 1568 en el reino de Granada, especialmente en la áspera región de Las Alpujarras, y que en poco tiempo había logrado la adhesión de muchos moriscos.

Los horrores de la guerra

Las capitulaciones de la paz concertada al final del año de 1491 con Boabdil y que preludiaron la entrada de los Reyes Católicos en Granada el 2 de enero de 1492 se cumplieron solamente en los nueve años siguientes, especialmente gracias a la actitud inteligente y tolerante del arzobispo Hernando de Tala-

vera que confiaba en la predicación y en la persuasión para conseguir poco a poco conversiones sinceras. Desgraciadamente, la impaciencia del cardenal Cisneros, poco lucido en este asunto, cambió el rumbo de las relaciones entre vencedores y vencidos. La rebelión del Albaicín, en 1499, provocada por las medidas de Cisneros, disconformes con las capitulaciones, sirvió de argumento decisivo para acabar con la libertad de religión y forzar a los musulmanes a elegir entre la conversión o la emigración. La gran mayoría se quedó y desde entonces se les llamó moriscos.

Así que, a partir de 1502, y a pesar de los vaivenes de la política real, ora más tolerante con el desarrollo de misiones evangelizadoras pero sin coacción, ora más represiva, se intentó la asimilación religiosa y cultural de los moriscos con la prohibición progresiva de los usos alimenticios, de los trajes y vestidos, de los nombres, en fin, de la misma lengua específica de los moriscos, es decir, la algarabía, mezcla de árabe y castellano. Se trataba, en resumen, de eliminar todos los rasgos que configuraban la identidad morisca. La implantación del Santo Oficio con la creación del Tribunal de Granada había sido un síntoma fuerte de la nueva política. Los funcionarios reales y los clérigos abusaban en ocasiones de sus poderes.

El colmo fue la Pragmática del 1 de enero de 1567. Esta Pragmática no solamente reiteraba las prohibiciones anteriores, sino que agravaba su rigor. Se prohibía terminantemente leer y escribir en árabe; había que entregar todos los libros en esta lengua al presidente de la Chancillería de Granada; los contratos redactados en árabe no tendrían ningún valor; tampoco se podían confeccionar vestidos «a usanza de moros» y se obligaba a las mujeres a andar en la calle con la cara descubierta. No se permitía circuncidar a los hijos varones. Tampoco estaban autorizadas las zambras y los bailes moriscos, las canciones, y hasta el uso de sus instrumentos de música peculiares. La Pragmática llegó a prohibir los baños, tan usuales en la vida cotidiana y en la cultu-

ra morisca, con el fin de suprimir las abluciones de carácter religioso.

El marqués de Mondéjar, virrey de Granada (el cargo de virrey de Granada era tradicional en el linaje de los Mendoza), buen conocedor del país, siempre partidario de la moderación, se desvivió para conseguir del rey la suspensión de la Pragmática o, por lo menos, un cumplimiento lento y progresivo, porque temía que una ejecución rigurosa podía desencadenar una explosión social. Pero sus esfuerzos fracasaron. No tuvo más éxito la diligencia de un viejo notable morisco, Francisco Núñez Muley, siempre leal a las autoridades monárquicas, ante el nuevo presidente de la Audiencia de Granada, Diego de Deza, y tampoco la entrevista en Madrid de dos notables moriscos, Hernando el Habaqui y Juan Fernández Modafal, con el presidente del Consejo de Castilla, el cardenal Diego de Espinosa. Así que la sublevación era inevitable.[4] La aplicación sin demora de la Pragmática incendió los ánimos y favoreció los proyectos de rebelión que, desde hacía algunos años, preparaban unos cabecillas moriscos quienes, según escribe Luis de Mármol, «comenzaron a convocar rebelión». En el mismo Albaicín se reunieron juntas secretas, bajo varios pretextos y tapaderas, tales como la cofradía morisca de la Resurrección.

El más famoso de los cabecillas era un descendiente de los Abencerrajes, Abén Fárax. Con él se juntaban otros moriscos que venían de familias de alcurnia, El Daud, Hernando el Zaguer y Diego Abén Aboo. Pero el movimiento adquirió más fuerza con la elección por la junta rebelde como «rey de Granada y Córdoba» de un personaje de mucho prestigio, muy joven aún. Se trataba de don Hernando de Válor, veinticuatro de Granada, elegido rey bajo el nombre de Abén Humeya, la víspera del día de Navidad de 1568, en la aldea de Beznar, en el valle de Lecrín. Don Hernando pertenecía al linaje de los Omeya, des-

cendientes de Mahoma, que durante mucho tiempo habían aceptado la colaboración con las autoridades reales.

Pronto se sublevaron las aldeas de Orgiva, Poqueira y Jubiles, Ugíjar, Berja, y la mayoría de los moriscos de La Alpujarra. En cambio, la burguesía morisca del Albaicín, temerosa de las consecuencias, no se adhirió al movimiento.

La extensión de esta «guerra de religión» fue rápida. En febrero, el duque de Sesa, cuyos dominios, tierras y vasallos estaban en el reino de Granada, calculaba que los rebeldes eran 150.000, de ellos 45.000 en condiciones de luchar.[5] Así, «lo que al principio parecía un conflicto de escasa importancia, llegó a ser una gran preocupación para Felipe II», hasta el punto de convocar, en diciembre de 1569, Cortes en Córdoba con el fin de estar próximo a Granada. La guerra fue mucho más larga y dura de lo que anunciaban los vaticinios iniciales y el teatro de operaciones se desplazó mucho.

Al principio de la guerra, en los meses de enero-marzo 1569, el marqués de Mondéjar cosechó varios éxitos (Padul, Puente de Tablete, Jubiles) y logró la sumisión de no pocos moriscos, con quienes se mostró generoso. Pero por el Este de la zona irrumpió el ejército del marqués de Los Vélez, adelantado de Murcia, instigado por Diego de Deza, aunque el adelantado no tuviese jurisdicción en el reino de Granada. Desde entonces, faltó la unidad de mando, por el odio mutuo de los dos marqueses, que repercutía en la disciplina de las tropas cristianas. Estas cometieron toda clase de desmanes con el pretexto de represalias a las quemas de iglesias y asesinatos de algunos sacerdotes. Además, en Granada y en la corte, se desencadenaba una campaña hostil al marqués de Mondéjar, demasiado complaciente para con los rebeldes, poco propenso a una represión despiadada, según el presidente de la Audiencia, partidario de la dureza, lo mismo que el de Los Vélez, caudillo brutal pero de poca capacidad mili-

tar, al contrario de Mondéjar. De modo que la sublevación se extendió a otras zonas, desbordó de la montaña hacia el llano, y se murmuraba que los moriscos esperaban socorros importantes de los turcos.[6]

En esta coyuntura, Felipe II, harto de las discrepancias entre los responsables de la guerra, decidió en abril de 1569 poner a todos bajo la autoridad de su hermano don Juan que había reivindicado el cargo desde que estalló la sublevación en diciembre. Sin embargo, teniendo en cuenta la inexperiencia militar y política del nuevo capitán general, Felipe II puso a su lado un Consejo constituido por el marqués de Mondéjar, Diego de Deza (es decir, dos personajes cuyo enfrentamiento era permanente), un jefe militar afamado, el duque de Sessa, nieto de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, el arzobispo de Granada Pedro Guerrero y, para evitar que don Juan quedara aislado, su preceptor Luis de Quijada.

Al llegar a Granada, don Juan se entrevistó con una delegación de los moriscos del Albaicín que no se habían movido, y presidió un primer Consejo: el príncipe pudo percatarse enseguida de la oposición drástica entre el virrey, favorable a la negociación, y el presidente de la Audiencia, campeón de la represión. Don Juan pidió instrucciones a Felipe II, pero la contestación se hizo esperar durante más de dos meses. Don Juan se desesperaba, pues sólo recibía del rey consejos de prudencia o amonestaciones por haber participado en algunas inspecciones en las cercanías de Granada. Felipe II pensaba que no convenía que su hermano se expusiera a cualquier sorpresa por parte de los moriscos, y no quería que saliera en campaña. Pero, mientras tanto, los moriscos habían tomado la iniciativa: el 22 de mayo atacaron el campamento del marqués de Los Vélez y el 11 de julio se apoderaron de la fortaleza de Serón después de un sitio de un mes.

Los sublevados practicaban el sistema de guerra de guerrillas, cuidando no entablar batalla en terreno descubierto, usando los accidentes del terreno, lanzando rápidos golpes de mano, dejando los campos estériles, destruyendo los molinos. Por suerte para los cristianos, las rivalidades y la desunión se metieron también en el bando morisco: El Zaguer en julio y Abén Humeya en octubre fueron asesinados por los suyos. Tras esto, Abén Aboo quedó como caudillo de los rebeldes. Por otra parte, la ayuda que recibieron los moriscos de sus correligionarios, aunque notable no fue la que soñaban: en la primavera de 1570, había solamente 4.000 turcos y berberiscos entre los 25.000 combatientes que quedaban tras las bajas entre los sublevados iniciales y las deserciones.[7] Bien es cierto que la escuadra española del Mediterráneo vigilaba la costa andaluza.

Comparando las tres relaciones extensas de las que disponemos a propósito de la guerra de Granada (Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal y Ginés Pérez de Hita) se puede comprobar que el papel de don Juan en esta guerra no fue tan extraordinario como lo pretenden algunos biógrafos incondicionales. La verdad es que no participó directamente en las operaciones militares de la primera fase de la guerra, aunque no por decisión suya sino de su hermano, que le prohibió salir de la capital. Además, al principio, no encontró la colaboración debida en sus asesores. Así, el marqués de Los Vélez no se apresuró en acudir al socorro de Serón en junio de 1569, a pesar de las instrucciones de don Juan, y dejó caer la plaza en manos de Abén Humeya. Cuando por fin Felipe II, decepcionado por los resultados militares de 1569, autorizó a don Juan a salir en campaña, y una vez fijado el primer objetivo, es decir, Güéjar Sierra, plaza fuerte que era preciso eliminar de entrada, «el duque de Sessa abandonó Granada pocas horas después que don Juan de Austria en dirección a Güéjar Sierra, lo adelantó a marchas for-

jadas, venció a los moriscos y arrebató el honor de la victoria a don Juan»[8]. ¡Mala manera de actuar con el capitán general!

Tampoco consiguió en un principio don Juan imponer la disciplina debida en su ejército, más dispuesto a saquear, a buscar el botín, a prender mujeres y niños para venderlos en los mercados de esclavos que a vencer al enemigo de manera definitiva. Así, en el primer intento de reconquista de Serón, en febrero de 1570, las tropas de don Juan entraron con facilidad en la plaza y creyendo el asunto resuelto se entregaron al pillaje. Era una trampa de los moros. El contraataque de miles de combatientes cogió de sorpresa a los españoles: el pánico se apoderó de las tropas que huyeron desordenadamente. Don Juan intentó en vano contener y animar a sus hombres. En este lance, don Luis de Quijada cayó mortalmente herido a su lado. El dolor de don Juan, que veneraba sinceramente a su ayo, fue inmenso.

Hay que admitir que el ejército al mando de don Juan en la guerra de Granada no tenía nada que ver con los famosos Tercios, tan temidos en todos los campos de batalla de Europa en esta época. Las del príncipe eran tropas de poco valor, estacionadas en España para garantizar la seguridad de la Península y auxiliadas por milicias urbanas sin experiencia militar, que se desbandaban con facilidad o que desertaban. El mismo don Juan se quejó a su hermano en varias cartas (12 y 30 de marzo, 6 de mayo de 1570), lamentando la falta de valor y la indisciplina de sus tropas. Por otra parte, se trataba de una guerra sucia, cruel, atroz, en la cual los dos bandos peleaban sin cuartel, una guerra que dejó a don Juan frustrado por la falta de respeto mutuo entre los adversarios. Cumplió con la orden real de llevar la guerra «a fuego y sangre», haciendo degollar a todos los varones de más de doce años en la toma de Galera; cumplió en la ejecución de la expulsión, y hasta admitió que era necesaria para acabar de una vez con la rebelión, como escribió a Felipe en la carta del 14 de agosto de 1570: la expulsión de los moriscos era necesaria

para la paz. Pero no era, ni mucho menos, una guerra caballeresca tal y como había soñado.

Sin embargo hemos de reconocer que don Juan demostró en algunas ocasiones verdaderas dotes de caudillo, capaz de enardecer y exaltar a sus hombres y de llevarles a superarse hasta el extremo; también dio muestras de un sentido estratégico cada vez más evidente. Después de la toma de Güéjar ya aludida, y mientras venía Felipe II con sus sobrinos los archiduques Rodolfo y Ernesto a Córdoba, donde había convocado Cortes, don Juan se fue hacia Galera, pasando por Huesear donde le esperaba el marqués de Los Vélez, jefe incapaz según Fernand Braudel. De hecho, el marqués no había conseguido conquistar la plaza a pesar de sus esfuerzos y remitió el mando de sus tropas a don Juan, pidiendo permiso para retirarse: «Irme quiero a mi casa pues no conviene a mi edad anciana haber de ser cabo de esquadra.»[9]

Don Juan contempló su salida con ironía. Ahora, con Sessa, disponía de unos 20.000 hombres mientras que los defensores no pasaban de los 5.000. Pero la plaza, rodeada de rocas y peñascos, parecía casi inexpugnable. Don Juan entendió de inmediato la importancia de la artillería gruesa, que hizo traer de Huéscar y algunas piezas de Cartagena, hizo explotar varias minas y no dio el asalto antes de abrir en las murallas brechas importantes y de excavar trincheras para facilitar la aproximación al castillo. A pesar de esta preparación táctica inteligente varios ataques fracasaron con pérdidas de cientos de hombres. La lucha última llegó a un cuerpo a cuerpo feroz y los 2.000 defensores supervivientes fueron ejecutados sin piedad. Como símbolo de la destrucción definitiva de Galera, según la voluntad real, los vencedores sembraron sal en la plaza.

En Serón, después de la muerte de Luis de Quijada, y la venida de refuerzos, algunos llegados de los Tercios desde Italia, don

Juan tomó todas las precauciones para evitar el desconcierto que había provocado el revés anterior. Nunca más quería ser testigo de la desvergüenza de sus soldados. Los moriscos abandonaron la plaza antes del asalto. Don Juan prosiguió metódicamente la conquista de las fortalezas moriscas situadas en el valle del Almanzora, eje de la zona rebelde, usando la artillería para abrir brechas. Así cayeron Tijola, Purchena, Padules… Esta campaña puso de manifiesto el carisma de don Juan como jefe. Y sus éxitos fortalecieron en el bando morisco a los partidarios de El Habaqui, propenso a negociar mientras que Abén Aboo quería continuar la lucha.

Después de una primera entrevista el día del Corpus de 1570 en el campamento del príncipe, don Juan y El Habaqui llegaron a un acuerdo. El Habaqui se postró a los pies de don Juan entregando su bandera y pidiendo misericordia para los suyos. El príncipe concedió una paz generosa: los moriscos podrían llevar sus trajes tradicionales pero habían de entregar sus armas antes de la fiesta de San Juan, en junio.

Pronto nació la sospecha de que la sumisión era una trampa. Una relación de los Inquisidores de Granada al Consejo de la Suprema, con fecha del 17 de junio, contaba que en Granada se paseaban moriscos con sus armas, que se jactaban de haber matado a unos cuantos cristianos y de sus agravios a la «santa fe católica». No venía ninguno a confesar sus culpas al Santo Oficio. [10] A la postre, Abén Aboo hizo ejecutar a El Habaqui por traidor.

Ya no quedaba espacio para una solución más suave. Poco después Abén Aboo conocía el mismo fin trágico. Eran las convulsiones últimas del drama de la comunidad morisca acorralada, que había sufrido hasta el desenlace fatal las consecuencias de la evolución de España hacia la intolerancia. El 1 de noviembre de 1570, don Juan, conformándose a la orden del rey, decre-

tó la expulsión de los moriscos hacia otras regiones de España. Hubiera preferido sin duda otro final para ellos, pues: «A la verdad, si éstos han pecado, lo van pagando». El destierro, en muy malas condiciones, con lluvias abundantes, hasta nieve en la sierra, puso a 50.000 personas en marcha. Narrando con colores muy negros la deportación a Ruy Gómez de Éboli, don Juan pudo acabar su carta con estas palabras: «Al fin, Señor, esto es hecho». Al menos, el príncipe quedaba libre y listo para tareas más gloriosas. El 30 de noviembre dejó Granada para siempre. El 13 de diciembre estaba en Madrid.

Capítulo VI — La hora del destino

Unos meses apenas transcurrieron entre la vuelta de don Juan a la corte y su salida para Italia, con una responsabilidad nueva, esta vez realmente trascendental. Sólo tuvo tiempo de ir hasta Villagarcía de Campos para abrazar a doña Magdalena y confiarle su dolor por la muerte de don Luis. Es de suponer que también aprovechó la oportunidad para conocer a la hija que había nacido de sus amores con María de Mendoza.[1] Las campanas del destino habían sonado para el joven capitán.

Nueva coyuntura internacional

Las noticias de los Países Bajos —«lo de Flandes está quietísimo»— tranquilizan en 1570 a Felipe II aunque el aplastamiento de la rebelión por la acción represiva del duque de Alba sea sólo provisional. Pero no se puede pensar en quitar al duque las tropas de élite que ha llevado de Italia. En cambio, en el Mediterráneo se impone la emergencia, de modo que el intervalo de paz entre el final de la guerra de Granada y la constitución de la Santa Liga fue muy breve.

El renegado calabrés Uluch Alí (o Eudj Alí), rey de Argel desde el mes de marzo de 1568, había aprovechado la concentración de las fuerzas españolas terrestres y marítimas en torno al reino de Granada para conquistar Túnez, donde reinaba —gracias a que le había entronizado en 1535 Carlos V— Muley Hamida, el hijo de Muley Hasán. El mal gobierno de Muley Hamida favoreció la empresa. Uluch Alí salió de Argel en octubre de 1569 con una tropa de entre cuatro y cinco mil jenízaros, pero llegó a Túnez con un ejército más numeroso pues incorporó en el camino a unos millares de jinetes cabilas. El ejército de Muley Hamida ni siquiera peleó y el rey buscó refugio en la fortaleza española de La Goleta. Alí entró sin hallar oposición en

Túnez en diciembre de 1569. Tres meses después, en marzo de 1570, después de establecer en la ciudad una guarnición fuerte bajo el mando del renegado sardo Cayto Ramadán, había vuelto a Argel.[2] Pero más trascendencia tenían los acontecimientos de Chipre, pues dieron a la política veneciana un rumbo nuevo. Desde hacía casi treinta años, la Serenísima República había vivido en paz con los turcos. Esta larga paz había contribuido al debilitamiento de las defensas venecianas, de la administración militar, de las fortificaciones, de la Armada. Siempre dispuesta a negociar, Venecia confiaba en la fama pacifista del nuevo sultán Selim II y en sus relaciones con el gran visir Mehemet Sokolli, sin tener suficientemente en cuenta la tradición otomana que exigía de cada nuevo sultán una conquista brillante; tampoco consideraron adecuadamente las noticias relativas a los armamentos turcos, el embargo sobre naves y bienes de mercaderes venecianos, el rumor que corría en Constantinopla a principios de febrero: los turcos se disponían a exigir de la Serenísima la cesión completa de Chipre, invocando derechos históricos. El 27 de marzo de 1570, el enviado del sultán, Oubat, era recibido en audiencia por el Senado de Venecia y presentaba la exigencia otomana, apoyada por agresiones múltiples contra los fortines venecianos de la costa dálmata.

Pero esta vez Venecia había decidido resistir: por 199 votos contra 220 el Senado rehusó la pretensión otomana. La República hizo levas por su cuenta, aceptó los contingentes que le ofrecían las ciudades de la Tierra Firme, especialmente Verona, Vicenza, Padua y Treviso; envió importantes refuerzos a las guarniciones dálmatas y mandó a Chipre un cuerpo expedicionario. Quería demostrar así al sultán que no se dejaba impresionar por las amenazas, sin perder esperanzas de eludir la batalla. Sin embargo, el 5 de mayo de 1570, elegía *dux* a Pietro Loredan, partidario de la guerra. A mediados de marzo, antes de la

venida de Oubat, había enviado a Felipe II un embajador extraordinario y simultáneamente había avisado al papa Pío V.

Pío V, artífice de la Santa Liga

El Supremo Pontífice era un personaje fuera de serie y sin ninguna duda su intervención cambió la orientación de la política internacional. El cardenal Michele Ghisleri había ascendido al trono de Pedro de modo inesperado en el cónclave del 7 de enero de 1566, impulsado por Carlo Borromeo y los suyos. A Ghisleri le dedica unas páginas admirables Fernand Braudel: «uno de esos innumerables hijos de pobres entre los cuales la Iglesia halló frecuentemente, en el siglo de la Contra-Reforma, a los más apasionados de sus servidores (…) [Pío V] tiene el fervor, la aspereza, la intransigencia del pobre, si llega el caso su dureza extremada, su negativa al perdón. Ya no es de ninguna manera un papa del Renacimiento; ha pasado el tiempo».

De niño, el futuro Papa había pastoreado rebaños y había ido a la escuela por casualidad. Fraile dominico en Vigevano, estudiante en Bolonia y Génova, sacerdote a los 24 años, viajando a pie, siempre pobre, comiendo muy poco, distinguido por Pablo IV, que tenía también «la violencia apasionada, la voluntad de hierro», y que le hizo cardenal, este viejo con larga barba cana, que estaba en los huesos, desplegaba aún una actividad incansable, demostraba una vitalidad excepcional. Braudel escribió: «Vive en lo sobrenatural, hundido en sus fervores; el no estar en este bajo mundo encerrado en los mediocres cómputos razonables de los políticos, es lo que hace de Pío V una gran *fuerza de historia* imprevisible, peligrosa». Y, en efecto, fue «la asombrosa, la prodigiosa personalidad de Pío V» la que, en «la conversación a tres» interlocutores, arrancó la decisión. Y no era una menudencia arrastrar a España. Por su parte Granvela, a la sazón virrey de Nápoles, se había declarado en contra de cualquier ayuda a Venecia.[3]

Pío V había pensado, como su antecesor Pío II, restablecer la concordia entre los príncipes cristianos para enfrentarse con los turcos. Se había ganado de entrada la adhesión de España al renovar sin discusión y sin demora el subsidio de las galeras concedido por cinco años por Pío IV, cuyo vencimiento caía en el tiempo de su elección. En vez de gastar miles de ducados en la negociación y en regalos a los sobrinos del Papa, como en la ocasión anterior, Requesens, embajador en Roma, se maravillaba de la actitud de este santo varón. Con este quinquenio, Pío V había así contribuido inmediatamente al armamento naval de España.

El Papa había actuado de la misma manera con Venecia. No hacía caso a las preocupaciones venecianas, al deseo de la República de salvar las ricas plantaciones de caña de azúcar, los campos de algodón, los arrozales y las salinas que poseía en Chipre. Para el Pontífice surgía la ocasión de asestar un golpe al enemigo otomano, cuya racha de triunfos se había interrumpido en Malta. «Su política católica había sido siempre una política de combate». En marzo, al tanto de la venida de Oubat a Venecia y de su propósito, había despachado a su nuncio a Venecia para presionar sobre el Senado.

Satisfecho por el resultado de la votación, había concedido a la República diezmos sobre el clero veneciano para ayudar al esfuerzo de la guerra. Por su parte, constituyó una armada pontificia con las galeras de Toscana, operativas en 1571, y encargó madera en abundancia para construir galeras en los astilleros de Ancona. Envió, en fin, a Felipe II a su confidente, el clérigo español Luis de Torres, que gozaba de amistosas relaciones en el seno del Consejo de Felipe II, con instrucciones muy pormenorizadas, firmadas el 15 de marzo. Obviamente, el Papa no había perdido el tiempo.

Luis de Torres alcanzó al rey en Córdoba en abril de 1569. Fernand Braudel evocaba, con el instinto histórico genial que distingue su obra, «la atmósfera de pasión religiosa en esta hora de exaltación de los destinos de la Cristiandad (…) que estalla en las cartas de Pío V». La negociación pudo ser lenta, no tanto por la mesura habitual, casi proverbial de Felipe II, sino por la importancia de las peticiones del Papa. Pío V, en efecto, no solicitaba del Rey Prudente una ayuda provisional para socorrer Chipre, como la que se había organizado para el socorro de Malta, sino una verdadera liga, una alianza en toda regla y con todas las consecuencias y obligaciones.

El mensaje llevado por Torres no dejaba lugar a dudas: «Queda claro que uno de los motivos principales que llevó al turco a romper con los venecianos es que creía hallarlos aislados, sin esperanza de aliarse con Vuestra Majestad, empleada como está con los moros de Granada». Y Pío V no deja de esgrimir argumentos estratégicos: «Las fortalezas venecianas son el antemural de las plazas fuertes del Rey Católico». De hecho, consentir una derrota absoluta de Venecia, «frontera de la Cristiandad», sin procurarle la menor ayuda, podía revelarse un error de desastrosas consecuencias, mientras que la liga aseguraba a España los hombres, las armas y la flota de la República. En fin, el Papa no había olvidado el argumento financiero: como dijimos antes, había otorgado ya en 1566 el subsidio anual, es decir unos 500.000 ducados pagados por el clero español. Pero quedaba la cruzada, cuya concesión había sido retrasada. Luis de Torres llevaba consigo el visto bueno del Papa a la venta de las llamadas «bulas de cruzada», que supondrían alrededor de 400.000 ducados más al año.

La elocuencia de la argumentación pontifical, al servicio de una pasión convincente que el rey compartía en cierto modo, era indudable. Pero en abril de 1570 la guerra de Granada distaba mucho de estar resuelta. Sin embargo, el 21 de abril, Felipe

prometió el socorro de 50 galeras y, ocho días después de la exposición de Luis de Torres, dio su aprobación formal a la formalización de la liga. Tan rápida decisión de parte de Felipe II en un asunto de tal trascendencia es casi extraordinaria pues, según concluye Fernand Braudel, «era para España, como para Venecia, para Turquía, para todo el Mediterráneo, la mayor aventura en la que iban a arriesgarse desde hacía mucho tiempo».[4]

El fracaso del socorro de Chipre

El socorro de Chipre no podía esperar que los españoles, aún movilizados por la guerra de Granada, pudiesen intervenir. La guerra había empezado y los turcos desembarcaron en la isla en julio, es decir, al momento de empezar en Roma las negociaciones tripartitas que concluirían con el convenio de mayo de 1571. Los turcos no habían podido impedir la llegada a Chipre en febrero de las galeazas de la Serenísima, bien provistas de artillería pesada, que, de paso, habían fulminado las galeras turcas.

Pero las fuerzas venecianas en la isla no bastaban para asegurar una defensa satisfactoria de todas las plazas. El 9 de septiembre los otomanos se apoderaron de la capital, Nicosia. En cambio, las defensas temibles de la ciudadela de Famagusta permitían resistir muchos meses, quizá hasta la llegada de las fuerzas de socorro.

La mala organización de esta expedición puso en tela de juicio la misma supervivencia de la Santa Liga. Venecia pudo reunir de golpe 60 galeras, pero a la Serenísima le faltaban remeros y soldados de experiencia y mantenimientos suficientes. Las galeras, bajo el mando de Gerolamo Zane, estuvieron en Zara, puerto de la costa dálmata, inactivas dos meses, hasta junio. El Papa había juntado doce galeras, mal preparadas, y cometió el error de elegir como generalísimo de la Armada aliada a Marcantonio Colonna, condestable de Nápoles, general de infantería pero que, según el cardenal Granvela, del mar no entendía

más que él. Juan Andrea Doria disponía de 51 galeras, las suyas, que mimaba siempre como si fueran de cristal. Para complacer al Papa, Felipe II le dio órdenes de ponerse bajo el mando de Colonna, lo que disgustó a Doria. Las escuadras de Colonna y Doria se reunieron en Otranta y zarparon hacia el puerto de Suda, en el norte de la isla de Creta, donde fondeó toda la Armada el 14 de septiembre, ya que la flota de Zane y otras escuadras venecianas, las de Quirini y Canale, habían acudido a la cita.

La *mostra* —la revisión de la Armada— de Suda, donde escaseaban los abastecimientos, puso de manifiesto tanto las discrepancias entre los jefes, cuyos consejos sucesivos no produjeron acuerdo, como la mala preparación de la Armada veneciana, cuyas tripulaciones eran insuficientes. Para engañar a sus aliados, los venecianos hicieron su *mostra* cerca del puerto, la popa hacia tierra para permitir a varios marineros pasar de un navío a otro clandestinamente, con el fin de demostrar que tenían el número preciso de marinos y soldados.

Por fin la Armada salió hacia Rodas: era impresionante con 180 galeras, 11 galeazas, otros navíos menores, 1.300 cañones y 16.000 soldados. Pero, llegando a las cercanías de la costa asiática, supieron los almirantes que estaba ocupada casi toda la isla de Chipre donde sólo resistía Famagusta. Entonces determinaron volver hacia Italia sin intentar cualquier acción: resulta evidente su falta de voluntad de combatir. La única excepción fue la escuadra veneciana de Quirini, que logró llevar algunos refuerzos y municiones a Famagusta.

Esta vuelta, con las borrascas invernales, fue muy difícil. Doria navegó con maestría, logrando llegar a Mesina con todas sus galeras pero Colonna llegó a Ancona con sólo tres de las doce que tenía y Venecia perdió de quince a veinte. Era casi un desastre: no se había librado batalla, se había abandonado por

completo a los heroicos combatientes de Famagusta que capitularon en agosto de 1571, se habían hundido navíos. Un auténtico despilfarro de dinero, de armas y municiones, además de la pérdida de prestigio. Colonna había hecho casi el ridículo. La República, siempre rigurosa en estos trances, tomó las sanciones acostumbradas: Pallavicino, el comandante de las tropas, y Zane, el almirante, fueron encarcelados, pero, al mismo tiempo, echaba la culpa a Doria que ponía en cuestión la competencia de Colonna. Sin la energía increíble de Pío V, la intransigencia de los turcos y la buena fe de Felipe II, a pesar de sus recelos, la Santa Liga no hubiera superado este humillante fracaso. Pero la Liga necesitaba un verdadero caudillo, un salvador. Don Juan fue ese hombre.[5]

Organización de la Santa Liga

Para entender correctamente lo difícil de las negociaciones entre el Papa, España y Venecia, los retrasos de la firma final por las tres potencias contratantes, es imprescindible apuntar y recordar los datos siguientes:

—Las conversaciones empezaron el 2 de julio de 1570 en Roma, en los salones del cardenal Alessandrino, y concluyeron el 20 de mayo de 1571. Las llevaron por parte del Papa los cardenales Morone, Cesi, Grasis y Aldobrandino, con presencia de los cardenales Alessandrino y Rusticucci, sólo testigos; por parte de Venecia, el embajador de la Serenísima, Michele Suriano, sustituido luego por Giovanni Soranzo; por parte española, los cardenales Pacheco y Granvela, además de Juan de Zúñiga, embajador de España en Roma.

—Las negociaciones se interrumpieron tres veces: de agosto a octubre de 1570; en enero y febrero de 1571; y finalmente de marzo a principios de mayo de 1571.

—Estas interrupciones no se explican solamente por la necesidad de consultar a los gobiernos de los futuros aliados, especial-

mente a Felipe II y su Consejo y al Senado veneciano. A pesar de que lo negaran repetidamente, los venecianos no habían renunciado a concluir un acuerdo con los turcos: además de las charlas casi continuas en Estambul entre Mehemet Sokolli y el *baile* de Venecia —el diplomático encargado de los intereses económicos venecianos en el imperio otomano—, la Serenísima, muy decepcionada por los resultados nulos de la campaña del otoño de 1570, envió a la capital otomana en enero de 1571 al secretario del Senado, Jacopo Ragazzoni. De modo que los diplomáticos de la República aprovechaban cualquier pretexto para retrasar la conclusión del acuerdo, mientras subsistía alguna esperanza de paz separada.

—Existía mucha desconfianza, muchos recelos entre los presuntos aliados. De hecho, y con razón, los españoles sospechaban que la Serenísima, cuya ondeante política conocían, pudiera estar dispuesta a ponerse de acuerdo con los turcos. El Papa opinaba lo mismo. Por otra parte, la diplomacia francesa, muy hostil a la existencia de la Liga, lo intentaba todo para apartar a Venecia de la alianza española. Incluso ofrecía a la Serenísima su mediación para conseguir un acuerdo con Estambul. Y el joven Carlos IX de Francia que, en esos momentos estaba fascinado por el almirante Coligny, jefe del partido hugonote, soñaba con invadir los Países Bajos para impedir la ofensiva española en el Mediterráneo. El embajador español en París, Francés de Álava, era testigo del malhumor galo: «Los franceses esperan que no se concluirá; dicen que los venecianos son muy tontos si firman este acuerdo, si no guardan su libertad para ponerse de acuerdo con su grande enemigo, el turco».

—Al reanudar las negociaciones a fines de octubre, el fracaso de la expedición al Levante causó pésima impresión. El mismo Felipe II dudó mucho. A principios de 1571, escribió al cardenal Espinosa: «Como agora está la Liga, yo creo que no se ha de hazer cosa buena ni empresa, que es imposible cumplir yo lo

que ofrezco, no solamente este año que es imposible, mas ni los que vienen…»[6]. Venecia volvía a poner en discusión todo lo que se había conseguido en la primera fase, hasta las cosas más accesorias. Los agentes de las pequeñas potencias italianas, que no participarían en la Liga, sugerían que los españoles fingían estar de acuerdo con el único fin de cobrar cruzada y excusado. Granvela, malhumorado, se hacía cada vez más tajante. De modo que para muchos esta interminable conferencia no produciría ningún fruto. O por lo menos, el acuerdo no llegaría a la fase de aplicación. Al final de diciembre, el mismo Papa parecía desanimado. A pesar de todo, casi un milagro, las firmas de los contrayentes se intercambiaban el 20 de mayo. El día 25, en la basílica de San Pedro, la Liga fue proclamada con solemnidad.[7]

Se trataba teóricamente de una confederación perpetua. Sin embargo, el acuerdo militar se limitaba a tres años (1571-73), durante los cuales los aliados se comprometían a constituir una armada de 200 galeras y 100 naves redondas, con 50.000 soldados y entre 400 y 500 jinetes. La alianza estaba dirigida contra los turcos y el teatro operativo era el Levante: se contemplaba la posibilidad de una conquista de los Dardanelos y, si fuera posible, la de los Santos Lugares, con lo que se alcanzaría el *desiderátum* de las cruzadas. A petición insistente de los españoles, se preveían expediciones contra Argel, Túnez o Trípoli. Es cierto que el espíritu de cruzada, tan candente en la mente de Pío V, era ajena a buen número de los aliados, especialmente a los venecianos, pero también a Doria o Requesens, por extemporáneo.[8]

España tomaría a su cargo la mitad de los gastos, Venecia la tercera parte y el Papa la sexta parte. También los españoles prometían a la Serenísima que dejarían a los mercaderes venecianos la posibilidad de abastecerse en granos de Puglia y Sicilia, necesidad imprescindible puesto que tendrían que renunciar a sus compras habituales de trigo turco.

Detalle esencial para nuestro tema: en la primera fase de la negociación se acordó que el generalísimo de la Armada aliada sería don Juan de Austria. Marcantonio Colonna había demostrado su insuficiencia pero fue candidato al nombramiento hasta el final, así como Manuel Filiberto de Saboya. Felipe II presionaba para que su hermano fuese elegido generalísimo, ya que España proporcionaba la mayor contribución en dinero y hombres, pero correspondía al papa Pío V la decisión final. ¿Fue cierta la premonición del Papa al citar el Evangelio de San Juan: «*Fuit homo missus a Deo, cui nomen era Ioannes*»? No lo sé, pero tal detalle concordaría con el temperamento místico de Pío V.

Pronto se daría cuenta el Pontífice de que el príncipe era el hombre que soñaba. España se empeñaba en pagar la mitad del esfuerzo de guerra. Por otra parte, mientras transcurrían las negociaciones, don Juan estaba haciendo la demostración de sus dotes de caudillo. Se sabía ahora que era un buen jefe de guerra. Es verdad que le faltaba la experiencia de una batalla naval. Pero el asesoramiento de don Juan por almirantes de merecida fama, tales como Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, y Gil de Andrade, daba confianza.

El Papa y los diplomáticos españoles prometieron acudir a Otranto con sus fuerzas navales y terrestres a fines de mayo. Era una promesa imposible de cumplir que significaba sólo que meterían toda la prisa posible. La noticia de la Liga llegó apenas a Madrid el 6 de junio. El 16 de ese mes, don Juan estaba en Barcelona, dispuesto a embarcar. Las malas cosechas del año 1570 en España perjudicaban la rapidez de los suministros. Por suerte, las cosechas habían sido mejores en Italia, lo que permitió a Venecia reunir las cantidades de grano precisas para sus tripulaciones. En Sicilia, donde estaba prevista la última concentración de las armadas de España y del Papa, se amontonaban las reservas de harina, los quesos sardos y el vino de Nápoles, mientras

las fábricas de bizcocho lograban producir 7.000 quintales al mes.

También Génova y los jefes españoles se apresuraban a poner en pie de guerra a los soldados. Unos mil italianos y ocho mil alemanes se embarcaron en Génova en las galeras españolas con destino a Mesina. En Barcelona, llegaron, procedentes de Andalucía, con las galeras al mando de Álvaro de Bazán, los Tercios de Miguel de Moneada y de Lope de Figueroa, esperando su traslado a Italia. También acudió de Baleares la pequeña escuadra de Sancho de Leyva, con más víveres y soldados. Don Juan estaba muy impaciente por entrar en acción. Las instrucciones redactadas por Felipe II el 26 de junio y destinadas a su hermano, que le alcanzaron a principios de julio, provocaron la emoción, más bien el violento enojo del joven príncipe, y han dado lugar a muchos comentarios, excesivos según mi opinión.

¿De qué se trata? De unas observaciones del rey a su hermano: le reprochaba aceptar el trato de alteza y de príncipe a los cuales no tenía derecho. En eso no había novedad. En los momentos de su reconocimiento oficial, Felipe había otorgado a su hermano los títulos de excelencia e infante. No había motivos para cambios. Pero don Juan no compartía esta opinión: en el momento de tomar el mando supremo de la Santa Liga, opinaba que la limitación de sus títulos le desprestigiaba a los ojos de los demás.

Escribe el 12 de julio a su hermano, con orgullo ingenuo, reclamando que «se le iguale con muchos, cuando merecía más y todos esperaban verlo», pensando que la mirada de toda la cristiandad estaba fija en él. Lo que llegaría a ser verdad, pero no lo era aún en julio de 1571.

Ese es el motivo más que tenue para que varios historiadores se empeñen en tocar la cantinela de los celos de Felipe II. Pero «no es todo vero lo que dice el pandero», como recordaba muy

bien Correas. ¡Hombre, por Dios! Felipe II había hecho por su hermano mucho más de lo que le pidiera su padre el emperador: le había dado una Casa de infante, muy bien provista, el collar del Toisón de Oro, un sitio privilegiado en la corte; cuando no tenía 22 años y sin ninguna experiencia militar le había alzado al mando supremo en la guerra de Granada, por encima de canas veteranas, tales como las del mismo virrey de Granada, marqués de Mondéjar. Por fin, don Juan se sosegó, entendió su error. Quizá se adelantó a Cervantes: «De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a ojos ofende, es la ingratitud».

En este particular es en el único en que discrepo de la opinión de Fernand Braudel, cuando escribe: «G. Hartlaub hace bien en pensar que estos días marcaron una honda fractura en la vida de don Juan porque significaban que su situación amenguada de hijo natural era irremediable, que el rey no tenía confianza en él. Si no, ¿por qué negarle el título de Alteza y concederle sólo el de Excelencia?». Repetimos: entonces, eso era cosa juzgada y no era hora de cambios. En cuanto a las «restricciones de su mando real», tantas que fuese «un título vano», baste constatar que don Juan, tan temperamental, fue quien impuso en los Consejos de la Liga su manera de ver y sus propósitos, y quien impuso a Felipe II la audacia y no la prudencia.[9]

Salida de don Juan: de Barcelona a Génova, Nápoles y Mesina

Por fin, la Armada zarpó el 16 de julio y llegó a Génova el 26 a pesar del temporal. Fiestas espléndidas en su honor, preparadas por Doria que, desde Barcelona, se había adelantado con una sola galera con este fin. ¡Nada de acogida humillante! El 5 de agosto, después de embarcar municiones, mantenimientos y hombres, la Armada sale para Nápoles donde echa el ancla el 9 de agosto. Más fiestas. El cardenal Granvela le remite en nom-

bre del Papa, el 14 de agosto, el estandarte de mando que luego se izaría en la popa de la galera real y que llevaba las armas de las potencias participantes; simultáneamente le remite el bastón de generalísimo con los tres escudos de armas, que porta en muchos retratos, pronunciando tres veces en el acto de entrega, las siguientes palabras: «Toma, dichoso Príncipe, la insignia del verdadero Verbo humano; toma la viva señal de la Santa Fe de la cual en esta empresa eres defensor. Él te dé la victoria gloriosa del enemigo impío y por la mano sea abatida su soberbia». ¿Qué historiador malhumorado apuntaría que Granvela le trata de «príncipe» en vez de «alteza»?

Recepciones de toda índole. Últimos preparativos. El 20 de agosto, la Armada abandona Nápoles. Llega a Mesina el 24. Se consumía el verano. Muchos creían, y lo decían, que era demasiado tarde para emprender una campaña decisiva.

Capítulo VII — Lepanto

El año de 1571 fue para la ciudad de Mesina y sus vecinos uno de los más extraordinarios de su larga historia y, sin duda, el que más entusiasmo suscitó. La enorme afluencia de hombres, soldados y marineros por decenas de millares, la reunión en el puerto, ancho y bien guarnecido con defensas y fortines, de la Armada más numerosa que se haya visto jamás en este lugar, las llegadas sucesivas de las escuadras, la actividad frenética de los corredores que buscaban municiones y abastecimientos y de los cargadores del puerto; las fiestas que celebraron la victoria produjeron una animación general, después un bullicio permanente y, al final, la exaltación de una muchedumbre enaltecida.

En el plazo de dos temporadas breves (del 20 de julio al 16 de septiembre y del 20 de octubre hasta la primavera de 1572) mercaderes y tenderos hicieron ganancias descomunales mientras que cortesanas y rameras, reforzadas por las que acudieron de Palermo y de otros lugares, acumularon tantos lucros que pudieron jubilarse. Y corrió el rumor de que las más deseables de estas cortesanas amasaron en estas semanas pingües dotes que les permitieron a la postre casarse muy honradamente. Con la victoria de la Santa Liga el dinero ganado en Mesina era el dinero de la redención.

Concentración y planes de campaña en Mesina

Llegaron primero a Mesina los venecianos bajo el mando de Sebastián Veniero, acompañados por la flota de la Santa Sede que seguía a las órdenes de Marcantonio Colonna. Veniero tenía 50 galeras y 6 galeazas, verdaderas fortalezas flotantes, temibles por su artillería. Al saber que la Armada otomana había zarpado hacia el oeste, el almirante veneciano no quiso correr el riesgo de quedar bloqueado en el mar Adriático y, con sabia precaución,

vino a fondear a Mesina. Colonna tuvo el mismo cuidado ya que llegaba con sus 12 galeras de Ancona, también en el Adriático.

Un mes después, el 23 de agosto, entraron en Mesina las galeras de la monarquía hispánica. De éstas, 23 pertenecían directamente a la Corona, y formaban las escuadras de España y de Sicilia. A estas 23 se juntaban otras 24 unidades, a cargo de varios asentistas; el más notable de ellos, Juan Andrea Doria, con 12; estaban, además, Juan Negrón con 4, Juan Bautista Lomelin con otras 4. Aún venían 2 galeras asentadas por Jorge Grimaldo, otras 2 por Estefano Muri y 1 por Birindello Sauli.[1] La República de Génova puso 3 galeras, el ducado de Saboya 3 más y, por fin, los caballeros de Malta otras 3.

Pocos días después de la llegada de don Juan se presentaron en Mesina 60 galeras capitaneadas por el *provveditore* de Venecia Agostino Barberigo y su adjunto, Marco Quirini. Estas galeras constituían el socorro de Chipre; habían esperado instrucciones en La Canea y, gracias a la poderosa artillería de las ciudadelas que coronaban el puerto cretense, el ataque de la Armada de Uluch Alí no tuvo resultado. Cuando Barberigo y Quirini se enteraron de la toma de Famagusta, tuvieron la inteligencia de zarpar inmediatamente hacia el oeste y la habilidad suficiente para escapar de la Armada otomana. Era un refuerzo muy importante. Uluch Alí cometió un grave error al menospreciar la fuerza de esta flota y el talento de sus jefes.

Por fin, el 5 de septiembre, llegó a Mesina la más considerable escuadra de la monarquía hispánica, la de Nápoles, con sus 30 galeras y un almirante prestigioso, Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Estas galeras, como las de la escuadra de España, de construcción reciente, bien cuidadas y perfectamente presentadas, impresionaron mucho a los venecianos e incluso a don Juan.

La doble arribada de las flotas de Barberigo-Quirini y Alvaro de Bazán cambió la decoración y dio a don Juan una confianza nueva. La Armada de Veniero le había decepcionado: varias galeras estaban en malas condiciones y además los navíos de la Serenísima no estaban adecuadamente provistos de soldados. De modo que, en el primer consejo de guerra, sin Barberigo, Quirini y Bazán, el generalísimo de la Santa Liga fue evasivo y no se comprometió a una acción determinada. Sin embargo, no perdió el tiempo y supo ganarse la adhesión de Veniero y Colonna, maravillados del porte admirable de las galeras españolas. Lo escribió muy bien Fernand Braudel hace medio siglo ya: «Don Juan sabía ser muy atractivo. El embelesador desplegó sus encantos; de este primer encuentro podría ser que dependiera la suerte final de esta expedición que tan a pecho se tomaba»[2]. Con Veniero, casi siempre desconfiado y malhumorado, demostró tanto tino, tuvo tanta mano izquierda que el veneciano aceptó recibir en sus galeras cuatro mil soldados españoles e italianos. Así todas las galeras de la Armada aliada estarían igualadas en fuerza de combate.

Es cierto que a don Juan no le faltaron las recomendaciones, asesoramientos y consejos de toda índole. En unas curiosas *Advertencias al Señor Don Juan de Austria quando fue a Italia,* que volveremos a citar, el desconocido autor, por cierto un milanés muy experto en cosas y hombres de Italia, le rogaba al joven generalísimo procurar «que haya entre todas las personas que asistieren a su consejo y servicio todo el amor y hermandad posible, porque adonde hay discordia no puede haver bien ninguno», y añadía: «Si hay algún amargor entre Juan Andrea y Marco Antonio Colonna, procure V. A. de hazerlos amigos y muy de veras, y así todos los demás»[3]. Don Juan se tomó muy en serio el consejo y supo seguirlo con éxito.

Como disponía de una fuerza naval y militar impresionante, de 207 galeras, 6 galeazas, 40 fragatas y bergantines que podían

jugar un papel de enlace por su velocidad y capacidad de maniobra, y unos 20 navíos de transporte, don Juan tomó el partido de la ofensiva. En este trance es indudable que la resolución del príncipe fue decisiva: cuando se reunió el Consejo de la Santa Liga el 10 de septiembre las opiniones discrepaban bastante. Felipe II, como siempre, había aconsejado la prudencia pero sin dar instrucciones terminantes. El virrey de Sicilia, don García de Toledo, personaje no tan carismático como su padre, don Pedro de Toledo, que había sido un virrey de Nápoles fuera de serie, pretendía que la Armada turca era demasiado poderosa. Requesens tampoco manifestaba ganas de entablar el combate contra los turcos. Por fin, Juan Andrea Doria, según su costumbre, temía arriesgar sus preciosas galeras.

Pero don Juan, recuerda Fernand Braudel, «sólo prestó atención a los jefes venecianos y a los capitanes españoles de sus allegados que recomendaban la acción y, resuelta la decisión, se entregó a su misión con la pasión exclusiva de su temperamento»[4]. Don Juan se había enterado de que esta vez Venecia quería pelear sin ningún recelo. La Serenísima República acababa de perder Chipre. Además, la Armada de Uluch Alí había asolado algunos puertos de Creta y varios establecimientos venecianos en la costa dálmata (Sapoto, Dulcigno, Antivari) y en el archipiélago de las Jónicas, mientras que el ejército de tierra otomano de Acmet Bajá saqueaba las colonias de la Serenísima tierra adentro.

El comendador Gil de Andrade, enviado hacia Corfú con la misión de observar los movimientos del adversario con dos galeras provistas de una chusma reforzada para que pudieran lograr una boga rapidísima si fuese preciso, volvió con malas noticias: la isla de Corfú, evacuada previamente por sus habitantes, había sido asolada por los turcos y sólo la formidable ciudadela de la isla permanecía libre. Así Venecia no tenía más remedio que dar la cara y luchar. Por eso dio su adhesión a la conclusión de la

Santa Liga. Hacía falta detener el avance otomano, demostrar al turco que no lo tenía ganado todo de antemano, lo mismo que habían logrado los caballeros de Malta en 1565. Felipe II entendió esta preocupación y por eso, mediante aviso previo de Granvela, autorizó a Venecia a reclutar soldados en Puglia y Calabria. Sin embargo, el rey de España se resistía a una estrategia atrevida.

Don Juan sabía también, y Colonna lo confrmaba, que el papa Pío V rezaba con toda su alma a favor de la ofensiva. La Santa Liga era en buena parte su obra, el cumplimiento de su vida militante. El generalísimo entendió perfectamente en el consejo de guerra decisivo de Mesina que una renuncia por su parte a una batalla frontal con los turcos resultaría una frustración inmensa para los venecianos y para el Papa. No se podía pensar en sustituir este choque con una expedición de reconquista de Túnez, conforme al deseo de Felipe II y al consejo de García de Toledo. Tal decisión hubiera arruinado para muchos años toda posibilidad de alianza con Venecia. Citaremos otra vez a Braudel: «No cabe duda de que, en esta circunstancia, don Juan haya sido el artífice del destino.

Creyó con toda sinceridad que no podía defraudar a Venecia y a la Santa Sede sin perder el prestigio y la honra. Librarse del combate era entregar a la Cristiandad; pelear y perecer no comprometía definitivamente el porvenir pues, conservando la amistad de Venecia, con esta ayuda se podría reconstruir una Armada cristiana»[5].

Evidentemente, es preciso no eludir el cociente personal de don Juan. El joven generalísimo estaba frente a la oportunidad de su vida. Podía conquistar una gloria eterna. Conforme a lo que escribió a su hermano desde Barcelona, creía sinceramente que todo el mundo tenía los ojos fijos en él. En cierto modo era

verdad, aunque Catalina de Médicis o Isabel de Inglaterra no deseaban en absoluto su éxito.

Por fin hemos de subrayar que las últimas informaciones infravaloraban la importancia de la Armada otomana. A su vuelta de Corfú, Gil de Andrade refirió que la Armada de Alí Bajá navegaba rumbo al sur, hacia el canal de Otranto, con 150 galeras y fustas. Prescindía de la flota muy importante de Uluch Alí. Pero los turcos también menospreciaban el esfuerzo llevado a cabo por los aliados y la amplitud de su potencia naval. De modo que, en el momento de la batalla, los dos adversarios descubrieron con mutua sorpresa el poderoso enemigo a que les cumplía enfrentarse.

En cambio, una circunstancia favorable a la Santa Liga fue el derroche de energías que los turcos habían consumido en su campaña en Creta, en las islas Jónicas y en el Adriático. Indudablemente estos meses de guerra mediocre fueron un despilfarro de municiones, de mantenimientos y de fuerza. ¡Un desperdicio!

Análisis de las fuerzas enfrentadas

No discrepan mucho los numerosos historiadores que intentaron trazar el cuadro de las fuerzas en presencia. Se puede esbozar así:

Santa Liga:

Barcos

Galeras: 207

Fragatas y bergantines: 40

Galeazas: 6

Hombres

Remeros: 43.500

Hombres de mar: 13.000

Soldados: 34.500

Armada turca

Barcos

Galeras: 230

Galeotas y fustas: 70

Hombres

Remeros: 45.500

Hombres de mar: 13.000

Soldados: 34.000

Impresiona el equilibrio de fuerzas, por lo menos en términos cuantitativos. En cuanto a hombres, los cristianos cuentan con 93.000 y los turcos con 92.000. Es cierto que los otomanos llevaban una ventaja en el número de galeras y más aún en unidades ligeras (galeotas y fustas por un lado, fragatas y bergantines por el otro). En cambio, los turcos no tenían galeazas. De modo que se impone un análisis más profundo de las fuerzas de los adversarios.

Ya escribimos que las galeras españolas eran de gran calidad. No tanto las venecianas, pero los almirantes tuvieron tiempo de mejorar sus condiciones durante las semanas del fondeadero en el puerto de Mesina. Las galeras de Doria estaban bien preparadas. Así que, hablando en términos generales, la Armada cristiana se presentó el día de la batalla con navíos sin averías graves y, sobre todo, con tripulaciones y chusmas frescas, no gastadas por meses de boga.

La Santa Liga disponía además de una baza que le daba una superioridad evidente: una capacidad de fuego más fuerte gracias a las galeazas. Ricardo Cerezo calculó que, mientras la Armada de Alí contaba con 750 piezas de artillería principal, la de

don Juan disponía de unas 1.200. Dicho de otra forma, el número de bocas de fuego de los otomanos alcanzaba apenas el 62% del de los cristianos; precisando más todavía, la masa de fuego turca sólo llegaba al 75% de la cristiana. La masa de fuego de la Santa Liga procedía en parte de las piezas de las seis galeazas venecianas, poco manejables, pero muy difíciles de abordar. Hay que ponderar, por la observación del mismo autor, que esta superioridad de fuego «fue efectiva en la fase de aproximación para el combate previo al abordaje». En ese momento, las galeazas cumplieron con su papel.

En cambio, Ricardo Cerezo considera que los otomanos compensaban esta desventaja «con la mayor agilidad de las galeras ligeras y galeotas que les otorgaba una superioridad en la maniobra». En cuanto a las infanterías, los dos enemigos disponían de tropas de élite, los jenízaros, por una parte, y por la otra, elementos que procedían de los Tercios, con algunos jefes famosos, como Lope de Figueroa, Miguel de Moneada o Diego Enríquez.

El armamento de los cristianos era algo mejor; demasiados turcos eran arqueros, y en el combate cuerpo a cuerpo no aguantaron la carga de los infantes españoles. Pero el análisis no permite afirmar que los cristianos o los turcos tuvieran asegurada una superioridad previa. Unos y otros podían presumir del talento de sus almirantes.[6]

Será preciso contemplar el desarrollo de la batalla para aclarar las razones de la victoria. Sin embargo, conviene recordar la argucia técnica sugerida por Juan Andrea Doria y aceptada por don Juan: la eliminación en vísperas del encuentro de los tajamares de las galeras. La proa resultó así más baja, lo que permitió a los tiros de las piezas de las crujías alcanzar los flancos de las galeras enemigas y romper su línea de flotación.

Rumbo al Levante

La Armada zarpó de Mesina el 16 de septiembre. La gente se había amontonado alrededor del puerto y cubría las lomas que dominan el estrecho para contemplar el desfile impresionante de los navíos. Era un alarde de colores y volúmenes, todo un escenario para los pintores de marinas. Venían primero 8 galeras, de las más rápidas, al mando de Juan de Cardona, cuyo cometido era prever e impedir cualquier ataque por sorpresa: por eso navegaban a 20 millas por delante durante el día y sólo 8 durante la noche. Después iban las 4 escuadras entre las cuales don Juan había repartido las fuerzas aliadas.

En cabeza bogaba la escuadra de 51 galeras, con gallardete verde, capitaneada por Juan Andrea Doria, a veces demasiado prudente pero de quien no se podía discutir la habilidad de maniobra, y que tenía la misión de combatir en el ala derecha. Luego, la escuadra bajo mando directo de don Juan de Austria, con 64 galeras, llevaba gallardetes azules: formaría el centro del dispositivo aliado. Don Juan tuvo la suma habilidad de pedir a los jefes de las fuerzas venecianas y pontificales, Veniero y Colonna, que estuvieran a su lado en esta escuadra, con el pretexto de honrarles. La verdad es que así podría asumir la dirección táctica efectiva de la batalla y guardarse de cualquier iniciativa desafortunada de unos jefes cuyo talento quedaba en tela de juicio, según sus asesores españoles. Además pudo reservar el mando de la tercera escuadra, la del ala izquierda con 55 galeras y gallardete amarillo, a los dos almirantes venecianos, Barberigo y Quirini, subordinados a Veniero en la jerarquía de la Serenísima, pero que, como pensaban con razón Doria y los españoles, tenían más capacidades que Veniero; por eso convenía dejarles más libertad de movimiento. Por fin, en retaguardia, estaba don Álvaro de Bazán, con sus 30 galeras y el gallardete blanco izado por encima del fanal: constituía la escuadra de socorro. Una formación de 20 naves más lentas, cargadas con los mantenimientos,

seguía a la orden de César de Avalos. Las 6 galeazas se repartían entre las tres primeras escuadras con las cuales navegaban.

La Armada no se alejó mucho de tierra, bordeando la costa calabresa, hasta la salida del mar Adriático que atravesó rumbo a las islas Jónicas. Llegó sin problema al norte de la isla de Corfú donde fondeó el 27 de septiembre. Gil de Andrade trajo información de que la Armada otomana no estaba muy lejos, en los alrededores de la isla de Cefalonia, casi a la entrada del golfo de Lepanto. Y el 29 de septiembre en Corfú, los aliados tuvieron noticia de la toma de Famagusta pero sin más detalles.

Al día siguiente, 30 de septiembre, la Armada salió del islote de Los Molinos, junto a Corfú, y llegó a anclar en Leguminiza (o Igumenitza), puerto de Albania bien provisto de leña y muy cómodo para la aguada. Se recibió otra información gracias a una fragata de Gil de Andrade: la Armada turca estaba en el mismo puerto de Lepanto. Don Juan envió avisos a Marcantonio Colonna y a Barberigo que estaban aún en el puerto de Corfú para que pusieran orden en sus galeras, y que se apresurasen en venir a Igumenitza para el consejo de guerra. Así que la Armada completa se reunió en aquel puerto albanés donde el mal tiempo la retuvo hasta el 3 de octubre.

En Igumenitza se produjo un incidente muy grave que pudo traer consecuencias fatales. Una riña estalló en la galera veneciana de Andrea Calergi, de Candia, entre marinos de la República y arcabuceros españoles y napolitanos. No olvidemos que las tropas españolas se habían utilizado como refuerzos militares para paliar la falta de soldados de la flota veneciana carente de soldados. Sebastián Veniero hizo detener y procesar a los pendencieros y mandó ahorcar al capitán Muzio Alticozzi, de Cortona, y a tres soldados más. Era una ofensa abierta a la autoridad de don Juan: sólo el generalísimo tenía derecho de vida y muerte sobre los miembros de la Armada. Don Juan se negó por eso a

hablar a Veniero y en el consejo de guerra fue Barberigo quien tomó la palabra en nombre de la Serenísima República.

A pesar del incidente y con el cambio señalado, los jefes de la Santa Liga se reunieron en consejo de guerra, probablemente por la tarde del 1 de octubre. Fernand Braudel califica de casi dramático este consejo pues los prudentes, por última vez, eran propensos a una estrategia defensiva. Pero Colonna quería combatir y los venecianos amenazaron con ir solos a la batalla llegado el caso.

Don Juan no perdió la oportunidad. Resolvió buscar al enemigo y atacarlo. El generalísimo dio la orden de poner la Armada a punto de combatir «y que se señalase a cada uno el lugar que había de tener para pelear». Se organizó una visita de todas las galeras y el mismo don Juan visitó personalmente todas las que pudo. Se practicaron también pruebas de la artillería y de los arcabuces.

Miércoles, 3 de octubre. La Armada zarpó al amanecer y llegó a las 9 de la mañana a Cabo Blanco, muy cerca de la isla de Cefalonia, donde se puso en orden de batalla, bajo estrecha vigilancia de don Juan que iba por todas. El 4, después de navegar toda la noche a boga moderada, la Armada fondeó en Puerto Fescardo en el canal de Cefalonia. En este día llegó un bergantín que procedía de Candía, que informó de la traición de los turcos en la toma de Famagusta: habían prometido respetar la vida de los defensores, pero en vez de eso los habían degollado a todos. Se supo del martirio de Marcantonio Bragadin. El espíritu de venganza brotó en los ánimos de los soldados de la Liga, especialmente de los venecianos. Este mismo día, o quizá el 3, el consejo de guerra otomano, presidido por Alí Bajá, tomó también la decisión de pelear. Mientras tanto la Armada cristiana siguió su rumbo en el canal de Cefalonia, entre esta isla y la de Itaca; fon-

deó otra vez al sur del canal donde hizo aguada y se quedó hasta el 6 de octubre por el mal tiempo.

La batalla del 7 de octubre

La Armada salió del canal el día 6 por la noche, bogó hacia el nordeste, pasando a la altura de Atokos, se acercó a la costa griega, tomando el amparo de las islas Curzolari para desviar su ruta hacia el sudeste y luego hacia el este. Navegó toda la noche, a boga lenta para no cansar a la chusma de modo prematuro y para no ponerse en situación de peligro. Don Juan envió algunas fragatas con tripulaciones de su confianza para descubrir los bajeles del enemigo. La salida temprana de la Armada cristiana, a pesar de su marcha pausada, le permitió llegar a la entrada del golfo de Lepanto antes de que la flota turca pudiese salir. Fue una ventaja notable para los aliados porque la Armada otomana no pudo desplegarse y no pudo jugar la ventaja del número superior de sus galeras.[7]

El historiador Ricardo Cerezo, que es también capitán de navío, ha explicado con gran claridad el esquema táctico de los dos adversarios.[8] La Armada cristiana adoptó la formación clásica llamada «del águila», pero sin el *pico* constituido habitualmente por unas galeras, ya que por delante de cada una de las tres escuadras se habían colocado dos galeazas, para que repartieran la masa de fuego disponible de modo equitativo. Según sus instrucciones, los jefes de las dos alas tenían que impedir el desbordamiento y empujar hacia la costa a su adversario directo. Álvaro de Bazán con su reserva podía acudir donde fuera preciso, especialmente hacia el centro, donde se esperaba resolver la suerte de la contienda. Las galeras de Lomelin, al extremo izquierdo del centro, hacían el enlace con la escuadra de Barberigo y Quirini, mientras que las galeras de Giustiniani, de la orden de Malta, a la derecha de la escuadra central, tenían que taponar

cualquier intento de penetración turca entre las fuerzas de don Juan y las de Doria.

Por su parte, Alí Bajá quedaba fiel al dispositivo de media luna que solían usar los turcos. El cuerno izquierdo de su Armada, compuesto por 67 galeras y 27 galeotas, al mando de Uluch Alí, se enfrentaría a la escuadra de Doria, tratando de desbordarla por el sur para conseguir envolver a la escuadra central de los cristianos y poder atacarla también por su retaguardia. Contaba para eso con la gran velocidad de las unidades ligeras de Uluch Alí, almirante de talento y experiencia.[9] El cuerno derecho, menos fuerte, bajo órdenes de Mehemed Sciuluk, bey de Alejandría (llamado *Scirocco* por los cristianos), con 55 galeras y 1 galeota, tenía por cometido contener a la escuadra de Barberigo y Quirini. Por fin, la escuadra central, bajo mando del mismo Alí Bajá, auxiliado por Pertev Bajá, concentraba 91 galeras y 5 galeotas. El socorro, a cargo del lugarteniente de Alí Amurat Dragut, tenía sólo 8 galeras, 5 galeotas y 18 fustas. Tal vez fue un error estratégico del almirante otomano concentrar tantas galeras en el centro, donde la falta de espacio en la fase previa las expuso al fuego devastador de las piezas pesadas de las galeazas.

Al amanecer, el 7 de octubre, la Armada aliada alcanzó el golfo de Lepanto entre la isla de Oxia y la punta Scrofa; eran las 7.30 de la mañana cuando las vanguardias de las dos armadas divisaron la presencia de las naves enemigas, mientras los guardias de tierra venían a avisar que habían descubierto toda la Armada enemiga. Las dos flotas están aún separadas por diez millas aproximadamente, pero era demasiado tarde para que los otomanos pudieran forzar la salida del golfo. Había que prepararse para el combate.

Según la señal acordada, don Juan hizo disparar una pieza de artillería y tomar las medidas previstas. Luego, don Juan se embarcó en una fragata con su caballerizo mayor, don Luis de Cór-

doba y con Juan de Soto, para pasar revista a todas las galeras, comprobar la colocación de cada una en el dispositivo de combate y animar a los soldados. Según todas las relaciones de la batalla que consultamos y que se conservan en la Biblioteca de El Escorial o en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional (algunas publicadas), don Juan dirigió a los hombres de mar y a los soldados la siguiente arenga:

«Gentiles hombres, ya no da el tiempo ligar ni es menester que yo ponga ánimo a vosotros porque veo que vosotros me lo dais a mí; pero sólo os quiero traer a la memoria el dichoso estado en que Dios y vuestras buenas suertes os han traído, pues en vuestras manos está puesta la religión cristiana y la honra de vuestros Reyes y de vuestras naciones, para que haciendo lo que debéis y lo que espero que será, la fe cristiana sea ensalzada, y vosotros, cuanto a vuestras honras, seáis los más acrecentados soldados que en nuestro tiempo ha habido; y cuanto a las haciendas, los más gratificados y acrecentados de cuantos han peleado: y así no os quiero decir más, pues no lo permite el tiempo, sino que cada uno considere que en su brazo derecho tiene puesta la honra de su Dios y de su vicario, y de toda la religión cristiana, llevando certidumbre que el que muriere como varón va a gozar otro reino mayor y mejor que cuantos en la tierra quedan»[10].

Nosotros dudamos de que don Juan haya tenido tiempo de arengar así a los hombres de cada una de las 207 galeras, y de las demás galeazas, fragatas y galeotas de su Armada. Es probable que esta arenga u otra similar la pronunciara en su visita previa del 3 de octubre y que, en este trance, se limitara a exaltar en pocas palabras la honra y el pundonor de sus hombres, la esperanza del botín terrestre y la conquista de la salvación eterna.

De entrada, y sin esperar el comienzo de la batalla, Uluch Alí, que disponía de más espacio hacia el sur, intentó envolver a

Doria, pero éste no se dejó burlar y ordenó a sus galeras que navegaran hacia el sur-suroeste, paralelamente a las de Uluch Alí. El resultado fue que el ala derecha de la Armada cristiana (Doria) y el cuerno izquierdo de la flota turca (Uluch Alí) se alejaron progresivamente del corazón de la batalla sin enfrentarse de verdad.

El resto de la Armada aliada que había avanzado con lentitud, debido al viento contrario, se inmovilizó luego. Don Juan había decidido con mucho acierto, aunque también con mucha inquietud, esperar al marqués de Santa Cruz, cuya escuadra se había retrasado. Faltaban también las 8 galeras de Juan de Cardona. En cambio, favorecida por un viento de Levante, la flota turca había avanzado con cierta rapidez. Pero, hacia las diez, el viento cambió de dirección y los marinos turcos tuvieron que recoger las velas, que ya no servían y estorbaban. Esta pérdida de tiempo favoreció a los cristianos, ya que en este plazo llegaron los navíos del marqués y de Cardona.

A las doce las armadas estaban al alcance de su tiro de cañón respectivo. Don Juan mandó tocar las trompetas, animó a la gente de su galera real al combate, se arrodilló y dirigió al Señor una fervorosa oración. Al parecer muchas tripulaciones hicieron lo mismo a invitación de sus comandantes. Sin más demora empezó el cañoneo.

Pronto, las galeras de Alí Bajá estuvieron sometidas al fuego de las galeazas. De golpe, una galera turca se hundió, de modo que Alí no tuvo más remedio que romper la línea de sus galeras para no exponerlas de lleno al fuego cristiano. Por su parte Scirocco (era el nombre que daban los cristianos a Mehemed Sciuluk), con el fin de escaparse de la artillería de las galeazas, se desplazó hacia el norte, es decir, rozando la costa. Incluso Scirocco logró que algunas de sus galeras se infiltraran entre la costa y la escuadra de Barberigo. De esta manera empezó una maniobra

de envolvimiento de las galeras de Quirini que, en la estela de las dos galeazas de su frente, se había lanzado hacia el este para abrir brecha en las líneas otomanas. Álvaro de Bazán se percata inmediatamente del peligro que representa la acción de Scirocco y envía, bajo el mando de Martín de Padilla, 10 galeras de su reserva para bloquear el intento de Scirocco y encerrar las galeras infiltradas en una tenaza formada con las de Barberigo: poco a poco el enfrentamiento se decanta en contra de los otomanos: hábilmente los aliados arrinconan a sus enemigos hacia la costa, lo que instiga a los vencidos a la deserción.

En el centro del dispositivo, el combate hizo furor desde el primer momento. Ya vimos que Alí tuvo que romper su línea para limitar los estragos producidos por la artillería de las galeazas. Don Juan lo aprovechó para ordenar a su cómitre —el oficial que dirige a la chusma— que lanzara su galera, la *Real,* apoyada por las capitanas del Papa y de Venecia y por la del comendador mayor, «derecha a la *Sultana* del enemigo», esta misma sostenida por 7 galeras más. La *Real* de don Juan y la *Sultana* de Alí «se embistieron la una con la otra con grandísimo ímpetu». El enfrentamiento acabó en un encarnizado cuerpo a cuerpo. Durante casi dos horas la suerte de la batalla resultó incierta. Colonna asestó un duro golpe al adversario cuando logró penetrar profundamente en las líneas turcas, lo que le permitió cortar el socorro de la reserva otomana e impedir la llegada de refuerzos a las galeras de Alí, al contrario de lo que ocurría en el campo cristiano: Álvaro de Bazán, pudo enviar 10 galeras a don Juan y a los suyos que, en cierto momento, lo estaban necesitando. Después de dos horas, en el centro de la batalla, la victoria se inclinaba por el lado de los aliados.

Sin embargo, subsistía un peligro y una posibilidad para los musulmanes de invertir la suerte de las armas. Esta posibilidad dependía de Uluch Alí. El arraez musulmán, que disponía frente a Doria de una superioridad numérica y de la velocidad mayor

de sus galeras, tenía que desbordar a la escuadra del genovés para dar vuelta con la máxima prontitud para caer sobre el extremo sur del centro cristiano. Rehusando el combate, Doria había obligado a Uluch Alí a apartarse más de lo que deseaba. Pero, cuando el arráez juzgó que tenía despejado el horizonte, invirtió brutalmente el rumbo y a boga forzada se lanzó hacia el centro de la batalla. Doria intentó seguirlo pero, más lento, sólo pudo atacar la retaguardia de Uluch Alí, aminorando algo la masa crítica de la escuadra del renegado calabrés.

Este fracasó en su intento, después de un primer éxito en el que se apoderó de las 3 galeras de los caballeros de Malta que estaban aisladas. Pero rápidamente se interpuso frente a él Álvaro de Bazán con las 10 galeras que le quedaban, Juan de Cardona con las 8 suyas y las 2 galeazas de Duodo que ya no tenían contrincantes, además de otras galeras que acudían desde el frente central donde la contienda estaba casi resuelta. Entonces, Uluch Alí, entendiendo que no podía cumplir con su propósito, prefirió salvar su escuadra y, confiando en la velocidad de sus galeras ligeras y galeotas, decidió abandonar el combate y se escapó.

A las 17 horas la victoria cristiana era total. Los navíos de los otomanos o habían huido, o estaban rendidos a los cristianos —éstos fueron la mayoría—, o se habían hundido. Las pérdidas humanas eran muy superiores en el lado turco, sin contar con la gran cantidad de desertores que pudieron salvarse en tierra. Pero otros muchos cayeron prisioneros de los aliados.

Don Juan tuvo mucho cuidado de prender todas las galeras enemigas que quedaban abandonadas o malparadas, recogió su Armada y dio la orden de navegar hasta Corfú donde se haría el recuento de las pérdidas en hombres y navíos y simultáneamente el recuento del botín: galeras presas, soldados prisioneros y chusma liberada, ya que muchos remeros de la Armada otomana eran galeotes cristianos esclavos.

Claves de una victoria

Merece la pena volver sobre la victoria para analizar los motivos sobresalientes del triunfo. Se pueden resumir así:

—La estrategia ofensiva elegida por don Juan resultó muy adecuada, aparte de que los venecianos no tuvieran otra salida. Tal vez tomó a los turcos por sorpresa, pues no estaban acostumbrados a tal estrategia de parte de los cristianos.

—La táctica elaborada por el consejo de la Liga, en el cual el papel de don Juan fue preponderante, dio magníficos frutos. Las galeazas constituyeron una vanguardia inesperada, las dos alas estuvieron bajo el mando de almirantes de mucha experiencia y calidad, mientras que Veniero y Colonna se mostraron más útiles en un enfrentamiento donde contaba poco la sutileza táctica, una virtud que poseían de sobra tanto Barberigo como Doria. Álvaro de Bazán hizo uso de su reserva con notable inteligencia, utilizando los elementos precisos para reforzar el ala izquierda y el centro e interviniendo personalmente contra Uluch Alí.

—La artillería, veneciana sobre todo, tuvo un papel esencial al principio de la batalla pues obligó a Alí Bajá a modificar su plan de batalla y abrió brechas muy aprovechables.

—Juan Andrea Doria no mereció las críticas que se le dirigieron después. Su táctica dilatoria alejó tanto a Uluch Alí de una participación directa en la batalla que, cuando el arráez calabrés quiso rectificar, no pudo. Estando en inferioridad numérica, Doria eligió el partido más inteligente. Sin embargo, no faltaron quienes acusaron abiertamente a Doria de traición, así Marcantonio Colonna o algunos capitanes venecianos, aludiendo no sólo al deseo de no arriesgar sus galeras sino también a un cálculo político, la posibilidad de «recuperar» para el servicio de España a Uluch Alí. Pero nosotros nos reafirmamos en la opinión de que la táctica de Juan Andrea Doria fue oportuna.

En cambio, los turcos no pudieron superar tres desventajas iniciales que no compensó la superioridad numérica de su Armada:

—El cansancio y el desgaste de energías de sus soldados y hombres de mar en la campaña de verano.

—La inferioridad de su artillería pesada y de su masa de fuego.

—El error de Alí Bajá, que se dejó encerrar en el golfo de Lepanto, tal vez porque no creía que los cristianos se fueran a atrever a tomar la iniciativa. Así desaprovechó la importante ventaja que constituía la mayor movilidad y velocidad de las galeras turcas, ante la imposibilidad de desplegar las líneas.

Es también interesante establecer el balance del botín de los aliados. Apuntemos que las fuentes discrepan, y no poco, en casi todas las rúbricas. Empecemos por el curioso inventario de los navíos, cañones y prisioneros tomados a los turcos, inventario que se hizo en el puerto de Santa Maura (isla de Leucada) el 18 de octubre, en presencia de Marcantonio Colonna y de los diputados de España y Venecia, probablemente uno de los más próximos a la verdad.

Este es el detalle del botín:

«Bajeles

—Galeras: Tienen Su Santidad y Señores venecianos, más Saboya y Malta cincuenta y nueve.

Su Majestad (Felipe II) cincuenta y ocho.

—Galeotas y fustas: Su Santidad y venecianos, cinco. Su Majestad, ocho.

Artillería

—Cañones de Crujía: Su Santidad y venecianos, cincuenta y cuatro.

Su Majestad, sesenta y tres.

—Piezas menudas: Su Santidad y venecianos, ciento treinta y siete.

Su Majestad, ciento diecinueve.

Esclavos

—Su Santidad y venecianos, mil ochocientos uno.

Su Majestad, mil seiscientos ochenta y cinco».

Evidentemente, no entran en este balance las presas que hicieron los soldados y hombres de mar de los aliados en las galeras abandonadas por los vencidos, especialmente en la *Sultana* y en las galeras principales llamadas «de fanal»: vestidos de seda, brocados y telas riquísimos, armaduras de oro, tembleques de diamantes en los turbantes, garzotas de plumas, tapices de Oriente, esculturas de oro y marfil, tallas doradas, joyas de todas clases, bolsas llenas de monedas de oro. Muchos soldados volvieron ricos de la batalla.

Salta a la vista, que las presas oficiales de la Armada, sean bajeles, artillería o esclavos, eran muy considerables y demuestran la amplitud de la victoria cristiana: 117 galeras, 13 galeotas y fustas, 117 cañones, 256 piezas menores (más 17 pedreros), 3.486 esclavos (cifra inferior con mucho a la realidad). Además, estaban bastante bien repartidas entre los aliados, lo que sugiere la eficacia de cada componente de la Armada aliada. Sin embargo, según los acuerdos firmados por los aliados, tocaba a España y a sus clientes (por ejemplo, Doria) la mitad de las presas, a Venecia la tercera parte y al Papa la sexta parte, de modo que cada aliado tuvo que restituir las presas que tenía de sobra y recibir lo que le faltaba. Así, España se quedó con sus galeras y restituyó sólo una galeota, pero tuvo que restituir cuatro cañones y medio y dos pedreros y medio (!), mientras recibía nueve piezas menores. Para igualar, venecianos y pontificales restituyeron también a España 58 esclavos.[11]

Ahora bien, otro recuento que propone el monje escurialense fray Juan de San Gerónimo, en sus *Memorias,* es algo diferente, y la variación no es desdeñable. Reproducimos los datos de fray Juan:

«Cupieron al Sumo Pontífice Papa Pío V veinte galeras, diez y nueve cañones gruesos, y cañones pedreros tres, y cañones chicos cuarenta y dos, y esclavos mil doscientos.

»A la Majestad del Rey Don Felipe, nuestro señor, ochenta y una galeras, cañones gruesos, sesenta y ocho, y cañones pedreros, doce; cañones chicos ciento sesenta y ocho; y esclavos de cadena tres mil seiscientos.

»A la Señoría de Venecia cincuenta y cuatro galeras; cañones gruesos treinta y ocho; cañones pedreros seis, cañones pequeños, ochenta y cuatro; esclavos de cadena doscientos cuarenta»[12].

Este recuento le parece aceptable a Salvatore Bono, el mayor especialista de esclavos musulmanes en Italia.[13] Las cifras parecen algo altas, con la excepción de los esclavos que cupieron a Venecia: la Serenísima había de recibir presas dobles de las del Papa; corresponden correctamente las cifras de la artillería; en cambio, en vez de 240 serían 2.400, diez veces más. Esto nos llevaría a más de 7.000 esclavos, cifra alta, pero Salvatore Bono hace constar que, dentro de la confusión posterior a la batalla, muchos combatientes lograron sustraer no pocos esclavos al empadronamiento oficial para guardárselos como botín personal. Tal vez, la diferencia entre las cifras de las galeras tomadas que exponen estas dos relaciones se explicaría por el hecho que los cristianos quemaron y hundieron parte de los navíos enemigos, lógicamente los que habían quedado tan deteriorados que no se podían rescatar.

El carácter absoluto de la victoria cristiana no se mide únicamente por las presas. Tengamos en cuenta que, de la Armada del turco, sólo se salvó la escuadra de Uluch Alí. Sumando las

galeras presas a las quemadas y hundidas, llegamos a unas 200 unidades, más unas galeotas y fustas. Los turcos perdieron aproximadamente a 25.000 hombres caídos en la batalla o ahogados. Desertaron muchos y, según hemos dicho, entre 4.000 y 7.000 hombres quedaron en poder de los cristianos. No se puede olvidar que la Armada de don Juan puso en libertad a varios millares de galeotes cristianos que los otomanos usaban de chusma, de 12.000 a 15.000. De modo que los turcos perdieron sus chusmas mientras que los cristianos con esos miles de esclavos musulmanes pudieron renovar las suyas.

Los turcos perdieron sus galeras y galeotas, sus cañones de crujía y sus piezas menores, habían perdido a sus chusmas y a sus soldados. Aún más, se quedaban casi sin jefes. Salvatore Bono registra «una cuarentena de personajes de rango alto: bajás y beys del imperio otomano, altos funcionarios, capitanes de galeras y de jenízaros» entre los prisioneros. Pero también es impresionante el número de caudillos, arráeces, capitanes y gobernadores turcos que perecieron en la batalla: Alí Bajá, el generalísimo de la Armada del mar, murió; Pertev Bajá, general del Ejército de tierra, había muerto. Caídos también Hasán Bey, hijo de Barbarroja, con un hijo suyo; Gider Bey, gobernador de Chio, Kodovan Bey, gobernador de Rodas; Perey-Zaga, gobernador de Nauplia; Ama Bey, capitán de jenízaros; Zara Chiali, capitán de Argel; Alí Zayga, capitán de Gallipoli. Dara-Dagan, aga del arsenal; Mustafa Chirubi, tesorero general de la Armada; y no sé cuántos más, hasta treinta gobernadores de provincia. Mohamed Bey, gobernador de Negroponte, y Sciuluk *(Scirocco)* figuraban entre los presos, así como los dos hijos de Alí Bajá, Mohamed, el más joven de los prisioneros con catorce años, y Said.[14]

Las pérdidas cristianas, aunque notables, eran muy inferiores: el número de galeras perdidas no pasó de 15, entre ellas 8 de Venecia, pero algunas más quedaban malparadas. De todos

modos, con las galeras tomadas al enemigo, las fuerzas aliadas habían aumentado su potencia naval. Los cristianos tenían de 7.000 a 8.000 muertos, la mayoría venecianos, y de 12.000 a 15.000 heridos que don Juan hizo enviar a Italia para su curación. Entre los caídos del lado aliado figuraba el *provveditore* de Venecia, Agostino Barberigo, y su sobrino, que habían luchado heroicamente, unos cuantos cómitres venecianos, tales como Juan Loredan, Benedicto Soranzo, Vincencio Quirino. Entre los heridos llamados a una gloria imperecedera estaba Miguel de Cervantes cuya mano izquierda quedó inútil. El mismo don Juan, que estuvo siempre en el corazón de la pelea, luchando sin parar y arriesgándolo todo, padecía apenas una herida leve en el pie.

Según estos mismos acuerdos de la Santa Liga, le tocaba a don Juan, como generalísimo, la décima parte de las presas. Sabemos que Venecia y el Papa entregaron a don Juan 6 galeras; con las 6 de España, el total de 12 representa la décima parte de las 117 que se registraron en Santa Maura, mientras que fray Juan le otorga 16. En la décima de la artillería no se tomó decisión inmediata. Pero los venecianos no consintieron que se le atribuyeran definitivamente a don Juan los 174 esclavos que le correspondían de su presa y que de hecho se le entregaron. Se remitió la decisión al Papa así como el reparto de los cuarenta prisioneros musulmanes más notables; Felipe II escribió más tarde a su embajador en Roma, don Juan de Zúñiga (el 25 de noviembre) para que se tenga con ellos mucho recelo: «en lo que toca a las personas principales y arráeces que se ha habido y preso en esta victoria, que convenía que en ninguna manera se disponga de ninguno de ellos y que será bien ordenarse luego que vos hagáis con Su Santidad muy instante oficio para que por su parte ordene que no se rescate ninguno, y le deis a entender el grande inconveniente que sería para lo de adelante si se rescatase ninguno, anteponiéndole lo que ha sucedido a la cris-

tiandad por lo pasado por haberse hecho esto…»[15]. Felipe II, siempre cauteloso y esta vez con toda razón, no quería que unos temibles arráeces pudiesen rescatarse y reemprender sus peligrosas correrías. Sin embargo el sucesor de Pío V en la sede pontifical, Gregorio XIII, aceptó más tarde el intercambio con prisioneros cristianos de notables musulmanes.

Don Juan dio muestras de su indudable generosidad. Al salir de Corfú puso en libertad al tutor de los hijos de Alí Bajá, el generalísimo muerto y cuñado del sultán Selim II, para que informara a la familia del cautiverio de los dos jóvenes, Said y Mohamed, que confió al cuidado del Papa. Entonces recibió una carta de Fátima Caden, la hermana de Said y Mohamed, en la que le pedía «la limosna de dar libertad» a sus hermanos. Don Juan le contestó con una carta muy cortés, en la que lamentaba no poder libertar a Mohamed que ya había muerto, pero le prometió hacer las gestiones precisas para poner en libertad a Said y cumplió con su promesa en 1573.

En el reparto de dádivas y mercedes a distintos participantes en la batalla, don Juan fue también generoso: cada capitán de galera recibió un esclavo; los coroneles de infantería italianos y alemanes y los maestres de campo de infantería españoles tuvieron a cuatro cada uno; el general de artillería cuatro también, más una pieza de artillería; el general de infantería italiana y el maestre de campo general fueron premiados con seis esclavos; Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, que se había portado espléndidamente en la batalla, fue obsequiado con treinta esclavos y lo mismo tuvo el lugarteniente de don Juan, don Luis de Requesens, con una galera de sobra. También dio cuarenta esclavos a la galera capitana de Malta para que pudiese rearmarse. Y resolvió que estudiaría en Mesina la gratificación que se podría conceder a los heridos y maltratados en la batalla.[16]

Veremos luego lo que fue la resonancia de la victoria en la cristiandad y fuera de ella, ya que el mismo sultán Selim II escribió a don Juan una carta altiva, pero que no dejaba de reconocer la victoria del príncipe. Ahora, queremos sólo examinar las consecuencias de la hazaña de Lepanto, muy controvertidas por cierto.

Entre los contemporáneos no faltaron quienes, por cálculo político, minusvaloraron los efectos del triunfo: así el obispo de Dax —enviado por Catalina de Médicis al Senado de Venecia con la intención evidente de convencer a la Serenísima de que saliera de la Santa Liga— lamentó las pérdidas de dinero y hombres de la República, olvidando que su parte del botín compensaba con mucho las pérdidas materiales y poniendo énfasis en que no se había recuperado Chipre. Tal actitud se explica perfectamente por el juego de la política internacional.

Más sorprendente es la postura de muchos historiadores, observada por Fernand Braudel: «Muy conjuntados, los historiadores concluyen: mucho ruido, mucha gloria si se quiere, pero para nada». Y alude a la posición de Wájten, Kretschmayr, Serrano, aunque este último sea español. Y sigue Braudel apuntando que, si consideramos no lo que siguió pero sí lo anterior, «esta victoria aparece (…) como el fin de un auténtico complejo de inferioridad de la cristiandad y de una preeminencia turca bien real. La victoria cristiana puso una barrera a un porvenir que se perfilaba muy sombrío»[17].

Es curioso que aún hoy, algunos historiadores especialistas no sepan ver los efectos de Lepanto. Así, Jean-Louis Bacqué-Grammont escribe: «En Lepanto el gran almirante otomano Müezzinzáde Alí Bajá, que disponía de fuerzas sensiblemente superiores, se apresuró demasiado a aceptar el combate. El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la mayor batalla naval del siglo. Se acabó con la

destrucción casi completa de la Armada *otomana.* De hecho las consecuencias fueron casi nulas»[18].

Este autor legitima su juicio, aparentemente muy contradictorio, por la consolidación de la toma de Chipre y la reconquista turca de Túnez en 1574. Pero olvida por completo que en los años 1572-73 la estrategia otomana fue puramente defensiva, rehusando el combate que le ofrecía la Armada de la Santa Liga y, sobre todo, que en este decenio de 1570 ya no se producen las expediciones marítimas casi anuales de los turcos hacia el Oeste, que padecían tanto las costas cristianas del Adriático, Calabria y Sicilia, hasta la costa del Levante español. El enemigo para los cristianos se limita, lo cual ya es mucho, a los corsarios de Túnez, Bizerta, Argel, Teman o Salé.

Capítulo VIII —Triunfo y frustración

Plenamente convencidos de la trascendencia y de la amplitud de su triunfo, los aliados cristianos no intentaron sin embargo rematarla con una ofensiva inmediata hacia el Levante. El propio don Juan, tan propenso a las iniciativas osadas, se dio perfecta cuenta de que tal empresa hubiera puesto en riesgo los beneficios de la victoria. Todos los almirantes y hombres de mar sabían que de octubre a diciembre el Mediterráneo es un espacio abierto a los temporales, a las borrascas, ráfagas de viento y tormentas.

Por otra parte, las pérdidas humanas de la Armada cristiana, aunque muy inferiores a las de los otomanos, habían sido elevadas. En especial los venecianos, que ya antes de la batalla padecían de falta de remeros y de soldados y que habían registrado una mayor cuota de pérdidas, difícilmente hubieran aguantado una campaña más. En efecto, cuando el Senado de la Serenísima protestó, alegando que se estaba desaprovechando la victoria y que la Santa Liga estaba perdiendo la oportunidad de redondear el triunfo, pidiendo una expedición inmediata contra Constantinopla, ni más ni menos, fueron el mismo Veniero y el *provveditore* del Adriático, Filippo Bragadin, quienes se pusieron de acuerdo para convencer al Senado de la imposibilidad material del proyecto.[1] Don Juan hubiera seguido adelante únicamente si hubiera contado con la aprobación unánime de los participantes en la Santa Liga. No era el caso, y la campaña de 1571 se dio por terminada.

Vueltas triunfales

Aunque este motivo no apareciera nunca, lo cierto es que los vencedores de Lepanto tenían ganas de saborear lo antes posible las delicias del triunfo público, cada uno en su jardín. Diez días

después de la victoria entró en el puerto de Venecia la galera *Giustiniana,* que Veniero envió en vanguardia para llevar a la República la noticia de la victoria, arrastrando en el agua las banderas turcas tomadas en la batalla. El episodio fue el motivo de la ira de don Juan, ira legítima pues el almirante veneciano ni siquiera había avisado al generalísimo de su decisión. Este comportamiento de Veniero, añadido a los recuerdos del grave incidente de Igumenitza, a sus quejas continuas con motivo del reparto del botín, conforme a los acuerdos previos pero que, según el almirante, no tomaba en cuenta las pérdidas más elevadas de sus fuerzas, su negativa a la entrega a don Juan de todas las décimas que le correspondían, explican que el joven caudillo haya expuesto a su hermano las dificultades de la colaboración con Veniero. Por eso Felipe II pidió con insistencia a Venecia, a través del Papa, el relevo del capitán general por otro que había de ser Jacopo Foscarini.

La protesta del Senado y las discusiones diplomáticas a propósito de la sustitución de Veniero vinieron después. Antes, la ciudad de la laguna celebró con el máximo regocijo la excepcional circunstancia. Los senadores se reunieron a toda prisa en su sala para acoger al mensajero de Veniero, Onfré Zustinian, que a duras penas se abrió camino entre la muchedumbre que le aclamaba con frenesí.

Delante del *dux* Alvise Mocénigo, en medio de un silencio absoluto, proclamó en voz alta: «Llevo, Serenísimo Príncipe, la más noble y admirable Victoria. La Armada turca, toda vencida y derrotada por los nuestros. Casi todas las galeras enemigas, echadas a pique, arrojadas en tierra o presas. Poquísimos se salvaron. Sed contentos y Gloria a vos».

Locos de alegría, los senadores se abrazaron. Luego se fueron todos a la basílica de San Marco para el *Te Deum.* Durante tres días la ciudad se entregó a la fiesta. Los negociantes y tenderos

cerraron almacenes y tiendas con el cartel *«Chiuso per la morte dei Turchi»* («Cerrado por la defunción de los turcos»).[2]

En Roma, el Papa recibió la noticia a través del puerto de Ancona, donde las galeras de Marcantonio Colonna tenían su fondeadero. El pontífice, conmovido sobremanera, atribuyó a la intercesión de la Virgen del Rosario este «triunfo de la Cristiandad», lo que explica la presencia muy frecuente de dicha Virgen en la iconografía de Lepanto: desde las nubes preside las hazañas de los cristianos. Pudo expresar legítimamente sus agradecimientos a Colonna cuya habilidad diplomática se había revelado muy apreciable en las duras discusiones con los venecianos, especialmente en Igumenitza. Y se hizo a Marcantonio un recibimiento triunfal digno de los que la Roma imperial ofrecía a los césares y a sus vencedores.

Don Juan redactó y firmó unas cartas dirigidas a Felipe II y a su madre adoptiva, doña Magdalena, en las cuales daba el resultado de la batalla; las entregó, con la relación oficial del secretario Juan de Soto y con la bandera verde del Profeta conquistada en la toma de la *Sultana*, a Lope de Figueroa, herido en el combate encarnizado librado a bordo de la *Real*, con misión de llevarlas al rey de España. El mismo don Juan llegó el 31 de octubre al puerto de Mesina: la *Real* remolcaba a la *Sultana* con sus banderas en el agua. El príncipe se preocupó de adelantarse a los demás navíos de la Armada para gozar sin ninguna reserva de la enorme ovación que le brindó Mesina entera aglutinada alrededor del puerto. En el muelle le esperaban el arzobispo con toda la clerecía, los barones de Sicilia entera, las autoridades municipales. Todos se fueron de procesión a la catedral para cantar un *Te Deum* solemne. A la mañana siguiente, día de Todos los Santos, se celebró la misa pontifical, seguida de un banquete fastuoso. Luego se remitió a don Juan una dádiva de treinta mil ducados de oro, en que participaron la Iglesia, el municipio y la nobleza. Don Juan repartió en persona esta suma considerable

entre los enfermos de los hospitales, los heridos de la batalla y los pobres. El entusiasmo de los sicilianos dio pie al lanzamiento de la suscripción pública que, en el corto plazo de un año, permitió la erección de la estatua colosal de bronce del vencedor de Lepanto, de la que hablaremos más tarde y que, en nuestros días, se puede ver en Mesina.

Casi al mismo tiempo, Felipe II se enteraba de la proeza mientras asistía a las vísperas de Todos los Santos. Su informador fue un caballero que frecuentaba la embajada de Venecia en Madrid. Conforme a su leyenda, el rey permaneció impasible pero, después de acabarse las vísperas, hizo pedir al prior del monasterio, fray Hernando de Ciudad Real, que se cantara un *Te Deum.* Por otra parte, cuando Lope de Figueroa, que tardó mucho en el viaje, llegó por fin a la corte, parece que el rey rompió con su habitual reserva. Así se lo explica Lope a don Juan en una carta del 22 de noviembre: «Pensé que nunca llegaría, pues en Italia y en Francia casi me hicieron pedazos para distribuirme como reliquias del mensajero de Vuestra Alteza. Cuando llegué a El Escorial, sufriendo aún de mi herida por el balazo, me recibió el rey tan bien como V. A. lo sería por el Papa. La primera media hora me preguntó sin cesar: "¿De veras mi hermano está con buena salud?"».

Lope afirma que el rey le pidió la relación más pormenorizada, exigiendo que repitiera las acciones de su hermano, su cuidado para con los heridos, añadiendo que resultaría preciso construir mil galeras si todos los que querían seguir a S. A. pudieran hacerlo. Felipe II escribió a su hermano una carta muy cariñosa: «He entendido el gran valor que habéis mostrado en esta jornada en dispensarlo y ordenarlo todo por vuestra persona y trabajo… Así a Vos, después de Dios, se ha de dar el parabién de que por persona que tanto me toca como la vuestra, y a quien yo tanto quiero, se haya hecho un tan gran negocio y ganado Vos tanta honra y gloria…». El rey añadía que él mismo tenía algún

mérito pues el triunfo había sido logrado por un hombre que él mismo había elegido.

Durante el invierno, don Juan recibió homenajes de muchas partes de Italia: Génova y Venecia, partes en la empresa, como el mismo Papa, le dieron muestras explícitas de agradecimiento por su papel en el mando de la Santa Liga. Pío V le escribió de su puño y letra la famosa carta «al hombre enviado por Dios y llamado Juan», le regaló un gran escudo de plata dorada, con un crucifijo que llevaba la inscripción: «*Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat»,* más una rica mesa de mármol negro con dibujos grabados. Desde Milán, Parma, Urbino, desde Viena también, afluyeron los mensajes de felicitaciones y congratulaciones. Incluso el rey de Escocia, Jaime VI Estuardo, el futuro Jaime I de Inglaterra, compuso un poema a la gloria de Lepanto. [3]

Preparativos para la campaña de 1572

Durante el invierno, las noticias que procedían de Constantinopla hicieron hincapié en el esfuerzo descomunal de los otomanos para reconstituir una fuerza naval importante.

El arsenal y las atarazanas de Kassim Bajá sostuvieron un ritmo de trabajo desenfrenado. Pero lograron el resultado que pretendían. Uluch Alí, el nuevo *kapitán Bajá*, pudo disponer de unas 220 galeras al principio de la primavera de 1572. Se comprobaba lo bien fundada que estaba la observación del gran visir Mehemed Sokolli cuando le dijo al baile —diplomático— veneciano Macantonio Bárbaro, después de Lepanto: «Hay una gran diferencia entre nuestra situación y la vuestra. Conquistando Chipre os hemos cortado un brazo; mientras que, destruyendo nuestra Armada, nos habéis afeitado la barba. Un brazo cortado no puede volver a crecer; mas la barba, después de afeitada, crece de nuevo con más fuerza». De hecho, la barba del Sultán estaba creciendo.[4] Con una puntualización: el esfuerzo presu-

puestario y material fue tan grande que no se hubiera podido repetir al año siguiente. Esto exigía cautela, prudencia, por parte del nuevo kapitán Bajá. No podía exponerse a una nueva derrota.

Pío V convocó una conferencia de la Santa Liga en Roma el 11 de diciembre. Para España los comisarios fueron don Juan de Zúñiga y su hermano, el comendador mayor de Castilla, más el cardenal Pacheco. Por parte de la Serenísima, Paolo Tiépolo y Giovanni Soranzo. De manera sorprendente, el acuerdo fue firmado rápidamente, el 10 de febrero de 1572, y resultó conforme a los deseos de Venecia, ya que se proyectaba una ofensiva en el Levante. La República podía esperar una reconquista de Chipre si la Armada cristiana conseguía la ventaja. Estaba prevista una concentración de las flotas española y pontifical en Mesina en marzo, la reunión con la Armada veneciana en Corfú, y la organización en Otranto de un ejército de reserva de 11.000 hombres que permitiría enviar refuerzos cuando fuera preciso. La Armada sería tan poderosa como la de 1571: 200 galeras, 9 galeazas, 40 navíos, varias fragatas y bergantines más, y 40.000 hombres.[5]

Unos cuantos acontecimientos malograron estas esperanzas: quizá el más importante fue la muerte de Pío V, el alma de la Santa Liga. Por otra parte, impulsada por el almirante Gaspar de Coligny, la política exterior francesa se hacía cada día más amenazante con respecto a España. Felipe II tuvo que consagrar mucho dinero a la construcción y al equipamiento de una armada en el Cantábrico para dar la cara en el Atlántico si fuese necesario. El duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, y los españoles temían evidentemente que las tropas francesas intervinieran en la frontera de Flandes para estimular a los rebeldes de Holanda y Zelanda. Y no se equivocaban: los hugonotes entraron en Valenciennes el 23 de mayo y el 24 de madrugada Ludovico de Nassau se internaba en Mons.

Pero España temía también una agresión francesa en el Mediterráneo. La muerte de Pío V sirvió de argumento, casi de coartada, a Felipe II para dar a su política una media vuelta brutal: el 17 de mayo redactaba una carta, enviada el 20 de mayo, antes de recibir las noticias de Valenciennes y Mons, prohibiendo a don Juan la salida prevista de las galeras de España con destino a Otranto y, si llegase la carta demasiado tarde, ordenando el regreso inmediato a Mesina. Es cierto que Felipe II había consentido de mala gana un plan de campaña todo en favor de Venecia, dedicado al Levante, donde España no tenía intereses prioritarios. Al rey de España le hubiera procurado mayor satisfacción una empresa decisiva contra Argel o Túnez que hubiera fortalecido el dominio español en el Mediterráneo occidental. Incluso mandó a su hermano preparar desde Palermo una expedición de este tipo, a la cual por fin renunció por falta de tiempo y de recursos.

Felipe II había aceptado sin embargo el acuerdo de Roma para alegrar al papa Pío V, cuya personalidad le impresionaba, para no dañar el liderazgo político de España en la Santa Liga, y para no dar pie a las maniobras francesas llevadas por el obispo de Dax en la ciudad de la laguna con el fin de que la República saliera de la alianza y, también, impulsado por el entusiasmo de don Juan. Al fin y al cabo, no era una cuestión desdeñable la posibilidad de debilitar el poder otomano fuera cual fuera la manera de lograrlo. Esta era, más o menos, la opinión de Granvela, expuesta en una carta a don Juan de Zúñiga: ya que la Santa Liga no iba a sobrevivir mucho tiempo, merecía la pena aprovecharla para asestar un golpe más al sultán.

Y España hizo un esfuerzo gigantesco durante el invierno de 1571-72 para aumentar sus fuerzas navales: se construyeron galeras nuevas en los astilleros de Barcelona, Génova, Nápoles y Mesina; se tomaron también medidas para ampliar y cubrir el arsenal de Mesina cuyas obras fueron aceleradas. Este esfuerzo

fue llevadero porque el costo de Lepanto no había sido el que se pretendió. Geoffrey Parker demostró hace casi treinta años que, teniendo en cuenta el gasto ordinario de la defensa, el suplemento generado por la campaña de Lepanto, reducida a cinco meses y medio, fue moderado y en parte sufragado por el Papa. No es de extrañar que el nuncio del Papa en Madrid, el obispo de Padua Ormaneto, fuera recibido con tanta cordialidad por Felipe II.[6]

Pero la muerte del Papa ofrecía una salida digna al rey de España. Nadie sabía cuáles podían ser los propósitos del futuro pontífice. Estos eran de importancia capital para España, pues el presupuesto de las empresas españolas dependía en parte de las decisiones pontificales con respecto al *escusado*, al *subsidio* y a las *bulas de cruzada*, tres fuentes de ingresos esenciales. Motivo aparentemente bien fundado, pero que no fue más que un pretexto: así lo demostró Fernand Braudel, de modo inapelable, gracias a una carta de Felipe II a don Juan de Zúñiga, fechada del 2 de junio y expedida desde San Lorenzo: el rey alude a las órdenes dadas a su hermano en Mesina, para conservar su flota en este puerto, «tomando pretexto de la muerte del Santo Padre», confirmando su intención de lanzar sus fuerzas contra Argel, pues seguía pensando que «hacer esta expedición es lo que más conviene a toda la Cristiandad en general y al bien de mis Estados, si quiero que saquen algún fruto de esta Liga y de todos estos gastos, en vez de emplearlos en una cosa tan incierta como la empresa del Levante». Sin embargo, al nuevo Papa no convenía hablarle de Argel.[7]

La elección del sucesor de Pío V fue más rápida de lo esperado: el cónclave eligió para la sede de San Pedro a Ugo Buoncompagni que tomó el nombre de Gregorio XIII. De golpe, el nuevo Papa se declaraba el más firme apoyo de la Santa Liga, en favor de la cual redactó unas cartas pontificias entusiastas, renovó las mercedes del *escusado* y del *subsidio*.

Estas iniciativas del nuevo Papa ponían a Felipe II en una situación difícil y no cabe duda de que fueron un elemento decisivo de la segunda media vuelta del rey de España; también inclinaron el fiel de la balanza las reacciones hostiles de los venecianos, los avisos de Luis de Requesens en Milán, de su hermano don Juan de Zúñiga, embajador en Roma, de Granvela en Nápoles, y, evidentemente, las protestas vehementes, apasionadas, casi patéticas, aunque respetuosas, de don Juan que se había tomado a pecho la Santa Liga. En un correo enviado el 12 de junio desde Mesina a San Lorenzo por Barcelona, don Juan se hacía apremiante en sus peticiones, esgrimía todos los argumentos que se le ocurrían.

Felipe II se rindió: el 4 de julio firmó la contraorden. Don Juan la recibió el 12 de julio. El rey pedía sólo a su hermano que dejara en Mesina la escuadra de Juan Andrea Doria para hacer frente a la eventual agresión del rey de Francia. Don Juan cumplió con la orden y dejó en Mesina 39 galeras y 9.000 soldados. Sin más demora zarpaba rumbo a Corfú donde pensaba reunirse con las flotas de Marcantonio Colonna y de la República de Venecia. Pero ya se habían consumido dos meses muy necesarios para la empresa en la que estaban inmersos.[8]

Oportunidades frustradas

Don Juan había dado orden a sus aliados de esperar su llegada a Corfú. Pero ni Marcantonio Colonna, con las galeras del Papa, ni la escuadra española bajo el mando de Gil de Andrade que le había confiado don Juan, ni la Armada veneciana *mandada por Jacopo Foscarini* quisieron esperar al generalísimo de la Santa Liga. No les faltaban argumentos: las decisiones contradictorias de Felipe II, responsables del retraso de don Juan, produjeron unas pérdidas de tiempo muy dañosas; llegaban de Creta y de las islas Jónicas, malas noticias, según las cuales la Armada otomana de Uluch Alí asolaba las costas de Candía, Zante

y Cefalonia. ¿Cómo podían aguantar los vencedores de Lepanto estas correrías de los turcos a expensas de las colonias de uno de los aliados de la Santa Liga? Otro motivo, éste inconfesable, indujo a venecianos y pontificales a no esperar a su capitán general: esperaban vencer solitos y no compartir con don Juan la gloria de la victoria.

De modo que el 29 de julio, izaron velas rumbo al sur. Recibieron en el mar el refuerzo de las galeras de Candia, bajo el mando del *provveditore* Quirino. Por la tarde del 31, la Armada alcanzó Zante donde los almirantes supieron, dos días más tarde, que la flota turca estaba fondeada en Malvasía, al sur de la península de Morea. Los aliados resolvieron ir al encuentro de los otomanos para dar batalla. El 7 de agosto las dos flotas se avistaron cerca de la isla de Cerigo (o Xirigo).

La Armada de Uluch Alí tenía ventaja en el número de unidades: 220 galeras, galeotas y fustas. Uluch Alí, siendo *kapitán Bajá,* había dado preferencia en el esfuerzo de reconstrucción de la Armada al modelo argelino, es decir, a unas naves más ligeras, muy móviles y veloces. Además, aprovechando la experiencia cruel de Lepanto, los otomanos habían mejorado mucho su potencia de fuego, y se habían armado con más piezas de artillería y más arcabuces. Otra ventaja para el almirante turco era la proximidad de las fuentes de abastecimiento, de los almacenes de víveres y municiones, y el apoyo eventual de las baterías de cañones instaladas en la costa. En cambio, Uluch Alí disponía de un número reducido de soldados.

Frente al *kapitán Bajá,* la Armada cristiana presentaba 140 galeras, 6 galeazas, 24 naves, movidas por 30.000 remeros, 10.000 hombres de mar, montadas por 25.000 soldados. Bien provista de artillería, la Armada carecía de reservas de tropas y mantenimientos, con la excepción de la provisión de bizcocho y

de agua que llevan las «naves redondas», los cargueros que seguían la flota aliada.[9]

Uluch Alí no rehúsa la batalla porque está enterado de la ausencia de don Juan, de la falta de la mayoría de las galeras españolas y de su tan temible infantería. Intenta desbordar al dispositivo aliado por las alas, con la intención de atacar a las galeras cristianas, una vez al amparo del fuego devastador de las galeazas. No lo consigue, pero los aliados, cuya alineación es muy prudente, haciendo de las galeazas y de las naves redondas una ciudadela flotante que escupe fuego, se revelan incapaces de intentar ninguna maniobra ofensiva por falta de movilidad. Uluch Alí, después del fracaso de su proyecto, organiza un cañoneo a discreción y se repliega detrás de una espesa cortina de humo. Hace volver a la mayoría de sus galeras a Malvasía, y guarda con él las 90 mejores. Quisiera impedir la conjunción de las escuadras cristianas pues ha entendido que los almirantes aliados van a tratar de reunirse con la flota de don Juan. El 10 de agosto, Uluch Alí intenta otra vez apartar de la flota aliada algunas galeras para atacarlas una por una. Los cristianos no alteran su dispositivo compacto y Uluch Alí, usando otra vez la táctica de la cortina de humo, rompe el combate y se refugia detrás del cabo Matapán. Así, los dos encuentros no han sido más que escaramuzas.

Al llegar a Corfú el 10 de agosto, don Juan pudo darse cuenta de que sus aliados habían actuado por su cuenta a pesar de sus instrucciones. Ni siquiera le habían dejado informaciones relativas a sus intenciones. El príncipe se enojó tanto que estuvo a punto de volver a Mesina. Sin embargo, el sentido de su responsabilidad y los datos que pudo conseguir gracias a los veloces navíos de enlace le persuadieron de que aún se podía alcanzar un resultado positivo. Pero tuvo que esperar hasta el 1 de septiembre para contemplar a toda la Armada reunida en Corfú. ¡Otra pérdida considerable de tiempo! Mas los venecianos y Colonna

pudieron argüir, no sin razón, ante las quejas de don Juan, que su intervención había salvado a Candía y a otras plazas cristianas del saqueo y de la destrucción. El carácter generoso de don Juan permitió apaciguar los ánimos.

La revista general de la Armada demostró que era tan poderosa como la del año anterior: 211 galeras, 6 galeazas, 60 naves redondas para municiones y mantenimientos, unas unidades ligeras (bergantines, fustas, galeotas o fragatas) difíciles de cuantificar, 40.000 hombres. Se perfilaban, eso sí, los problemas de la carestía de alimentos y de la insuficiencia de reservas.

Lo peor es que no se sacó la lección debida de los dos encuentros del mes de agosto. Dado que don Juan no asistió a los combates, no pudo meditar y poner en tela de juicio la táctica de sus aliados. Ahora, con la perspectiva del tiempo, parecen claros dos hechos esenciales:

—Por una parte, Uluch Alí estaba casi condenado a una estrategia defensiva. Tenía dos objetivos evidentes: impedir a la flota cristiana asolar y saquear las islas turcas del archipiélago o los parajes de los estrechos; conservar y salvar el nuevo instrumento naval que, a duras penas, se había reconstituido en el invierno. Es decir, que el *kapitán Bajá* no aceptaría la batalla frontal, al no encontrarse en posición de superioridad, en el caso de que la Armada aliada estuviese separada, por ejemplo. Esto era una consecuencia importante de Lepanto, que han descuidado muchos autores: en 1572, los turcos no podían adoptar una estrategia ofensiva y quedaban confinados al Mediterráneo oriental. Desde el punto de vista español, Felipe II tenía toda la razón: más ventajoso hubiera sido el ataque contra Argel.

—Por otra parte, los cristianos no supieron sacar provecho del invierno para remediar la única carencia de la Armada de Lepanto: dotarse de una escuadra de galeras ligeras y móviles con chusma reforzada para conseguir una boga rapidísima cuando

fuese preciso. Podían con cierta facilidad desbaratar las maniobras de Uluch Alí gracias a la potencia de su artillería y a la excelencia de su infantería. En cambio, con un adversario que rehusaba el choque frontal, no lograrían superar la desventaja de su torpeza en la marcha, de su pesadez en la maniobra. La única oportunidad consistía en acorralar a la flota enemiga en la costa o en un puerto de Morea, que se podría tomar al asalto, lo que correspondía al plan de don Juan, que preveía un bloqueo por mar y un desembarco en tierra para cercar a los soldados y a las tripulaciones del adversario: así los turcos acabarían por capitular. Se contaba también con el sostén de las poblaciones cristianas de Morea. Quedaba muy poco tiempo para llevar a cabo este plan, que no permitía errores. Y fue precisamente un error de navegación el que costó el triunfo a don Juan.

En Corfú, en el consejo del 3 de septiembre, don Juan, gracias a sus dotes para la negociación y a su talento conciliador, resolvió una vez más ciertas dificultades. Las galeras venecianas carecían de nuevo de soldados, pero Foscarini no quiso que embarcaran soldados españoles, tal vez por la riña del año anterior que fue causa de la desavenencia entre Veniero y don Juan. Entonces el generalísimo sugirió que fueran soldados pontificales los que subieran a las galeras de Venecia, mientras que los soldados españoles reforzarían a las galeras de Colonna.[10]

Así las cosas, la Armada salió el 7 de septiembre rumbo a Igumenitza. El día 9, sabiendo que la flota enemiga estaba en Navarino, dispuesta a la batalla, don Juan puso la Armada en orden: él mismo en el centro, con su *Real,* las capitanas del Papa y de Venecia, es decir, con Colonna y Foscarini; el ala derecha la llevaba Álvaro de Bazán con 50 galeras, y el ala izquierda el *provveditore* de Venecia, Soranzo, con otras tantas. Una vanguardia de 5 galeras con la capitana de Malta abría la marcha, 8 millas por delante en el día.[11]

Después de pasar por Cefalonia, el día 13, don Juan se enteró de que las galeras de Uluch Alí carecían en su mayor parte de cañones de crujía y que el *kapitán Bajá* estaba con muchos temores. El generalísimo hizo navegar de noche a la Armada para sorprender a Uluch Alí y encerrarlo en el puerto de Navarino, pero un error de rumbo le hizo topar con la isla de Prodano (o Proti), 11 millas al norte de Navarino, de modo que al amanecer las vigías turcas avistaron a la Armada aliada y Uluch Alí pudo escapar y refugiarse en el puerto de Modon.

En esta ocasión no podemos prescindir de la relación de Miguel de Cervantes puesta en boca de su famoso cautivo, es decir, su propia relación: «Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana dé los tres fanales. Vi y anoté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda el Armada turquesca, porque todos los leventes y jenízaros que en ella venían tuvieron por cierto que los habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos; tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra Armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad…»[12].

Se perdió otra oportunidad el 16 o el 17, esta vez por culpa de don Juan que no insistió en el intento de forzar el puerto de Modon: Uluch Alí puso a sus galeras «amarradas unas a otras con las proas hacia la mar para defenderse con la artillería gruesa»[13]. Y, añade Cervantes, «echando a la gente en tierra, fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió»[14].

Es tan rara esta falta de audacia en el caso de don Juan que plantea problemas. Es cierto que se multiplicaron en vano proyectos y discusiones, pero la verdadera ocasión se presentó el 16

de septiembre y se perdió. Más tarde, el asalto resultaría mucho más arriesgado, pues el *kapitán Bajá* había instalado muchas piezas de artillería de su Armada en las lomas que circundan Modon. Los venecianos proponían seguir con el sitio y el bloqueo unas semanas, pensando que la plaza acabaría por rendirse pero don *Juan y Colonna fueron* de *otra* opinión.

Con el despilfarro de la doble oportunidad de Navarino y Modon y la proximidad de los temporales otoñales, la campaña de 1572 acabó con un sentimiento de decepción profunda, a pesar de una hazaña del marqués de Santa Cruz, «aquel rayo de la guerra, (…) padre de los soldados, (…) venturoso y jamás vencido don Álvaro de Bazán…», que con su capitana, *la Loba*, se apoderó, en un duelo singular, de la capitana de Mahamud, hijo de Ahmed II Barbarroja.[15]

El 18 de octubre, sin novedad otra que escaramuzas anecdóticas, la Armada estaba de regreso en Corfú. Las escuadras se apartaron allí; mientras Colonna se dirigía hacia Civitavecchia, don Juan se fue a Mesina adonde atracó el 24 de octubre. La llegada fue muy distinta de la de 1571. Es cierto que la Armada de la Santa Liga no había conocido derrota alguna. Pero, después del triunfo de 1571, sus jefes no supieron adaptarse a una estrategia nueva, como exigía la situación.

Don Juan fue muy desafortunado en esta circunstancia: le perjudicaron a la vez la coyuntura internacional, la muerte repentina de Pío V, las vacilaciones de su hermano, por comprensibles y razonables que fuesen, la falta, en fin, de disciplina y formalidad de sus aliados que no le dieron tiempo suficiente para forjar una estrategia nueva, ni para organizar de modo satisfactorio la expedición de Morea, que hubiera puesto a prueba la reserva prudente de Uluch Alí. De modo que el *kapitán Bajá* pudo cumplir con su cometido: ganar tiempo y conservar a

salvo su nueva Armada. Este éxito suyo, tal vez sin que lo supiese, acabó con la Santa Liga.

Fin de la Santa Liga

No hay mucho que añadir al diagnóstico de Ricardo Cerezo: «Los esfuerzos diplomáticos de Francia para destruir la Santa Liga y el fracaso de la campaña de 1572 vaticinan la desaparición de la alianza en el otoño del mismo año; las desavenencias entre los generales han creado un clima de mutuo desagrado que tampoco propicia el entendimiento en futuras campañas»[16].

Para confirmar este diagnóstico bastaría fijarse en la carta escrita por Foscarini al Senado de Venecia: el almirante acusaba a España de los pobres resultados de la campaña, afirmando que los españoles no pensaron más que en «debilitar y arruinar Venecia». No dudaba en pretender que los retrasos de don Juan y sus faltas de decisión en la campaña procedían de un plan preconcebido para «exterminar poco a poco las fuerzas de la República». Traición de España, sugería Foscarini. Traición de Venecia, contestarían los españoles al enterarse de la paz concluida entre la Serenísima y el sultán unos meses después. La falta de confianza es evidente entre los aliados.

Sin embargo, a instancias de Gregorio XIII, se reúne en diciembre en Roma la conferencia de la Liga para plantear la campaña de 1573. Felipe II, al tanto de las conversaciones secretas entre Venecia y Estambul, ofreció aumentar la participación militar española, dedicándola a la empresa del Levante y a ninguna otra. Felipe II se había dado cuenta de que la estrategia defensiva de Uluch Alí (y de Selim II) en 1572 era en cierto modo la manifestación de una debilidad. El turco podía fortalecerse en Chipre, tan cerca de sus bases, podía defender y conservar sus posiciones, pero ya no pensaba en nuevas ofensivas. Era el impacto de Lepanto.

Pero todas las buenas maneras de Felipe II no cambiaron nada. Los comisarios de Venecia en Roma aprovechaban cualquier pretexto, cualquier detalle, para retrasar las conversaciones. Por fin se firmó el acuerdo el 27 de febrero. Otra cortina de humo, política esta vez, ya que el 7 de marzo de 1573, la República de la laguna firmaba con el sultán una paz por separado cuyas condiciones eran tan duras que no se pueden explicar sin la presión de una necesidad apremiante. Por eso, Fernand Braudel considera que la palabra «traición» no es correcta. Más bien «abandono». Y propone un alegato en favor de Venecia. En efecto, la Santa Liga no había procurado a la República otra cosa que una satisfacción de amor propio (lo que no carece de importancia, ni mucho menos). Era una manera de contestar a la tragedia de Famagusta. Por eso, a pesar de las calumnias de Veniero y Foscarini, don Juan gozó en Venecia de una enorme popularidad, hasta volverse el héroe de las canciones de los gondoleros.

Pero la Santa Liga no había anulado la pérdida de Chipre, ni de algunas plazas del Adriático. Sin duda Venecia ganó algunas galeras pero la recluta de soldados, las provisiones y los armamentos le costaron muy caro. Las cajas de la Señoría se habían vaciado. En cuanto al abandono de los aliados, Felipe II, de mayo a julio de 1572, había suspendido su participación, no totalmente, pero sí en buena parte.

El sultán hizo a Venecia pagar la paz que necesitaba a un precio muy subido, cuyos pormenores no hace falta recordar aquí. Únicamente mencionaremos la reducción de la Armada de la Serenísima a 60 galeras y la liberación sin rescate de todos los prisioneros turcos. No era una buena noticia para España ni para don Juan, cuya amada Santa Liga quedaba difunta.

Capítulo IX — El descanso del héroe

Al contrario de Gregorio XIII, cuyo enojo fue espectacular al enterarse del abandono de Venecia y que insultó al embajador de la República, antes de revocar las mercedes que le había concedido, los españoles mantuvieron la sangre fría, tanto Granvela como Juan de Zúñiga. El más admirable fue don Juan que conservó un control perfecto de sí mismo. El príncipe no era ya el muchacho atolondrado que se escapaba cabalgando de la corte para volar al socorro de Malta.

Dos inviernos en Nápoles

La noticia de la paz entre Venecia y el sultán alcanzó a don Juan en Nápoles, donde Felipe II le había mandado a pasar el invierno, tal vez para que Granvela le comunicara parte de su ciencia de la política europea y le pusiera al tanto de los arcanos diplomáticos. Quizá no sabía Felipe que don Juan había recibido de un caballero milanés, la primera vez que se fue a Italia, un precioso memorándum donde salían retratados, con un sentido crítico discreto, todos los personajes de primera fila que don Juan había de tratar en Italia: entre ellos al mismo Granvela, desde hacía poco virrey de Nápoles, «uno de los más faros y señalados hombres que Su Majestad tiene en su servicio: demás de la prudencia y buen juicio, tiene más noticia de negocios de Estado que hombre del mundo, por haber pasado por su mano todos ellos en el tiempo del Emperador, de gloriosa memoria, y muy muchos en tiempo del Rey nuestro señor, el qual tiene del dicho cardenal toda la confianza que de un buen ministro se puede tener: assí será bien que V. A. le honre mucho y tenga gran quenta con su persona, communiquándole los negocios que se offrecieren y tomando en ello su parezer, el qual es de creher que en todo será muy acertado»[1].

El informador añadía que «de ninguna persona podrá V. A. mejor informarse que dél en todas las cosas que al Estado y buen gobierno tocaren». Pero también aconsejaba a don Juan: «será muy bien que V. A. aparte se informe de todo del dicho cardenal».

Así que don Juan sabía perfectamente la importancia de su relación con Granvela. Pero el caballero milanés no había avisado a don Juan de la afición desenfrenada del cardenal a las mujeres, una afición que su edad (el cardenal tenía 56 años) no había ni mucho menos templado. Hasta el punto de que, según ciertos autores, el purpurado, después de recibir a don Juan con todos los honores, le despidió con estas palabras: «Para Vuestra Excelencia, Nápoles es la ciudad apropiada para que de las hazañas en campo de Marte, paséis, aunque novicio, al jardín de Venus». Palabras casi provocadoras, ciertamente imprudentes por parte del cardenal, pues don Juan, a sus 25 o 26 años, gozaba de condiciones óptimas para triunfar en las lides de Venus, incluso a expensas del cardenal. Basta leer los pareceres de algunos coetáneos del príncipe.

Lo describe así el famoso escritor-soldado Pierre de Bourdeille, señor de Brantóme, tan amigo de España; después de hacer un retrato halagador de otro gran capitán, escribe: «Sin embargo no se podía equiparar en todo a don Juan de Austria, el cual era un príncipe hermoso y muy cabal. Era muy guapo, como acabo de decirlo, de buen tono, muy gentil en todas sus actuaciones, cortés, afable, de gran espíritu, sobre todo muy bravo y valiente… y los mismos viejos capitanes y soldados del emperador su padre que seguían en vida se exclamaban: "Es verdadero hijo del emperador". (…) Este, que había sido criado en casa de campo tal como pastor, se hizo después tan gentil, tan galante, tan honesto, tan ameno, como fue, y no oliendo a su educación campestre, como le vi en España, pues era tan guapo y de tan buen parecer según he dicho; y si fue criado en vida rústica no se no-

taba nada pues tenía muy buena estampa entre los soldados. También era muy bienvenido por su gracia entre las damas que le miraban con mucha dulzura.»[2] Al embajador de Venecia, Girolamo Lippomano, según se deduce de su *Relazione* de 1575, es decir, después de la retirada de Venecia, don Juan le parece también muy atractivo: «Es de estatura media, bien hecho, de aspecto muy agradable, de una gracia admirable, suntuosamente vestido, elegante sobremanera, que deja estupefacto.» El historiador coetáneo de la guerra de Granada, Mármol, alude a «la serenidad agradable que Dios puso en su rostro». De hecho, los numerosos retratos del príncipe acreditan la impresión de que el vencedor de Lepanto era un hermoso mancebo, bien proporcionado, de cara atractiva, sonrisa encantadora, trato agradable y cortés, que gustaba de vestir con elegancia, aficionado a las prendas de lujo, a las telas y paños de máxima calidad, a las joyas. Gregorio Marañón, tomando en cuenta relatos y retratos, nos ofrece una semblanza soberbia del príncipe, con una serie de expresiones muy afortunadas: «Justador incomparable, alanceador de toros, jinete intrépido, experto cazador, gran bailarín, (…) único en el vestir»[3]. Además, gozaba de un prestigio extraordinario, fruto de su victoria en Lepanto. ¡En fin, lo tenía todo para ser un «don Juan»!

Es cierto que hasta la fecha don Juan no había dado mucho que hablar por sus lances amorosos. Curiosamente, durante el invierno anterior en Mesina, ya aureolado por los laureles del triunfo, aunque quejándose de su soledad, se quedó casi indiferente a los intentos de seducción de las damas sicilianas, por tentadores que fuesen, como si el recuerdo de María de Mendoza, su primera amante, conservara una presencia obsesiva. Quizá por eso, Granvela, siempre informado de todo, se atrevió a calificar a don Juan de «novicio» en los jardines de Venus. Pero el noviciado había terminado y el galante cardenal lo comprobó pronto y a su costa.

A los pocos días, en la Plaza Incoronata de Nápoles se celebró una corrida de toros. Tengo que confesar que no sé de dónde procedían los toros, e ignoro si tenían cuatro o cinco años. Tampoco conozco la forma en la que se desarrollaban las lidias de los toros en Nápoles. Sin embargo, todo sugiere que, dentro del proceso de aculturación española que acompañó en Nápoles el dominio aragonés desde fines del siglo XV, las corridas napolitanas se celebraban «*conforme l'uso di Spagna*», según lo publican los programas impresos de las funciones del siglo XVII que se han conservado. Recordemos que ya en 1536, en la Plaza Carbonara, Carlos V había participado en un juego taurino en el que hizo alarde de habilidad y elegancia. Su hijo no podía ser menos.[4] De todos modos, sabemos que el cardenal Granvela, que presidía la corrida como virrey (no hablo de «presidencia técnica»), invitó a don Juan a asistir al festejo a su lado. Y nada más salir el toro, ante el asombro de la concurrencia, don Juan se levantó de su sitio, saltó la barrera y se fue a por el astado. Por tanto, el príncipe tuvo que torear a pie. Si nos fiamos de los relatos de Luis Zapata, que cuenta algunas suertes del siglo XVI, especialmente una que ejecutó en Valladolid don Diego Ramírez ante el rey de Bohemia, Maximiliano, con capa en la mano izquierda y espada en la derecha, don Juan pudo actuar de modo semejante. [5] En fin, si no es piadosa leyenda, dicen que el héroe de Lepanto toreó con valor y soltura, y mató pronto a su enemigo. Dicen también que la ovación fue clamorosa. Entre el público que le jaleaba con entusiasmo don Juan divisó a una hermosa doncella que le sonreía de modo muy llamativo. Don Juan volvió al ruedo, llevando en los rejones cintas rojas y amarillas, colores del traje de la mujer, para enfrentarse a otro toro que brindó a la bella napolitana. La joven se llamaba Diana de Falangola, hija de un caballero sorrentino, con fama de ser *«la piu bella donna di Napoli»,* y la cortejaba desde hacía días el propio cardenal Granvela, al parecer sin ningún éxito. Dicen que don Juan, des-

pués de seducir a Diana, premió al padre, haciéndole gobernador de Pozzuoli, y a la madre con regalos excepcionales.

Lo cierto es que don Juan conoció carnalmente a Diana, que la joven quedó preñada y parió a una niña el 11 de septiembre de 1573. El acontecimiento lo había anunciado con antelación don Juan a su hermana Margarita en una carta del 18 de julio, publicada en varias ocasiones. Sólo recordaremos aquí las líneas esenciales: «De aquí a un mes creo que de muchacho que soy me he de ver padre corrido y avergonzado; y digo avergonzado porque es donaire tener yo hijos. (…) Suplico a V. A. se haga cargo de todo. (…) Cuando sea tiempo se entregará a V. A. la criatura. La que verdaderamente la parirá es mujer de los nobles y señalados aquí y de las más hermosas que hay en toda Italia; que al fin con todas estas partes, y principalmente la de la nobleza, parece que mejor podrá sufrir este desorden, si desorden puede llamarse a cosa tan natural y usada en el mundo»[6]. Es un discurso que no se hubiera atrevido a dirigir a doña Magdalena de Ulloa, cuyo rigor moral don Juan temió siempre. Al parecer, hizo lo posible para que su madre adoptiva no se enterara del asunto.

Cuando nació la hija de don Juan y Diana, que fue bautizada con el nombre de Juana, no estaba el padre en Nápoles pues había salido el 1 de agosto para la empresa de Túnez. La ironía de la historia quiso que fuese el cardenal de Granvela el que recogiera a la recién nacida para confiársela a una nodriza: necesitaba la criatura algunos meses para aguantar el viaje que la llevaría a manos de Margarita de Parma. La hermana mayor de don Juan cuidó muy bien a su sobrina y daba frecuentemente noticias de la chica al padre, que la visitaría más tarde, el año de 1575, cuando fue destinado por Felipe II al gobierno de los Países Bajos. Se habló en cierta circunstancia de la legitimación de Juana, a petición de Margarita, pero si fue solicitada no fue conseguida.

Es curiosa la transformación que ha vivido don Juan. No sabemos si se debe al ambiente especial de Nápoles, al ejemplo de otros señores y caballeros, o a cualquier otra causa. Tal vez acierta Gregorio Marañón, cuando alude a las «delicias de Nápoles»: «La gentileza de la tierra y de las damas agradaba a su gallarda edad»[7]. Antes tan moderado y discreto en su comportamiento amoroso, ahora casi libertino, sin la sombra de un escrúpulo, dando rienda suelta a su libido. Al volver de la expedición de Túnez no le hace caso a Diana de Falangola, cuya relación con el príncipe ha sido conocida por todos. Sólo le procura un marido, un gentilhombre sin plata, Antonio Stambone. Único detalle en favor de don Juan: la pingüe dote que ofrece a Diana para su casamiento, poco duradero, pues el marido fallecería en 1577. Eso sí, don Juan sigue siendo generoso. Como siempre.

Acabados los amores con Diana de Falangola, y para rellenar del modo más agradable los tiempos de ocio del invierno 1573-74 que don Juan pasó también en Nápoles, el príncipe se lanzó a otra aventura con una tal Zenobia Saratosia que gozaba también en la ciudad fama de hermosísima. No sabemos mucha cosa de esta relación sino que acabó, como la anterior, por el embarazo de la joven. Esta vez, el fruto de estos amores, un hijo, murió pronto. No parece que don Juan se haya preocupado del porvenir de la madre que entró en el convento de Santa María Egipciaca, no sabemos si de buen o mal grado. En la correspondencia de don Juan de esta época no se hace mención de los hechos. Parece que don Juan, pese a lo que digan sus hagiógrafos, había perdido todo respeto a los demás. Obvio decir que Antonio Ossorio, el buen apóstol, oculta piadosamente los desmanes de su ídolo y su poca consideración hacia las parejas de sus placeres. Costumbres de la época, nos cuentan, mentalidad machista ciertamente, pero este desprecio a la mujer después de la posesión sexual choca más por parte de un personaje del que todos

los testigos coetáneos alaban la generosidad, la afabilidad y el interés para con los desgraciados.

El episodio siguiente de los amores de don Juan en Nápoles olió a escándalo y perjudicó verdaderamente la fama del vencedor de Lepanto, pues puso en tela de juicio su sentido del bien público. Demuestra el proceso sufrido por don Juan, tal vez víctima de una popularidad excesiva, de una tendencia marcada al egocentrismo, que no quieren ver sus hagiógrafos; tal vez se había convencido de que la moral común no estaba hecha para él, puesto que su nueva amante era una mujer casada.

Sin embargo, este juicio está sujeto a un atenuante: esta vez don Juan había caído en las redes de una mujer de mucha experiencia, que no tenía nada de doncella inexperta y que, al contrario de Diana, de Zenobia, o incluso de María de Mendoza, no era ninguna víctima: se trataba de doña Ana de Toledo, esposa del «castellano» —el gobernador militar— de Nápoles.

Esta mujer, que llegó a ser dueña de la sensualidad de don Juan, jugó con el príncipe hasta el punto de aconsejarle en política sin perder la oportunidad de enriquecerse. Según varios autores, entre ellos los últimos biógrafos (J. M. González Cremona, Fernando Ponce, José Antonio Vaca de Osma), la dama recibió dádivas de mucho valor pero se excedió cuando se hizo ofrecer por don Juan cuarenta esclavos de cadena, de los mejores de la Armada real, para renovar la chusma de su propia galeota, ya que Ana de Toledo era «empresaria en corso», sin riesgo personal, pues, evidentemente, se quedaba en tierra. Así, don Juan disponía de bienes que no le pertenecían, lo que no le gustó nada ni a Luis de Requesens, ni a Álvaro de Bazán, ni tampoco al propio secretario del príncipe, Juan de Soto, tan afecto a su señor, y no faltaron críticas abiertas a esta actuación y al dominio que ejercía sobre él una mujer tan descarada y de tan poca vergüenza como Ana de Toledo.[8]

Conquista de Túnez. Sueño de corona real

Por suerte para él, don Juan había renovado su fama con la conquista de Túnez. La verdad es que esta hazaña no tenía nada que ver con Lepanto y fue más bien un paseo militar que una proeza. Pero veamos de cerca el asunto.

El abandono de la Santa Liga por Venecia planteó el problema de la campaña de 1573, ya que se habían reunido muchas galeras y movilizado fuerzas poderosas. Los proyectos ofensivos en dirección a Levante, evidentemente, se vinieron abajo. Quedaban dos posibilidades: Argel y Túnez. Felipe II prefería la empresa de Argel cuyos arráeces habían sido más temibles en el pasado. Don Juan y la opinión española en conjunto compartían esta preferencia. Les parecía que se presentaba la oportunidad de acabar con un nido de corsarios peligrosos, de borrar del mapa los famosos «baños de Argel», un lugar de tormento para muchos cristianos. Pero los sicilianos, para quienes el peligro procedía sobre todo de Túnez y Bizerta, insistieron en favor de la empresa de Túnez, con el apoyo del consejo de Madrid, partidario de la expedición más fácil y menos costosa. Es posible que Felipe II hubiera dejado a don Juan libertad de elección. ¿Entonces, por qué, a la postre, Túnez y no Argel?

Se pueden alegar dos argumentos. El primero es el movimiento de la Armada turca, que había salido de Estambul con cierto retraso a principios de junio. Al haberse quitado de encima la amenaza veneciana, la flota otomana podía intentar alguna incursión en la Puglia o la Calabria y se habló de pasar el invierno en Francia, como en los tiempos de Francisco I, motivo de inquietud para Génova y Cerdeña, pues los testigos calculaban que en torno a 300 galeras componían la flota. Los mismos testigos, sin embargo, pretendían que la flota turca estaba mal ordenada; además salió malparada por culpa de un fuerte temporal: 8 galeras hundidas y otras 8 seriamente deterioradas fue el

resultado del percance. Lo cierto es que, tras muchos vaivenes, la Armada turca regresó a Estambul a fines de septiembre sin cosechar el menor éxito. Se podría pensar que la amenaza pendiente de la Armada otomana había retrasado la decisión; así, cuando la vía quedó libre se había perdido tanto tiempo que la razón impuso la empresa más fácil.[9] Sin embargo, parece que la decisión de la empresa de Túnez había sido tomada mucho antes. El 26 de junio, don Juan había escrito a su hermano que la opinión de sus allegados era que se emprendiera la conquista de Túnez pero sin entregar la villa al rey Muley Hamida, que a la sazón estaba refugiado en Sicilia, y de quien se tenía pésima opinión.[10] Por eso, y dejando aparte el posible deseo de don Juan de repetir los hechos de su padre, conquistador de Túnez en 1535, ¿no sería la opción tunecina la esperanza secreta de don Juan, esto es, conseguir un reino, hacerse rey? Pío V, después de Lepanto, había prometido a don Juan concederle la soberanía sobre el primer Estado arrancado a los infieles. Lo explica muy bien Fernand Braudel: «Lo que tentaba a don Juan era el título más que un poder real. En una Europa loca por las apariencias y por las jerarquías, los jóvenes príncipes sueñan con coronas». Y recuerda el caso del duque de Anjou que acababa de lograr la corona de Polonia.[11]

Esta hipótesis resulta fortalecida por las gestiones que emprendió Gregorio XIII en enero de 1574 a través de su nuncio, el obispo de Padua, y que examinaremos luego. Nosotros opinamos, como Braudel, que el Papa, para animar a don Juan a conquistar Túnez, le prometió intervenir en su favor. Es cierto, por otra parte, que el Papa afirmó en Roma, el 20 de octubre, antes de conocer la toma de la villa, que «si ganaba Túnez» mejor sería conservar este reino que dárselo a un rey moro.

Estimulado por esta perspectiva, don Juan se desvivió para organizar la expedición, casi sin dinero, pues todo el esfuerzo de la Hacienda real era absorbido por el pozo sin fondo de la guerra

en Flandes. No escatimando medios, llegó a reunir una armada de 107 galeras y 31 naves, el galeón del gran duque de Toscana, varias fragatas o bergantines y muchas barcas cargadas de mantenimientos. Su ejército era de consideración, 27.000 hombres, casi la mitad de italianos (13.000), 9.000 españoles y los demás alemanes. La Armada salió de La Favignana, la base más próxima a África, el 7 de octubre (recuerdo de Lepanto), a las cuatro de la tarde, y 26 horas más tarde avistaba La Goleta. El desembarco se hizo el 9. El 10 se presentaba delante de Túnez: entró en la capital al día siguiente, sin ninguna oposición, pues las tropas turcas se habían internado en el país.

Hay que tener en cuenta, para explicar lo que pasaría después, que estas tropas no fueron destruidas. Unos días más tarde, Bizerta se rindió también, casi sin lucha, después de eliminar a su guarnición turca. Las tropas de don Juan saquearon la ciudad a placer: una manera clásica de pagar a los soldados. Por su parte, el caudillo reunió un consejo de guerra en la alcazaba, el 11 o el 12 de octubre, con todos los coroneles, algunos capitanes, además de los habituales consejeros. Mucha gente, opina Fernand Braudel, para imponer con más facilidad su criterio personal.

Las decisiones fueron tomadas antes de recibir las instrucciones de Madrid, lo que legitimaría a don Juan y demuestran su intención de conservar Túnez: una guarnición de 8.000 hombres, capitaneada por Gabriel Cervelloni, la edificación de una ciudadela muy fuerte (mientras que Felipe II había mandado desmantelar los fuertes existentes), y la instalación en el trono de un hermano de Muley Hamida, Muley Mahamet, un hombre nuevo. Don Juan informó a su hermano de sus decisiones con un comentario explicativo. No había motivos para retrasar la vuelta a Italia: don Juan embarcó el 24 de octubre, pasó por Bizerta donde paró cinco días. El día 2 de noviembre entraba en Palermo, que le festejó, y el 12 llegaba a Nápoles, donde causó sensación gracias al cachorro de león que compró en Túnez y al

que llamó Austria. En la cubierta de su *Real,* don Juan jugaba con el leoncito a la vista de la gente.

Ahora aparece el problema más interesante. ¿Qué se iba a hacer con Túnez? Las disposiciones tomadas por don Juan sugieren el deseo de conservar la conquista. No cabe duda de que, a la vuelta de don Juan a Nápoles, se había hablado mucho de esta posibilidad. Gregorio XIII y don Juan intercambiaron sus impresiones y sus opiniones, mediante la misión confiada por don Juan a su secretario Juan de Soto, que salió hacia Roma el 13 de noviembre. Pronto supo don Juan que el Pontífice compartía sus puntos de vista. El príncipe había convencido también de lo oportuno de esta idea a su nuevo secretario, Juan de Escobedo, que llegó en esos días para sustituir a Juan de Soto.

Era una maniobra de Antonio Pérez, cuya influencia sobre el rey estaba entonces en su apogeo, porque se creía que Juan de Soto alentaba las pretensiones de don Juan de lograr la realeza, mientras que Escobedo, como Antonio Pérez, procedía del círculo del príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva. Y Pérez confiaba en él para ser informado de los hechos y proyectos de don Juan. Pero no había previsto que el vencedor de Lepanto fascinaría a Escobedo casi desde el primer momento y que desde entonces el nuevo secretario se tornaría un incondicional de don Juan.

No es el lugar de examinar el papel de Antonio Pérez en el gobierno de España. Pero no podemos prescindir de la influencia que tuvo en la relación entre Felipe II y don Juan que, en resumidas cuentas, fue muy buena hasta su intervención, a pesar de algunos extravíos veniales del joven príncipe. Se sabe que los secretarios de Estado tuvieron en tiempos de Carlos V y Felipe II un protagonismo notable en los asuntos de la monarquía, desde Francisco de Los Cobos hasta Mateo Vázquez de Leca, pasando por Gonzalo Pérez, Gabriel de Zayas, y los Idiáquez.

Fue Gabriel de Zayas, el mismo entronizado por Gonzalo Pérez, quien recomendó a Felipe II al hijo de Gonzalo, Antonio. Este personaje, culto y muy al tanto de la cultura italiana gracias a sus largos años en Italia, inteligente, ambicioso, pero desprovisto de todo sentido moral, que pretendía dominar el espíritu del rey, tuvo la suerte de sustituir al príncipe de Éboli en el Consejo, después de la muerte de Ruy Gómez, y de ampliar así el campo de su influencia. Las ganas evidentes que tenía don Juan de acceder al estatuto de rey permitieron a Pérez despertar los recelos de Felipe para con su medio hermano. Mientras el rey de España recibía pruebas de la lealtad del príncipe, por decepcionado que estuviese, las maniobras de Antonio Pérez no tuvieron mucha importancia. Más tarde, en los Países Bajos, sería otro cantar.

De momento, las sugestiones de Antonio Pérez se verificaban, pues las gestiones del Papa acerca de Felipe II, por medio del nuncio Nicolás Ormanetti, apoyaban obviamente los planes de don Juan. Este había remitido el 18 de octubre desde Túnez una carta al rey en la cual escribía: «Guardándose esta costa y fortificando el puesto se evitarían grandes daños que los corsarios de Berbería hacen en los Estados de Su Majestad, los Reinos de Nápoles y Sicilia con mucha menor costa de lo que se tiene y menor graveza de sus vasallos, conservándose los soldados en milicia y ejercicio de ella… Que muy gran parte de los gastos y costas se podrán sacar de este reino…».

Recordando tal vez los consejos que le dio el caballero milanés a propósito del duque de Alba, «persona de tanta prudencia… que tendría por muy acertado que V. A. tomase su parecer en muchas cosas…», don Juan le escribió también para explicarle sus planes, especialmente la posibilidad de emprender la conquista de Argel por tierra desde Túnez.[12]

El memorándum presentado a Felipe II por el nuncio Ormanetti, el 16 de enero de 1574, se refería al proyecto ya conocido de relevar a don Juan de su mando y de enviarle a Génova para auxiliar a Juan Andrea Doria que se enfrentaba en su ciudad a dificultades serias. Gregorio XIII pensaba, al contrario, que sería provechoso aumentar la flota del Mediterráneo, pues la amenaza turca seguía y añadía, aludiendo a don Juan: «Sería bien considerar si no ganaría en poder y autoridad si fuese investido del título de Rey de Túnez, de modo que Vuestra Majestad pueda demostrar su gratitud a Dios por la conquista, a la manera de vuestros antepasados, fundando un nuevo reino cristiano». La propuesta no podía ser más clara.

El memorándum del Papa era más amplio. Proponía una restauración de la Santa Liga, pues afirmaba que los venecianos estaban muy decepcionados por la paz con el turco. Alentaba a Felipe a que visitase sus reinos italianos, aludía a la empresa de Inglaterra que podría llevar don Juan, concluyéndola por su casamiento con la reina de Escocia. En suma, una gran política vaticana, aunque en ciertos puntos contradictoria.

Felipe II mantuvo toda reverencia con el nuncio, pero opuso un firme rechazo a las propuestas del Papa. La esperanza de don Juan de ceñir la corona de Túnez se esfumaba. Sobre el particular, Felipe II había contestado al nuncio que tal recompensa —el reino de Túnez— no correspondía a los servicios del príncipe, ni el rey podía concedérselo, cosa falsa evidentemente. Se puede entender muy bien la frustración de don Juan. Ya se había hablado para él de una corona en Morea; en este caso, el príncipe tuvo que admitir que la falta de entusiasmo de su hermano estaba justificada; al fin y al cabo la Morea quedaba por conquistar y la campaña de 1572 había demostrado que no era una conquista fácil y que no se podía confiar mucho en una rebelión de los cristianos del país que no se habían movido en 1572 (era distinto con los albaneses, siempre en rebeldía o casi). Pero el reino

de Túnez se había conquistado y sólo se trataba de fortificarlo y defenderlo. Además, el proyecto de don Juan tenía una perfecta coherencia geopolítica: de ponerlo en ejecución con éxito hubiera significado un dominio casi absoluto de España en la cuenca occidental del Mediterráneo.

Pero Felipe II, cuyos recursos financieros estaban ya consumidos (se acerca la quiebra gravísima de 1575), quedaba obsesionado por el problema de los Países Bajos: no entraba en su mente la idea de renunciar a sus dominios del norte de Europa, solución política y militarmente racional pero que suponía el abandono de sus vasallos católicos que hubieran quedado bajo la amenaza protestante.

Dada esta situación, a Felipe II le parecía muy caro el sustento de la guarnición de Túnez que agotaba los presupuestos de Sicilia y Nápoles y ponía a Granvela en agobios. El proyecto de don Juan necesitaba la autosuficiencia del reino de Túnez, algo en lo que tanto el conquistador como sus partidarios habían puesto sus esperanzas pero que no se consiguió de entrada, ni mucho menos. Una de las debilidades de don Juan en su breve vida fue el no considerar los problemas de intendencia de la monarquía y sus diferentes estados. Su hermano tenía una visión de conjunto que escapaba al príncipe.

El intermedio de Génova

Al paso por Sicilia, antes de zarpar hacia Nápoles, don Juan se encontró en Palermo con una carta de Felipe II que le ordenaba que fuera inmediatamente a Génova. El príncipe no obedeció y se quedó varios meses en Nápoles, hasta que el 16 de abril de 1574 recibía otra carta, aún más terminante, para que fuera primero a Génova y después a Milán. Esta vez don Juan cumplió.

Al contrario de lo que pretenden algunos autores, el motivo esencial de esta orden no era apartar a don Juan de las cosas de Túnez, ni tampoco preparar su salida hacia Flandes, aunque esta

preocupación no fuese ajena a las intenciones de Felipe II, y la estancia en Milán obedecía a ella. Pero existía un motivo más urgente. Acabamos de mencionar la situación desastrosa de la Hacienda real. Pues bien: como demostró magníficamente Felipe Ruiz Martín, durante un siglo, de 1527 a 1627, Génova, gracias a sus sofisticadas estructuras financieras, fue él apoyo decisivo de la Hacienda española. Lo recuerda Braudel: «[Felipe II] depende cada vez más de los genoveses y de la plaza de Génova»[13].

En esta ciudad, desde hacía unos meses, se oponían dos bandos, con caudillos que procedían uno y otro de la nobleza, y Felipe II temía que tras uno de los bandos se disimulase una intriga francesa. Confiaba en don Juan para arbitrar entre el Pórtico de San Pedro, favorable a Francia y el Pórtico de San Luca, fiel a España, con Juan Andrea Doria. El famoso caballero anónimo milanés que hemos citado varias veces había insistido en que los genoveses «no son vasallos de Su Majestad, aunque ellos no dexan de servir como si lo fuessen en lo que pueden, sin daño de sus haziendas y hazen profesión de tener al Rey nuestro señor por su particular protector y defensor», añadiendo que estaba allí Juan Andrea Doria «tan servidor de Su Majestad» y que «sería provechoso de tomar su parezer que en todo creo será acertado»[14].

De modo que la orden no representaba una caída en desgracia, sino el encargo de una misión muy útil: don Juan estuvo en Génova entre el 29 de abril y el 6 de mayo, y supo esgrimir la amenaza de un bloqueo por las galeras de Doria que, a manera de aviso, se apoderaron de los puertos de La Spezia y Porto Venere. Con la ayuda del secretario del rey, Juan de Idiáquez, pudo apaciguar los ánimos de los contrincantes y salió a Milán, por pensar Felipe II que su presencia en la capital de Lombardía daría que pensar a los franceses.

Desde su residencia en la bonita ciudad de Vigevano, teatro de las antiguas fiestas de los Sforza, don Juan asistió a muchas fiestas y tomó contacto con las figuras políticas de la zona. Se le vio en Milán en las suntuosas fiestas mitológicas concebidas por el bailaor Cesare Negri. En compañía de los padres de su sobrino y amigo Alejandro Farnesio, duques de Parma, presenció el 29 de julio de 1574 el torneo de Piacenza: en honor suyo, delicado homenaje, aparecía a la popa de una galera real una Victoria arrastrando esclavos turcos encadenados. En fin, don Juan lo pasó muy bien, divirtiéndose, sin manifestar mucha preocupación por la suerte de Túnez.

Es cierto, por otra parte, que ni el gobierno de Madrid ni Granvela, muy corto de dinero y tropas, hicieron casi nada para salvar a Túnez de la reconquista por los turcos de Uluch Alí. En cuanto a don Juan, ¿qué podía hacer desde Génova? Cuando por fin consiguió de su hermano un crédito de 100.000 ducados, pudo armar una flota de socorro confiada a Álvaro de Bazán y Gil de Andrade, dos veces impedida de zarpar por el temporal. Pero, en África, donde las obras de las fortificaciones se habían demorado, la resistencia de La Goleta había sido demasiado breve. Cuando don Juan llegaba a Palermo el 31 de agosto de 1574, con la intención de animar a los almirantes, La Goleta ya había capitulado, el 24 del mismo mes. Para el héroe de Lepanto empezaba el tiempo de la amargura.

Capítulo X — La trampa

Felipe II no lloró la pérdida de Túnez. Estaba obsesionado por la suerte de los Países Bajos y por la situación de su Hacienda. De modo que no contestó positivamente al correo de su hermano en el que éste le pedía una audiencia. Al contrario, le contestó con una serie de encargos relativos a la mejora de la Armada, a la recluta de soldados y a una posible expedición contra Bizerta, añadiendo que el interés de la cosa pública superaba el placer de verle.

Aprovechando que eran muy frecuentes los retrasos de los correos, don Juan fingió que no había recibido a tiempo las instrucciones del rey. Así que, en lugar de obedecerlas se presentó en el puerto catalán de Palamós en los últimos días de diciembre de 1574, tras pasar por Génova. Había escrito a Antonio Pérez, en quien había depositado su confianza, para solicitar una entrevista con su hermano, pero temía su acogida. Sin embargo, el rey le recibió sin mostrar malhumor y con cierto cariño. Tal vez pensaba ya Felipe en la necesidad de tratar con miramientos a don Juan, en caso de que fuese preciso destinarle a los graves asuntos de Flandes.

Esta preocupación no fue suficiente para que Felipe diese su consentimiento a la reivindicación repetida de don Juan: su promoción al estatuto de infante de España con el título de alteza. Le contestó que lo pensaría más tarde. En cambio, Felipe no se opuso a la petición de su hermano de concentrar todos los poderes, especialmente militares, en el gobierno de Italia, pues la falta de coordinación y la disolución de la autoridad explicaban el fracaso de Túnez. Sin embargo, Felipe tenía que consultar a sus consejeros; en realidad, escribiría a los virreyes de Nápoles y Sicilia, dándoles instrucciones previas. Felipe II ganaba así tiempo

y preparaba el nombramiento de don Juan para el gobierno tan difícil de los Países Bajos.

Últimas vacaciones

Mientras el rey agobiado por las urgencias de la Hacienda demoraba una contestación precisa a la pretensión de su hermano, éste gozaba de un periodo larguísimo de descanso, las últimas vacaciones de su vida. Lo aprovechó para ir a visitar las obras del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el sueño arquitectónico de Felipe, y para dar una vuelta hasta el monasterio del Abrojo donde se había amparado su madre adoptiva, Magdalena de Ulloa. En el curso de una entrevista con el rey tuvo noticias, poco halagüeñas por cierto, de su madre biológica, Bárbara de Blomberg, a través de una carta enviada por el duque de Alba el año anterior: se trataba, escribía el temible duque, de una mujer «con una cabeza tan dura como un pedazo de madera» de modo que no quedaba otra solución que «secuestrarla y meterla en un convento sin más contemplaciones»[1]. Es probable que esta carta no diera ganas a don Juan de conocer personalmente a la mujer que le había engendrado quien, por su parte, nunca había manifestado interés alguno por conocer a su hijo.

Durante esta estancia en España don Juan se hizo retratar varias veces y es probable que correspondan a es tos meses el cuadro de El Escorial atribuido a Alonso Sánchez Coello, y el anónimo del Museo Naval, en los cuales se ve a los pies del príncipe el león que llevó de Túnez.

Luego, don Juan volvió a Italia en junio de 1575. A Nápoles había llegado el nuevo virrey: era el marqués de Mondéjar con quien don Juan había mantenido en Granada relaciones correctas (al contrario de su conflicto con el marqués de Los Vélez) pero que, ya viejo, aguantaba mal las discrepancias de opinión. El príncipe no podía llenar el tiempo con los toros a pesar de su afición. De modo que resolvió volver a Vigevano a tomar las

aguas, pues padecía dolores de hígado; además, guardaba el mejor recuerdo de su estancia en Lombardía, de su trato con los Farnesios. En esta región del norte de Italia conservaba todo su prestigio, algo perjudicado en Nápoles por sus desmanes amorosos con Ana de Toledo. Fue allí, en Lombardía, donde se topó el 3 de mayo de 1576 con la carta real que le comunicaba la decisión de su hermano: don Luis de Requesens había muerto en su cargo el 5 de marzo de este año y el rey le ordenaba «volar» hasta Flandes para asumir la gobernación de los Países Bajos.

De nuevo don Juan rehusó cumplir la orden. En vez de salir hacia el norte, contestó al rey que no creía ser el hombre adecuado para esta misión. Únicamente la aceptaría por deber, pero con unas condiciones que exponía en un memorándum confiado a su secretario Escobedo: don Juan proponía una política conforme a las tradiciones y usos del país, el empleo de agentes y funcionarios de la tierra de modo exclusivo, un presupuesto que le permitiera llevar su rango adecuadamente. Entraba además en materias muy serias: aludía al papel de Inglaterra, que estaba ayudando a los rebeldes. Por eso, argumentaba, era preciso eliminar la ayuda inglesa. Para lograr este objetivo, convenía entregar la corona del reino inglés a un príncipe aliado de España —evidentemente, don Juan pensaba en él mismo—, mediante un casamiento con María Estuardo, lo que suponía destronar a Isabel.

Don Juan contaba con el apoyo obvio del papa Gregorio XIII, quien desde hacía varios años promocionaba este proyecto. Resultaría fastidioso relatar con pormenores las interminables (y vanas) conversaciones entre Felipe II y los enviados de Gregorio XIII, relativas a una posible empresa inglesa, así que el rey estaba perfectamente al tanto del papel que podría desempeñar su hermano.[2] Las contestaciones del rey a estas propuestas transmitidas por Escobedo se demoran demasiado. Don Juan solicita entonces una entrevista con el rey. Este se la niega. Pero

el príncipe no se doblega. Se embarca en Génova, llega a Barcelona, hace una corta peregrinación a Montserrat y casi obliga a Felipe II a recibirle. El rey sosiega a su hermano, demasiado nervioso; escucha su plan con mucha paciencia y le retiene en el palacio de El Escorial donde don Juan va a permanecer varios días, hasta el 22 de septiembre. Los dos hermanos intercambian ideas, opiniones, proyectos. No hace falta decir que sería sumamente interesante poder conocer el detalle de las charlas. ¡Deseo imposible! Pero parece que al final los dos estaban de acuerdo. Primero era preciso restablecer la paz en los Países Bajos. Sólo entonces se podría pensar en la empresa de Inglaterra a la cual se adhiere Felipe, por lo menos de palabra y después por escrito: en su carta del 8 de noviembre, que don Juan recibía poco después de llegar a Bruselas, el rey aprobaba el casamiento con la reina de Escocia después de ponerla en libertad y en posesión de su reino, condiciones que no resultaban precisamente fáciles de cumplir.

Menos provechosa para don Juan, a la larga, fue su relación con Antonio Pérez, que le hizo demostraciones de amistad y le invitó a su suntuosa «Casilla», llena de obras de arte italianas. De modo que don Juan, aún cándido, y que no se daba cuenta de que Pérez jugaba con dos barajas, creyó honestamente que tenía un amigo sincero, y además consejero influyente del rey. Otras invitaciones, en casa del duque del Infantado en Guadalajara, y de gente allegada al clan de los Éboli, como el mismo Pérez, contribuyeron al engaño de don Juan.

Viaje clandestino

Era preciso preparar el viaje a Flandes. Se hizo correr la noticia de que don Juan iba a tomar la ruta clásica —de Barcelona a Génova y por los Alpes, el Franco Condado—, lo que se llamaba «el camino español». Pero para ganar tiempo, se eligió una ruta secreta, a través de Francia, que realizaría bajo el disfraz de

un criado de Octavio Gonzaga. Fue Magdalena de Ulloa en persona la que le tiñó de negro la barba, el bigote y el pelo rubio de don Juan para darle el aspecto de un morisco; después el príncipe se vistió con un sayo de paño grosero y se calzó botas de cordobán. Antes de salir, el 17 de octubre, escribió don Juan, algo intranquilo, a don García de Toledo: «De mi jornada quiero decir lo poco que el tiempo me permite, remitiendo a otros de quienes se entenderá más largo, cual y como voy, que en sustancia es a Flandes por Francia con los disfraces que puedo llevar, y que después de Dios han de salvarme; pero no voy poco contento de que me dé esto que ofrecer a su servicio, y así voy aun deseando más peligro, y no fatigándome de los nuevos trabajos que emprendo…»[3]. Pasando por Irún la frontera del Pirineo, llegó a Burdeos ya cansado, porque una lluvia continua había despertado unos viejos dolores de reúmas debidos a tantas campañas en tan pocos años. Desde Burdeos viajaron Octavio y don Juan en compañía de un mercader francés; don Juan interpretó con buen humor y alegre ironía el papel de mozo de cuerda. Sin embargo, se desprende de sus cartas que al príncipe no le gustaron precisamente las incómodas posadas en las que se alojaron a lo largo del camino: estaba acostumbrado a otro trato. En París se hospedó en otro albergue de baja categoría, en la calle de San Antonio, por su proximidad a la embajada de España, que se fue a visitar de noche, siempre disfrazado, para conversar con el embajador, Diego de Zúñiga.

Así las cosas, resulta muy poco verosímil la anécdota contada por Brantóme según la cual don Juan asistió a un baile en el Louvre, y hasta consiguió seducir a la reina Margarita de Navarra que presidía la fiesta. ¡Cosas de Brantóme![4] Don Juan temía tanto ser descubierto, que salió de madrugada de París, el 31 de octubre, rumbo hacia Metz. Lo cierto (o casi) es que paró en el castillo de Joinville para entrevistarse con el duque de Guise. Este último no era sólo el jefe del partido católico, relación im-

prescindible para el futuro gobernador, sino también primo de María Estuardo. Este parentesco era de mucho interés para don Juan, teniendo en cuenta sus ambiciones inglesas y su sueño matrimonial.

Por fin, el 3 de noviembre de 1576, se acabó en la ciudadela de Luxemburgo la cabalgada en la que en menos de quince días atravesó Castilla, el País Vasco y Francia. Más agotadora y a la postre mortal resultaría su estancia en los Países Bajos, adonde llegaba en el peor momento, a pesar de la extraordinaria rapidez de su viaje.

El avispero flamenco

El 2 de noviembre, en vísperas de la llegada de don Juan, sucedió un acontecimiento dramático, de consecuencias gravísimas. Las tropas españolas —en realidad también alemanas, italianas, valonas, etc…—, exasperadas por el retraso de su paga (¡a ciertos soldados se les debía hasta seis años!), se habían amotinado y habían saqueado de arriba abajo la gran y rica ciudad de Amberes. Tal desastre era previsible. Ya el 21 de junio de 1576, después de la toma de Zierikzie, en Zelanda, donde las tropas habían cumplido perfectamente con su deber, se habían amotinado, pues a muchos se les debía cuarenta meses de paga. Luego, el 25 de julio, habían tomado por sorpresa y saqueado la ciudad flamenca de Alost.[5] Pero en Amberes se llegó al paroxismo. Las tropas de la monarquía hispánica destruyeron más de mil casas, mataron a siete u ocho mil personas, hombres y mujeres, cometieron toda clase de atrocidades, violaciones, etc. No perdonaron a nadie, ni siquiera a los frailes o a las religiosas de los conventos, que saquearon igual que si se hubiera tratado de mezquitas o templos de hugonotes.

En el momento preciso en que llega don Juan a Luxemburgo, el resultado es catastrófico. El pillaje y la destrucción de Amberes han cambiado la actitud de las provincias católicas, horrori-

zadas, que se conciertan con las protestantes y en muy pocos días llegan a una alianza firmada el 8 de noviembre, la llamada «Pacificación de Gante». Todas las provincias, menos Luxemburgo y Limburgo, exigen la salida de las tropas españolas, la abolición de los edictos represivos promulgados desde los tiempos del duque de Alba y la reunión de los Estados Generales.

Lo peor para don Juan es que el rey le había dado precisamente instrucciones conformes a las reivindicaciones de los flamencos, con la misión de leerlas ante los diputados de los Estados Generales: promesa de restablecer las antiguas «libertades», de suprimir el Tribunal de los Tumultos, y anuncio de una amnistía general, excluyendo únicamente de ella a Guillermo de Orange. Pero en vez de presentarse como el «príncipe de la paz», de dar pruebas de la libre voluntad pacificadora de su rey, don Juan, si confirmara la «Pacificación de Gante», lo que parecía difícil de evitar, daría la impresión, muy humillante para un nuevo gobernador, de ceder en todo y de aceptar todas las exigencias del adversario.

En efecto, en cuanto fueron informados de la llegada de don Juan a Luxemburgo, los Estados Generales le envían diputados que formulan condiciones, inspiradas por Guillermo de Orange, que van más allá de las instrucciones de Felipe II, y que están catalogadas en dieciocho artículos. Hasta el punto de que don Juan, harto del juego diplomático en el cual no se encuentra a sus anchas, pide en vano al rey que le conceda de nuevo el mando de la Armada del Mediterráneo.

La situación en la que se encuentra don Juan es la consecuencia de la imposibilidad del Tesoro español de pagar el costo del control de la rebelión de los Países Bajos. Basta con fijarse en el cuadro comparativo entre los gastos de la flota del Mediterráneo y del ejército de Flandes de 1571 a 1577, publicado por Geoffrey Parker. Cuando se gastan unos 7 millones de ducados en el

Mediterráneo, el costo del ejército de Flandes sube a casi 12 millones (11.692.000, exactamente). En los tres años 1573-75 la sima sin fondo de la guerra de Flandes consumió la suma ingente de 8.068.000 ducados y fue la mayor responsable de la quiebra de la Hacienda en 1575. A su vez, esta quiebra provocó la reducción drástica del esfuerzo de guerra que se limitó en 1576 a 872.000 ducados y a 857.000 en 1577. Ya que las transferencias de fondos y el sistema de pagos funcionaban mal, las pagas se demoraron tanto que, según acabamos de ver, se multiplicaron los motines en el año 1576, antes de la catástrofe de Amberes.[6] No cabe duda: don Juan se da cuenta de que ha caído en una trampa, que se le asigna una «misión imposible», expresión empleada por muchos autores. El príncipe, que, por otra parte, desconocía el país, tan distinto de Italia, donde nunca tuvo ni mando ni responsabilidad, da cuenta de la situación a su amigo Rodrigo de Mendoza: «Llegué a este lugar el 3 de este mes y encontré las peores noticias posibles de estas provincias, pues solamente esta donde estoy [Luxemburgo] y Frisa, a cargo de Robles, puede decirse que no están en rebelión. El resto están coaligadas y alzando tropas y buscando ayuda exterior contra los españoles, y haciendo y derogando leyes a su propia manera, haciendo todas estas cosas en nombre y de parte del Rey, cuyo nombre es usado para admitir a Orange dentro de Bruselas y arreglándole allí una casa…»[7]. Don Juan podía añadir que las deserciones habían disminuido de manera drástica el número de soldados del ejército.

Por si fuera poco don Juan tuvo que aguantar las agresiones verbales y los insultos de su insoportable madre biológica, Bárbara de Blomberg. Cuando esta señora supo que estaba su hijo de gobernador en el país no perdió un minuto. No fue un encuentro conmovedor, con lágrimas y ternura. No se trataba para esta madre de conocer por fin a un hijo convertido en héroe de la Europa cristiana y tan mimado por las mujeres. Sólo pensaba

sacar el máximo provecho de la situación, reivindicando a gritos un fuerte aumento de la pensión que le giraba el rey y exigiendo la puesta en libertad de su amante Standen, encarcelado por Requesens. Don Juan pudo darse cuenta de que el duque de Alba no había exagerado. Le informaron además de que la casa de su madre, a pesar de las medidas tomadas por el duque, se había tornado casi un burdel.[8] Bárbara no dudó en proclamar a todos, para mayor vergüenza del príncipe, que don Juan se engañaba, que no le había engendrado con el emperador, que ella misma no sabía quién era su padre. Por suerte para don Juan, Bárbara no podía borrar con sus gritos el parecido físico evidente entre su hijo y el emperador. Pero el precio del silencio fue alto, aunque con un resultado positivo: la conformidad de la mujer a su salida para España.

Las negociaciones con los rebeldes fueron duras, muy difíciles para don Juan que estuvo a punto de romperlas. El colmo para él fue la nueva exigencia del príncipe de Orange, es decir la salida de las tropas españolas por tierra y no por mar: el proyecto secreto de don Juan, que se había discutido con Antonio Pérez, e incluso con el rey, era aprovechar la coyuntura de la evacuación para desembarcar en Inglaterra, donde Isabel carecía de tropas y generales con experiencia. No era del todo una locura, pues no hemos de olvidar que, en los años 1570-72, Isabel tuvo que enfrentarse a las sublevaciones de la soberbia nobleza del norte de Inglaterra, de Charles Neville, Thomas Percy, Lord Dacre y de sus gentes, y las había superado con dificultad. El desembarco podía desencadenar otra sublevación en favor de María Estuardo que conservaba a sus seguidores, aunque fuera prisionera de Isabel I en Shrewsbury.

De esta forma, los rebeldes de Holanda y Zelanda perderían la ayuda casi permanente que recibían de Inglaterra. En marzo de 1575, el nuncio de Gregorio XIII había presentado por segunda vez a Felipe II un memorándum que ponía énfasis en las

ventajas de la empresa inglesa y el embajador de Felipe II en Roma, don Juan de Zúñiga la consideraba oportuna. En la curia pontifical prevalecía la idea de que María, heredera legítima de la Corona inglesa según el Papa, se casaría gustosa con don Juan.

No hace falta entrar en el detalle de las innumerables manipulaciones e intrigas, a veces de poca sustancia, a que dieron lugar las perspectivas de la conquista de Inglaterra. Sólo observaremos que el proyecto de la mal llamada «Armada Invencible» de 1588 se fundaba también en un desembarco del ejército estacionado en Flandes, y que, de haber tenido Felipe II la plata necesaria en sus arcas, las condiciones hubieran sido mucho más favorables en 1577 que en 1588.

Pero esta gran esperanza de don Juan de hacerse con la Corona de Inglaterra, causa principal de su aceptación del gobierno de Flandes, se esfumaba si el instrumento de la conquista de la isla se despedía de los Países Bajos por vía terrestre. Esto explica la repugnancia de don Juan a firmar el texto que confirmaba la «Pacificación de Gante» que finalmente consintió el 13 de febrero de 1577: es el también mal llamado «Edicto Perpetuo». Preveía la salida de todas las tropas españolas en un plazo de 40 días; los Estados Generales pagarían la paga atrasada de los soldados y parte de los gastos de la evacuación. En cambio, los Estados Generales reconocerían a don Juan como gobernador general y se obligaban a garantizar en todas las provincias el libre ejercicio del culto católico y a romper las ligas que tuvieran con aliados extranjeros.

Don Juan, que solicitó en vano de su hermano el permiso de salir de los Países Bajos al mando del ejército, no esconde su amargura en otra carta a don García de Toledo, fechada del 21 de febrero, ocho días después de firmar el edicto. Empieza por escribir que se remite a la relación confiada a Juan de Soto «del

estado en que queda lo de acá, que por gracia de Dios es mejor que nunca pensé, según estaba todo en el extremo: a él sean las gracias que me ha dado paciencia para sufrir lo que parece imposible a hombre humano, por reducir esta ciega gente a salir de la pasión que tan endurecidos tenía sus ánimos contra su propia quietud…». Pero más lejos, añade de propio puño: «Algunas condiciones de esta paz han de parecer duras, y a mí me parecen durísimas; pero por salvar religión y la obediencia, cuando esto y los estados estaban perdidos, fuerza ha sido pasar de presente por ellas, haciendo caso de todo como hallado acaso. Lo demás irá el tiempo dando cada día, que agora no es poco lo que nos ha dado por gracia de Dios»[9]. Esta decepción de don Juan, el naufragio provisional de su sueño inglés (luego renacería) explican también la insistencia de don Juan acerca de Felipe II, auxiliada por Escobedo, para lograr el permiso de volver a España. Don Juan fomenta incluso la ilusión de entrar en el Consejo donde se vería muy bien, junto a Antonio Pérez, para orientar la política española. Expresa esta ilusión una carta de Escobedo a Pérez, fechada el 7 de febrero de 1577, en la que escribe el secretario de don Juan: «y porque el Príncipe nuestro señor es niño [se trata del futuro Felipe III], convendría que él [Rey] tuviera en quien descargar; y que haviendo visto con la sagacidad, prudencia y cordura con que Su Alteza [es decir don Juan] gobierna en estos negocios, parece que es sujeto en quien cabe este lugar; y que, como dice la Escritura, fue Dios servido por su cristiandad de dársele para báculo de su vejez»[10]. Tal carta era sumamente imprudente: en manos de Antonio Pérez constituía una bomba de retardo y sólo se puede explicar por la confianza ciega, hasta la fecha, de Escobedo (cuya carrera había sido promocionada por Pérez) y don Juan en el intrigante secretario del rey.

De todos modos, resulta obvio que la entrada solemne, el 1 de mayo, de don Juan en Bruselas, flanqueado por el nuncio de

la Santa Sede y por el obispo de Leyden, en la cual no faltaban los arcos de triunfo ni las representaciones alegóricas que celebraban sus victorias sobre los turcos, y calificada de «triunfal» por ciertos historiadores, llevaba consigo un sabor amargo, sobre todo cuando se sabe que don Juan tuvo que prestar, antes, el juramento de observar las leyes y privilegios de los Países Bajos.

A pesar de sus íntimas convicciones, y después de la ratificación del Edicto por Felipe II el 7 de abril, don Juan cumplió escrupulosamente con sus obligaciones. Hizo más: apuntando que los Estados Generales tardaban en entregar el dinero preciso para financiar la evacuación del ejército, consiguió créditos de los banqueros de tal suerte que, el 21 abril de 1577, empezó la retirada de 30.000 hombres con todo su equipaje, y también de sus mujeres. Dio muestras evidentes de su buena voluntad asistiendo a fiestas tradicionales y participando en concursos populares.

Pero Guillermo de Orange seguía en una actitud de hostilidad abierta. Hasta fomentó una conjura, que fracasó, para apoderarse de la persona de don Juan. Por fin, Guillermo y los suyos se negaron a la aplicación del Edicto Perpetuo en Holanda y Zelanda, en lo que tocaba a la libertad del culto católico. La intolerancia no era una actitud unilateral, al contrario de lo que sugieren ciertos análisis. Y, pese a esta infracción descarada del Edicto, los Estados Generales pretendían exigir que don Juan despidiera a los dos regimientos alemanes que le servían de guardia personal. Convencido ya de que la voluntad de paz no estaba compartida por Orange y los suyos, don Juan envió, el 10 de julio, a su secretario Juan de Escobedo a Madrid para hacer al rey la relación de lo sucedido y se apoderó con sus regimientos de la fortaleza de Namur. Esta salida de Escobedo iba a ser un hecho decisivo.

Nuevos datos: Antonio Pérez y el equívoco con Felipe II

Don Juan no podía sospechar que la estrategia de Antonio Pérez hubiera cambiado. En años y meses anteriores tuvo varias oportunidades de intercambiar con Pérez opiniones favorables a la empresa de la conquista inglesa y no dudaba de que el secretario del rey siguiera con las mismas intenciones, lo que explica la ingenuidad con la cual don Juan y Escobedo exponían sus proyectos en sus cartas a Pérez. Acabamos de verlo. Más aún, don Juan había autorizado a Antonio Pérez a modificar párrafos o frases de estas cartas antes de enseñárselas al rey, si le parecía conveniente. Otra vez el príncipe imprudente, ya que Pérez aprovechó, y sin moderación, el permiso. Pero el doble juego de Pérez no basta para explicar las decepciones de don Juan en los Países Bajos, a pesar de no pocas victorias, y las medias vueltas del rey en su política flamenca.

Realmente se trata de una situación muy compleja y fluctuante. Hemos de tomar en cuenta varios parámetros.

—La situación de la Hacienda española mejoró mucho a partir de 1577. Por una parte, Felipe II obtuvo de las Cortes del reino de Castilla un crecimiento muy fuerte de las alcabalas, el impuesto que más ingresos proporcionaba, ya que su producto pasó de menos de 1.300.000 ducados a más del doble después de 1575.[11] Por otra parte, el auge de la producción de plata de Potosí a partir de la organización planteada por el virrey Francisco de Toledo, genera una subida impresionante del quinto real, cuyo primer efecto espectacular se nota en la flota llegada a Sevilla el 18 de agosto de 1577 con más de 2 millones de ducados sólo para el rey.[12] Los informes recibidos por los banqueros del Perú les persuadían de que las remesas crecerían aún más en los años venideros, de modo que la situación creada por la quiebra de 1575 fue saneada y un nuevo empréstito importante, a pagar

en Italia en los años 1578-79, fue otorgado al rey. Es decir, que Felipe II estaba ahora en condiciones de contestar militarmente a las provocaciones de Guillermo de Orange. Escobedo, que estaba aún en la corte, fue informado antes que don Juan del desahogo de la Hacienda real y desempolvó inmediatamente el proyecto de invasión de Inglaterra, que requería dinero para don Juan.

—La toma de Namur y un intento fracasado de apoderarse de Amberes habían cambiado la realidad política en los Países Bajos. Varias plazas fuertes se incorporaron al partido del príncipe de Orange. Mientras, don Juan pedía a su hermano el 10 de agosto la vuelta de los Tercios, ya que el Edicto Perpetuo estaba hecho jirones. Los diputados católicos de los Estados y algunos señores (como el duque de Aerschot) que no se fiaban mucho del de Orange llamaron al archiduque Matías, hijo del difunto emperador Maximiliano II, sobrino de Felipe II. Este mancebo de 20 años, poco inteligente y cándido, llegó el 20 de octubre. El 10 de diciembre, los Estados destituyeron a don Juan y el 20 de enero de 1578 proclamaron a Matías gobernador de los Países Bajos en nombre de Felipe II, pero con Guillermo de Orange de consejero mayor. Obviamente, Matías era un títere en manos del príncipe de Orange.

—A principios de enero de 1578, los regimientos españoles de élite están de vuelta en Luxemburgo con Alejandro Farnesio, primo y amigo querido de don Juan, cuyo genio militar resplandece de entrada en la batalla de Gembloux del 31 de enero. Es una victoria total, que deja sin tropas a los Estados. Don Juan puede esgrimir triunfalmente la bandera en la cual está bordada una cruz con la inscripción: *«In hoc signo vici turcos; in hoc signo vincam haereticos»*. ¡Más efemérides brillantes en el historial de don Juan! El príncipe de Parma y el vencedor de Lepanto explotan hábilmente la victoria de Gembloux: en pocas semanas se apoderan de todas las plazas del sur de los Estados: Diest, Si-

chem, Nivelles, Philippeville, Lovaina, Tillemont, Landen. Otra circunstancia favorable es el antagonismo, cada día más tajante, que opone a los católicos y a los calvinistas, cuya intolerancia expresada por el furor iconoclasta recuerda las ultranzas católicas de los tiempos del duque de Alba.

—La firma de varias treguas entre Felipe II y el sultán, preparadas en 1577 por las misiones de Martín de Acuña y de Giovanni Margliani y que dieron fruto ya el 18 de marzo de 1577, luego el 7 de febrero de 1578, ponía fuera de peligro grave el Mediterráneo cristiano, lo que suponía ahorros en esta zona. Don Juan, que intercambió una larga correspondencia con don García de Toledo, residente en Nápoles, y que había entablado él mismo negociaciones de paz con el sultán cuando puso en libertad al hijo de Alí Bajá en 1573, estaba al tanto de esta nueva situación.[13]

—El 4 de agosto de 1578, el rey de Portugal, don Sebastián, fue vencido y pereció con todo su ejército en la batalla de Alcazarquivir (o Ksar-el-Kebir) en Marruecos, llamada «la batalla de los tres Reyes». La muerte de don Sebastián abría la sucesión de Portugal, pues el único representante que quedaba de la dinastía de Avis era el tío-abuelo de Sebastián, el cardenal Henrique, de 66 años de edad y enfermo. Así que Felipe II, tío de Sebastián, sería el sucesor legítimo de Henrique. Por eso, a partir de agosto de 1578, Portugal se tornó el objetivo privilegiado de Felipe II y Flandes se volvió un objetivo accesorio.

Así quedan las cosas claras: la coyuntura favorable a una invasión de Inglaterra se sitúa entre la victoria de Gembloux y la muerte de don Sebastián, digamos entre principios de febrero y fin de julio de 1578. Es muy lógico que don Juan haya insistido entonces, y sin dilación, a su hermano con el fin de conseguir la ayuda financiera precisa y el apoyo logístico para organizar la empresa de Inglaterra: su carta del 6 de febrero a Felipe II, en la

cual pide también que se le devuelva su secretario Escobedo, que estaba en Madrid desde el verano de 1577, corresponde perfectamente a esta situación. Don Juan se sorprende de no recibir ningún mensaje positivo de su secretario y, con lógica impaciencia, despacha al rey a uno de sus consejeros, Alonso de Sotomayor. Éste, aunque tiene relación de parentesco con Antonio Pérez, se comporta con lealtad y expone a Felipe II el objeto de su misión, a saber, los contactos de don Juan con Henri de Guise.

Asesinato de Escobedo. La espera de la muerte

En vez de recibir de su hermano instrucciones para preparar la invasión, a don Juan le llegan primero unas cartas en que el rey le pide que realice todas las gestiones posibles para llegar a una paz duradera, lo que desespera a don Juan porque entiende que su hermano no concede ningún crédito a sus proyectos y, al fin y al cabo, no se fía de él. Pero lo peor estaba por venir: a finales de abril se entera del asesinato de su secretario, el fiel Escobedo. Para don Juan es el golpe final. Empieza a entender que pasaban desde hacía meses cosas raras en la corte.

Pero ¿qué había sucedido en realidad? A pesar de las investigaciones de muchos historiadores, entre las cuales destacan las del doctor Marañón, no está nada claro. Lo que queda fuera de duda es la doblez, la perversidad de Antonio Pérez, perito en artimañas, manejos y manoseos de todas clases, y dispuesto a usar el arma de la corrupción cada vez que fuera útil. Podemos proponer el esquema siguiente.

—Antonio Pérez y la princesa de Éboli han organizado, después de la muerte de Ruy Gómez de Silva (1573), una red de espías y de agentes dobles cuyas relaciones se extienden probablemente a los rebeldes flamencos, a los hugonotes franceses y a ciertos agentes ingleses. Según el doctor Marañón, están probados «los tratos secretos con los rebeldes de Flandes» de Antonio

Pérez y de la princesa de Éboli, como resultado de un desvío de la política de paz, flamenquista si se quiere, pero abierta y leal, propugnada por el clan Éboli contra la política de guerra del clan del duque de Alba. Después de la muerte de Ruy Gómez de Silva en 1573, Pérez empieza a obrar por su cuenta: el traidor es él.[14]

—Por eso a Pérez no le interesa nada que don Juan vuelva a Madrid y entre en el Consejo. Sabe que, aunque ambicioso y deseoso de gloria, el príncipe es leal para con su hermano y su presencia estorbaría las maniobras de Pérez. Para arruinar el crédito de don Juan y suscitar el recelo de Felipe II, Pérez provoca las imprudentes manifestaciones de don Juan, relativas a sus ambiciones en la empresa inglesa, así como las alusiones, más peligrosas por su carga psicológica, al cansancio del rey, sus canas, su vejez anticipada, y por si fuera poco, manipula las cartas y su contenido. Esto sería demostrado después de la muerte de don Juan, cuando llegaron papeles de su archivo a Madrid, que confirmaron las acusaciones de Mateo Vázquez de Leca.

—La presencia de Juan de Escobedo en la corte complica y facilita a la vez el juego de Pérez. Lo complica, porque Escobedo no tarda mucho en descubrir que la supuesta amistad de Pérez para con él y su príncipe es todo un entramado hipócrita de mentiras, sugerencias peligrosas al rey, maniobras para que don Juan perdiera prestigio ante Felipe. La inmensa mayoría de los historiadores, entre ellos Forneron o Marañón, afirman también que Escobedo sorprendió *in fraganti* los amores de la Éboli con Pérez, y que amenazó con revelárselos al rey. Para garantizar su seguridad, Pérez no tenía más remedio que eliminar físicamente a Escobedo. Escrúpulos de moral no tenía, ni sospecha. Pero su mejor jugada fue conseguir el asentimiento, al menos tácito, de Felipe II, por la consabida razón de Estado.

Y la presencia de Escobedo facilita el juego de Pérez. El secretario de don Juan es un hombre directo, algo brusco, que se vanagloria con facilidad de sus acciones y que pronto se hace insoportable al rey. Prodiga en exceso sus alabanzas a don Juan, hasta fatigar al rey. Pretende también, como premio a sus servicios, lograr del monarca una encomienda de una orden militar, pues las ambiciones personales no le faltan a Escobedo.[15] Todo esto no hubiera jamás inducido al rey, bastante escrupuloso, a consentir la muerte de Escobedo. Pero mezclando mentiras, cartas auténticas y documentos falseados o transformados, Pérez logró persuadir al rey de que don Juan era el instrumento ciego de su secretario, y que este último intentaba llevar al príncipe por los caminos de la traición. Suprema astucia: Antonio Pérez no pretendía que don Juan hubiera sucumbido a la tentación. Pero era un riesgo y por eso no había que consentir los recursos extraordinarios que solicitaba don Juan con motivo de la conquista de Inglaterra, puesto que no se podía prever lo que podría hacer en caso de triunfo. En cambio, el interés público exigía la muerte de Escobedo. Todo sugiere que Felipe II dejó hacer, quizá después de consultar con su confesor.[16]

Las circunstancias del asesinato son bien conocidas: dos intentos de envenenamiento, frustrados por la robusta constitución de Escobedo. Luego, un contrato: seis truhanes y asesinos, entre ellos Insausti que dio la estocada a Escobedo. Una buena paga y una fuga inmediata hasta Italia, organizada por Pérez. Este no dudaría, tras el crimen, en escribir una carta amable y lisonjera a don Juan, obra maestra de hipocresía. Pero estaba ya al lado de Felipe II Mateo Vázquez de Leca, un personaje al que Antonio Pérez no logró engañar; ya en el primer capítulo de esta obra aludimos a él y a su papel en las revelaciones de la duplicidad de Antonio Pérez.

Para don Juan había muerto la esperanza. Aún escaparía a un atentado contra su persona, intentado por Radcliffe, hermano

bastardo del conde de Sussex, al que pagaban Isabel de Inglaterra y Guillermo de Orange, del que salvó gracias al retrato del mismo asesino enviado por el embajador en Inglaterra, Mendoza, que demostraba así la eficacia de su red de espías. A Radcliffe le detuvieron en el campamento de Tirlemont, cuando se disponía a apuñalar a don Juan. Fue procesado, condenado a muerte y descuartizado.

Pero la enfermedad pudo más que los asesinos. Don Juan padeció varios ataques de fiebre durante el verano de 1578. No conviene volver al relato de la muerte y de los funerales de don Juan que, de modo tal vez paradójico, fueron materia del primer capítulo de este libro. Lo cierto es que don Juan dio, al final, una soberbia lección de «bien morir», tan importante en la vieja España. Así, el mismo príncipe abría las puertas a la mitificación lógica de un héroe de leyenda.

Capítulo XI — Don Juan, mitificado

El último biógrafo de don Juan, José Antonio Vaca de Osma, ofreció al final de su obra un Florilegio de don Juan de Austria que pone de manifiesto la admiración casi unánime de la que gozó en su tiempo (hasta ser «el hombre más admirado de Europa», según el doctor Marañón), sólo superada por los cronistas del siglo siguiente que no dudan en manejar superlativos e hipérboles a la manera de Lorenzo Vanderhammen y del padre Ossorio, el más excesivo, para quien don Juan, «disfrutando de más larga vida hubiera dejado atrás la gloria de su padre y (…) de Alejandro»[1]. ¡Nada menos! No tiene desperdicio el entusiasmo del jesuita. Veamos: «Limpio de sangre, aun de los culpables, moderado en los placeres (aquí surge la absolución para los desmanes amorosos que en algún momento no fueron tan moderados), asequible a los compañeros, tratable con los enemigos, era superior a Alejandro no sólo en la brillantez de las campañas, sino todavía más después de las victorias»[2].

Entre los historiadores del siglo XX no faltan quienes consideran exageradas las alabanzas otorgadas a don Juan. El propio Gregorio Marañón escribió: «Don Juan no era, sin duda, un genio de la política ni de la táctica guerrera. (…) No era, sin duda, muy inteligente, ni sus bríos espectaculares se asentaban sobre un carácter formado y tenaz». Antes de proponer a nuestros lectores una apreciación del personaje, cuya validez, evidentemente, quedaría puesta en tela de juicio, nosotros queremos subrayar un hecho esencial: la fama de don Juan, la admiración que le dedicaron sus coetáneos, fue un fenómeno repentino, súbito, resultado de una hazaña única: la victoria de Lepanto.

Antes de Lepanto, el hijo natural de Carlos V dejó ver indudable valor, dotes estratégicas certeras, temperamento de jefe. En fin, un porvenir prometedor. Pero, la guerra de Las Alpuja-

rras no era un banco de prueba suficiente para merecer un reconocimiento internacional. Después de la victoria del 7 de octubre de 1571, para muchos inesperada, don Juan no hizo nada excepcional: la campaña naval de 1572 no dio lugar a encuentros sobresalientes y la toma de Túnez, entonces mal defendida, no fue una proeza. En los Países Bajos, la gran victoria lograda bajo el gobierno de don Juan, la de Gembloux, fue debida a una genialidad de Alejandro Farnesio. Por otra parte, por culpa de Antonio Pérez y de sus falsificaciones, don Juan no pudo conseguir los medios precisos, militares y financieros, para llevar a cabo su proyecto de invasión de Inglaterra. Tengamos en cuenta que en otras ocasiones no le dejó Felipe II las riendas sueltas.

De modo que su desaparición brutal en plena juventud le deja el beneficio de la duda. ¿Cuál hubiera sido el destino de don Juan, «disfrutando de una vida más larga»? Aprovechan esta duda sus incondicionales para toda clase de extrapolaciones.

Lo cierto es lo siguiente. La victoria de Lepanto produjo una explosión de imágenes de toda índole que exaltaron la figura de don Juan, casi siempre asociada a su hazaña, lo vamos a demostrar. Años más tarde vendrían algunos textos esenciales, frutos maduros de Lepanto. Aún vivo, el vencedor de la Santa Liga fue mitificado. Y la posteridad ratificaría la reacción entusiasta de los coetáneos, haciendo difícil el juicio sereno de la Historia.

Del bronce al lienzo

No voy a pretender que los pintores retrataran a don Juan sólo a raíz de la famosa batalla. Formaba parte, aunque bastardo, de la familia real y se le retrató joven como se hizo con su compañero de estudios en Alcalá, otro príncipe, Alejandro Farnesio (por ejemplo los dos óleos sobre lienzo de Alonso Sánchez Coello que se encuentran en la Gallería Nazionale de Parma y en el Meadows Museum de Dallas). El espléndido cuadro de las Descalzas Reales, pintado en 1565, a los dieciocho años de don

Juan, por el mismo Alonso Sánchez Coello, que presenta al príncipe de más de medio cuerpo, con lujosa armadura, banda de general, el bastón de mando en la mano derecha y la espada en el puño de la izquierda, no es más que un retrato de tipo cortesano sin ninguna connotación realista. Al fin y al cabo Alonso Sánchez Coello era uno de los pintores favoritos de la corte: hizo varios retratos de don Juan, que a la sazón no había mandado ningún ejército. Este fue regalado por Felipe II a su hermana Juana cuando entró en las Descalzas.[3] Otro de la misma época y de cuerpo entero, que representa al adolescente cortesano, forma parte de una colección particular de Madrid.[4]

Bien. Ahora vamos a Mesina. En la Vía Vittorio Emmanuele, frente al portal central de la iglesia de la Santa Annunziata dei Catalani, se alza la estatua colosal de don Juan, en bronce, con bajos relieves del mismo metal. Su tamaño supera con mucho las proporciones de la naturaleza (más de dos veces). El héroe está representado en armadura y ostenta el precioso collar del Toisón de Oro y el triple bastón de generalísimo de la Liga. ¿Cuándo se erigió esta estatua? En 1572, es decir, un año después de la victoria. ¿Cómo pudo realizarse? Gracias a una suscripción pública que cubrió los gastos y los honorarios del escultor, Andrea Calamecca. En el pedestal sigue legible la inscripción latina que describe la batalla con pormenores (así el lugar geográfico, el número de naves de que disponían los dos contrincantes, el número de los esclavos libertados, etc…). A través del *Coloso de Mesina*, don Juan de Austria, a los veinticinco años de su vida, entraba ya en el desfile monumental de los varones ilustres.

Es curioso apuntar que la última imagen esculpida de don Juan se refiere, como la primera, a Lepanto. Es el *Don Juan yacente* que se puede ver *en* la tercera tumba del Panteón de los Infantes de San Lorenzo de El Escorial, dedicado a los infantes, príncipes, regentes y reinas fallecidas sin sucesión, complemento

tardío del palacio pues fue edificado entre 1862 y 1888. La obra está tallada en mármol de Carrara, de la mano de Giuseppe Galleoti, escultor del siglo XIX, según un molde de Ponzano. El cuerpo de don Juan yace en la tumba, puesto en su armadura, con la banda de general, y sujeta un estoque entre sus manos.[5] Sin embargo no creo que el estoque del yacente sea la reproducción en mármol del estoque pontificio regalado a don Juan por el papa Pío V Ghisleri (1566-72), que se encuentra actualmente en el Museo Naval de Madrid después de un historial complicado y muy movido. No sabemos dónde fue a parar después de la muerte de don Juan. En el siglo XVII estaría colocado en el sepulcro de Gregorio López Madera, protomédico general de la Santa Liga, en el santuario madrileño de Nuestra Señora de Atocha, por un hijo suyo. Más tarde ingresó en el tesoro de la catedral de Toledo donde se sumó a otros trofeos de la batalla de Lepanto adquiridos por la Real Armería en la almoneda de los bienes de don Juan. En 1868 fue incautado y gracias a las gestiones del ministro de Marina, Juan Bautista Topete, pasó a las colecciones del Museo Naval.

Lo importante en nuestro asunto es que los papas obsequiaban a los príncipes que se habían destacado por su defensa de la religión cristiana y de la Iglesia católica con estos estoques bendecidos en Roma el día de Navidad en el curso de una ceremonia solemne. El estoque simboliza la potencia infinita de Dios depositada en Cristo y delegada en su vicario en la tierra, es decir el Papa. En la inscripción se lee *PIUS. V. PONT. MAX. ANNO. III,* a saber, el tercer año del pontificado de Pío V, que corresponde al año 1568, esto es, tres años antes de Lepanto. Pero ocurría frecuentemente que las espadas bendecidas fuesen enviadas años más tarde. Así, un estoque consagrado por Paulo III Farnesio en 1547 fue enviado al príncipe Felipe (futuro Felipe II) en 1550. De modo que los críticos coinciden en pensar que este estoque fue entregado a don Juan con motivo de la vic-

toria de Lepanto. Regalo evidentemente excepcional, como fue también la Rosa de Oro concedida por el papa Gregorio XIII en 1574 al mismo don Juan.[6] En los años siguientes se multiplicaron los retratos de don Juan. Alonso Sánchez Coello hizo uno en 1571, con otros de caballeros, príncipes y reyes, para el coleccionista sevillano Gonzalo Argote de Molina, en armadura para ser «de más hermosura vista» y subrayar su actuación en Lepanto. De la misma época parece ser, por los rasgos de la cara, el anónimo, óleo sobre tabla de 65 × 60 centímetros, que formaba parte de la colección del duque de Frías en el palacio santanderino de Soñanes. Es un retrato de perfil y de medio cuerpo que lleva una inscripción en letras mayúsculas, *DON JOHAN DAUSTRICE*, como se suele usar en galerías de reyes o ilustres caballeros. Este título sugiere que el artista podría ser flamenco. Aunque el retratado viste un lujoso jubón, su condición militar es refrendada por la gorguera de hierro, la banda de general y el bastón de mando.[7] Posterior sería otro retrato de mano probable de Alonso Sánchez Coello, al que aludimos en el capítulo anterior y que es el *Don Juan con el león.*

En el Kuntshistorische Museum de Viena se encuentra otro retrato de medio cuerpo que representa a don Juan con arnés y brazal, cuyo autor desconocemos, y que fue entregado al archiduque Fernando II, a petición suya, por Octavio Gonzaga, ejecutor testamentario de don Juan, junto con la armadura del príncipe. Este óleo sobre lienzo sirvió de modelo a otro retrato de la colección de Fernando II que se encuentra hoy en el mismo museo (los números de inventario son 4.459 y 4.685). Se considera que estos retratos fueron usados de modelo para la figura de don Juan por el artista italiano anónimo que ejecutó, hacia 1575, el gran óleo sobre lienzo (200 × 260 centímetros) del mismo Kuntshistorische Museum de Viena, llamado *Los tres vencedores de Lepanto*, con don Juan a la izquierda, Marcantonio Colonna en el centro y Sebastián Veniero a la derecha, y la bata-

lla naval de Lepanto al fondo, inspirada en un cuadro pintado por Tintoretto para el Senado veneciano entre 1572 y 1573 y desaparecido en un incendio. El retrato de Veniero tuvo también por modelo un cuadro de Tintoretto. No sabemos cuál fue el modelo del de Colonna. Don Juan de cuerpo entero, apoyado en una lanza, tiene el bastón de mando en la izquierda. Viste una media armadura ligera que cruza la banda de general pero su figura es muy poco expresiva.[8] Acabamos de ver que existen varios retratos de don Juan de autores desconocidos. Podríamos citar otros muchos, algunos de gran calidad, como el anónimo de la colección de los duques de Alba en el palacio de Liria o el anónimo del museo francés de Versallcs.

Entre las representaciones hay que aludir a los grabados, muy numerosos. Se trata a veces de series en las cuales aparecen también Marcantonio Colonna, Sebastián Veniero, Álvaro de Bazán, Juan Andrea Doria, Luis de Requesens… Las figuras de los héroes están rodeadas de trofeos de victoria, estandartes otomanos, armas turcas, y destacan sobre fondo de batalla naval. Estos trofeos se convirtieron en reliquias, así como las armas de don Juan. Entre otros ejemplos está el que ya hemos citado de la media armadura para infantería y de la rodela de don Juan, conservadas en el Kuntshistorische Museum de Viena, remitidas por Octavio Gonzaga al archiduque Fernando con el retrato ya señalado. La armadura está profusamente decorada con escenas figurativas y motivos ornamentales en ataujía de oro, alegorías mitológicas o cristianas, y las distintas escenas se inscriben en medallones ribeteados por cordones de perlas. También aparecen en la armadura prisioneros y armas turcos, lo que legitima la idea de que fuera fabricado después de Lepanto, y con influencia de la victoria.[9]

De los lienzos a las medallas. Lepanto

Las representaciones de la batalla de Lepanto que llevaban siempre con ellas la memoria de la actuación sobresaliente de don Juan fueron innumerables, algunas firmadas por artistas de la máxima categoría. Acabamos de aludir a la composición de gran tamaño encargada a Tintoretto para la «Sala dello Scrutinio» del palacio ducal de Venecia, inmediatamente después de la batalla y que se consumió en las llamas del fuego de 1577, sustituida por una nueva versión a cargo de Andrea Vicentino. Tiziano trató el tema de manera alegórica en su amplio cuadro del Museo del Prado (168 × 168 centímetros), *La Religión socorrida por España.* En realidad, el pintor guardaba en su taller un lienzo no acabado de tipo mitológico, destinado a Alfonso de Este, pero al final no lo había querido. Así que Tiziano transformó el cuadro sin demora, a finales del año 1571, representando a España con una mujer altiva que lleva en la mano derecha el escudo del país y una lanza en la izquierda. En contraste, la Religión quedaba malparada, muy necesitada de un socorro: la vemos medio arrodillada, con un cáliz y una cruz a sus pies. En el segundo plano, en el mar, el carro de Neptuno de la mitología ha sido reemplazado por el turco del que podemos ver el turbante. La alegoría tuvo éxito: por eso existe una réplica en la Galería Doria de Génova y el emperador Maximiliano II poseía otra, hoy perdida.[10]

Otro cuadro famoso, el óleo de El Escorial de 140 × 110 centímetros, pintado por El Greco en los años 1577-79, y que recibió varios títulos: *El sueño de Felipe II,* o *Alegoría de la Santa Liga,* o *La gloria del Greco,* etc., representa a los tres artífices de la Santa Liga, el papa Pío V, Felipe II y el *dux* de Venecia, Mocénigo. Pues bien: según el padre Francisco de los Santos, el soldado romano apoyado sobre una espada, a la derecha del pontífice, sería el retrato idealizado de don Juan.[11]

Hemos de señalar también los frescos pintados en la Galería de los Mapas del Vaticano, por encargo de Gregorio XIII, en

1580-81; así el fresco que representa el *Despliegue naval de la Santa Liga.* Además de estas obras famosas, la batalla inspiró a muchos artistas y sobre todo suscitó encargos por parte de varias órdenes religiosas: dominicos, carmelitas, capuchinos, etc… y quedan numerosas obras anónimas sin contar con un sinnúmero de grabados. En Francia por ejemplo, en la gran época de la Reforma católica, entre 1620 y 1660, el tema de Lepanto fue tratado muy frecuentemente. Conocemos así el hermoso cuadro de Sebastián de Caster, pero hubo muchos de los que no tenemos una atribución cierta de autoría: nos limitaremos a un solo ejemplo, muy llamativo por el sitio donde se encuentra, lo que demuestra el alcance del suceso. En el departamento francés de Hautes-Alpes, la iglesia parroquial de Monétier-les-Bains, pueblo situado a 1.400 metros de altura, ampara un óleo sobre lienzo, precioso y de gran tamaño (260 × 190 centímetros), que ofrece una hermosa visión de la batalla. Los estandartes de los navíos, cristianos y musulmanes, ondean al viento. Ya se puede imaginar la suerte del combate, a favor de la Santa Liga, pues en las aguas aparecen muchas cabezas tocadas con turbantes mientras una nave otomana se hunde. Entre las nubes está la Virgen, sentada en un trono, coronada; en la mano derecha, la reina de los cielos esgrime un rayo destinado a los infieles mientras que en la izquierda socorre a los cristianos con un escapulario (y no un rosario), lo que sugiere que el cuadro era un encargo de los carmelitas.[12]

Por otra parte, Lepanto dio lugar a varias series de tapices, especialmente las series realizadas a partir de los cartones de Luca Cambiaso y Lazzaro Calvi. Juan Andrea Doria encargó los cartones para once paños a estos dos artistas en los años 1581-83 (quedan algunos cartones en los armarios del Palacio del Príncipe en Génova) y los tapices se labraron en la manufactura de Bruselas. Los paños alternan los episodios de la batalla y de sus preludios (*Salida de Mesina, Navegación a lo largo de la costa ca-*

labresa, Encuentro de las flotas e inicio de la batalla, El Buen Consejo, Victoria cristiana y huida de siete galeras turcas, Regreso de la flota desde Corfú), algunos inspirados tal vez por los frescos del Vaticano, con sus alegorías *(la Concordia y Nemesis,* la *Vigilancia y el Dominio sobre el Mar,* etc…).

Trabajando aún en Génova, Luca Cambiaso fue llamado por Felipe II a finales de 1582 o principios de 1583 para una serie de seis lienzos consagrados al ciclo de Lepanto y destinados a El Escorial. Estos lienzos estuvieron directamente inspirados en los tapices de Génova sobre los episodios bélicos y sólo difieren en las figuras y alegorías mitológicas.[13] Próximos a los tapices están algunos tejidos con figuras, así el damasco carmesí bordado con hilo de oro, llamado *Guión Real de Juan de Austria*, que se encontraba en la Real Armería. No sabemos si sigue en esta colección.

Otras representaciones de Lepanto son los azulejos: una de las series más logradas es la de la capilla del Roser (o Rosario) de la ciudad catalana de Valls, realizada en 1634, con dibujos realmente soberbios de varias galeras: la *Real* de España y la fragata que servía a don Juan para pasar con rapidez do una nave a otra, la *Capitana* del comendador mayor Luis de Requesens, etc…

Lepanto fue celebrado también con la acuñación de varias medallas: así una que se puede ver en el Museo Naval de Madrid, labrada en Bruselas en 1571, en honor de los reyes con ocasión de la victoria: en el anverso están los rostros enfrentados de Felipe II y de la reina Ana de Austria mientras que en el reverso, Bélgica, matrona de la abundancia, recibe a la Victoria que le entrega dos coronas; otra medalla conmemorativa de Lepanto fue acuñada en Roma en 1571 con la inscripción siguiente al reverso: «Tu diestra, Señor, golpeó al enemigo», lo que no da lugar a dudas. Otra medalla más (en Nápoles) fue obra de Giovanni Melón, medallista famoso, y está directamente dedica-

da a la gloria de don Juan. Aunque acuñada en 1574, antes de la salida del príncipe, se refiere indudablemente a la batalla. En el anverso aparece el busto de don Juan, con armadura labrada y el collar del Toisón de Oro; en el reverso, bajo la inscripción *Veni et Vici*, se ve a Neptuno sobre un delfín y, con su tridente rematado por el escudo de España coronado y rodeado del Toisón, ataca con furor a un turco que se hunde en el mar.[14]

Consagración de la literatura

A don Juan le consagraron también las letras. Tuvo la inmensa suerte, para la perpetuación de su gloria, de contar con los buenos auspicios de escritores geniales. Nada menos que, entre otros, Fernando de Herrera, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Luis de Góngora y Argote, Lope de Vega y Miguel de Cervantes Saavedra. Y por si fuera poco, lo sabe todo el mundo, Cervantes es el «manco de Lepanto». Y si las primeras obras en su honor siguieron muy de cerca sus proezas guerreras, su eco se prolongaría hasta bien entrado el siglo XVII.

Fernando de Herrera (1534-1597) pasó toda su vida, o casi, en Sevilla donde la *Escuela de gramática* del humanista Juan de Mal Lara desempeñaba el papel de una academia. Fue en este cenáculo al que acudían, entre otros, el canónigo Francisco Pacheco (tío del pintor), Gonzalo Argote Molina o Juan de la Cueva, donde Herrera, a la vez poeta e historiador, dio a conocer las obras en las que celebraba a don Juan: la *Relación de la guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto,* impresa en 1572, así como varias odas o canciones entre las cuales destacaremos la oda *A don Juan de Austria,* que transforma con exageración evidente la guerra de Las Alpujarras en un combate de gigantes, y sobre todo la oda a *La victoria de Lepanto,* en la que el poeta petrarquista canta con inspiración bíblica sincera y fuerza auténtica la unión de Dios y de su pueblo, que ha triunfado de los infieles. Han quedado grabados unos versos:

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, Tú eras diestra,
Salud y gloria nuestra…

Unos años después, en 1578, en un largo poema épico cuya acción parecía totalmente ajena a las guerras del Mediterráneo, surgió un canto que otorgaba a don Juan el rango de héroe mítico. El autor, el soldado-poeta Alonso de Ercilla (1533-94), había hecho la guerra de Chile, había vivido seis años en las Indias (1557-1563) y, cosa rara en esta época, daba a los enemigos más protagonismo que a los suyos. En *La Araucana,* los caudillos del pueblo mapuche (voz contemporánea), Colocolo o Lautaro, superaban a los españoles y especialmente a Pedro de Valdivia. De vuelta a España en 1563, Ercilla se aplicó a la redacción de su gran poema: la primera parte de *La Araucana* se había publicado en 1569 y no tenía ninguna referencia a don Juan. Pero en la segunda, impresa en 1578, todo un canto (el XXIV) estaba dedicado a Lepanto y a don Juan.

Obviamente, la organización interna de la epopeya no necesitaba en absoluto la evocación de Lepanto. Y lo mismo se puede decir de la batalla, también victoriosa de San Quintín que, en *La Araucana,* precede a la de Lepanto. Sin embargo, estas dos inclusiones corresponden a casi 200 estrofas, en total 1.632 versos, más o menos la octava parte del poema. ¿Cómo se explican? Sencillamente, Alonso de Ercilla, que había acompañado al príncipe heredero Felipe a Inglaterra y que era un devoto del rey y de la monarquía católica, concibió su epopeya como un himno a la guerra. En el canto XVI podemos leer estos versos:

El alegre estruendo de la guerra nos estendió,
tocando los oídos, los ánimos y niervos encogidos.

Frank Pierce pudo escribir: «La Araucana es, pues, el poema castellano que canta la guerra, el valor, el patriotismo».[15] Así

que le hubiera dolido dejar al lado dos episodios guerreros tan gloriosos para su España. Por otra parte, para Ercilla, valor y exaltación nacional se encarnan en héroes cuya actuación tiene una significación emblemática. Por eso estaba muy claro el papel atribuido a don Juan, y tenía coherencia que apareciera en su obra.

Para incluir estos dos episodios (Cantos XVII-XVIII y XXIII-XXIV) en una dinámica ajena hacía falta un recurso literario. Carece de importancia para nuestro tema, y basta señalar que Ercilla se valió primero de la intervención sobrenatural de la diosa Bellone que le permitió asistir a la batalla de San Quintín desde Chile; después utilizaría el encuentro maravilloso de una dama blanca que le revela la existencia de un joven caballero providencial: éste, un hijo de corta edad de Carlos, permanecerá encubierto por algún tiempo.

Es su nombre don Juan, y en esta parte
no puedo más decirte ni revelar.

Pero luego la dama se adelanta en la visión profética:

(…) que doliéndose ya de la fatiga
del pueblo pecador pero cristiano
contra la gente pérfida enemiga
esgrimirá la poderosa mano;
así de inspiración habrá una Liga
donde el Papa y Senado veneciano
juntaron su poder, su fuerza y gente
con la del Rey Católico potente.

La dama blanca no puede decir más pero sugiere al poeta-soldado el paradero del mago Fitón, seis cantos más adelante, después de enfrentamientos heroicos entre españoles y araucanos, Ercilla topa con Fitón que se deja convencer por las intenciones de Ercilla:

Mas, pues tus apariencias generosas
son de escribir los actos de la guerra

Además, el mago toma en cuenta que:

Sólo te falta una naval batalla
con que será tu historia autorizada

Así que:

Verás una naval batalla estraña
donde se mostrará bien manifiesto
el supremo valor de nuestra España.

Gracias al mago Fitón, Ercilla asiste con anticipación a la famosa batalla. No cabe duda de que Ercilla haya leído a Fernando de Herrera y su relación de Lepanto pero la novedad, interesantísima para nosotros, es que el poeta interpreta los motivos de la contienda a través de dos arengas, evidentemente imaginadas por él: la quinta parte del relato de Lepanto está consagrada a los discursos de los dos capitanes generales enemigos, Alí Bajá a los otomanos y don Juan a los jefes, marineros y soldados de la Santa Liga. Merece la pena citar enteramente las siete estrofas de esta última arenga, ya que constituyen otra estatua de don Juan.

¡Oh valerosa compañía,
muralla de la Iglesia inexpugnable,
llegada es la ocasión, éste es el día
que dejáis vuestro nombre memorable,
calad armas y remad a porfía
y la invencible fuerza y fe inviolable
mostrad contra estos pérfidos paganos
que vienen a morir a vuestras manos!
Que quien volver de aquí vivo desea
al patrio nido y casa conocida
por medio desa Armada gente crea
que ha de abrir por la espada la salida;
así cada cual mira que pelea
por su Dios, por su Rey y por la vida,

que no puede salvarla de otra suerte
si no es trayendo el enemigo a muerte.

Mirad que del valor y espada vuestra
hoy el gran peso y ser del mundo pende
y entienda cada cual que está en su diestra
toda la gloria y el premio que pretende.
Apresuremos la fortuna nuestra
que a la larga tardanza nos ofende
pero no estáis de cumplir vuestro deso
mas del poco de mar que en medio veo.

Vamos, pues, a vencer; no detengamos
nuestra buena fortuna que nos llama;
del hado el curso próspero sigamos
dando materia y fuerzas a la fama;
que sólo deste golpe derribamos
la bárbara arrogancia y se derrama
el sonoroso estruendo de esta guerra
por todos los confines de la tierra.

Mirad por este mar alegremente
cuánta gloria os está aparejada
que Dios aquí ha juntado tanta gente
para que a nuestros pies sea derrocada
y someta hoy aquí todo el Oriente
a nuestro yugo la cerviz domada
y a sus potentes príncipes y reyes
les podemos quitar y poner leyes.

Hoy con su perdición establecemos
en todo el mundo el crédito cristiano
que quiere nuestro Dios que quebrantemos
el orgullo y furor mahometano.
¿Qué peligro, ¡oh varones! temeremos
militando debajo de tal mano?
Y quién resistirá vuestras espadas
por la divina mano gobernadas?

Sólo os ruego que, en Cristo confiando
que a la muerte de cruz por vos se ofrece,
combata cada cual por El mostrando
que llamarse su milite merece
con propósito firme protestando
de vencer o morir, que si parece
la victoria de premio y gloria llena
la muerte por tal Dios no es menos buena.

Esta arenga está conforme a la vez con la trayectoria personal de don Juan, su afán permanente de gloria, sus alardes de valor, y con el espíritu de cruzada que intentó insuflar a los jefes y soldados de la Santa Liga.[16] El poeta, que ha sustituido al caudillo, contempla enardecido el final del combate:

Bien dos horas y más había
que duraba el combate porfiado
sin conocer en parte mejoría
ni haberse la victoria declarado,
cuando el bravo don Juan, que en saña ardía
casi quejoso del suspenso hado,
comenzó a mejorar sin duda alguna,
declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruido,
por el valor de la cristiana espada
el furor mahometano oprimido,
que la turca real del todo entrada,
do el estandarte bárbaro abatido,
la Cruz del Redentor fue enarbolada
con un triunfo solemne y grande gloria
cantando abiertamente la victoria.

Deshechos, pues, del todo y destrozados
los miserables bárbaros quedaron
habiendo fuerza a fuerza y mano a mano
rendido el nombre de Austria al otomano.

También podríamos señalar alguna que otra relación de la batalla de Lepanto (hubo no sé cuántas) que refieren los pormenores de la actuación bélica de don Juan, aludir a otra epopeya, pero mediocre, la *Austriada,* del cordobés Rufo Gutiérrez, al buen relato histórico de Ambrosio de Morales, al romance de Luis de Góngora en honor de don Juan. Pero no cabe duda, el colofón de los homenajes a don Juan de Austria nos lo ofrece Miguel de Cervantes.

Ya el ilustre escritor dio un papel a don Juan en su pastoral, *La Galatea,* donde aparece el príncipe bajo la máscara de Astraliano.[17] Pero no son más que pamplinas. Lo serio viene con la famosa frase incluida en el Prólogo al lector de la segunda parte del *Quijote,* publicada el año de 1615, conocido por cualquier hispanista, sea aficionado a la literatura o a la historia: «Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión, que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperen ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimables, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron…». Pero, antes de proponer su valoración personal (la más alta) de la famosa batalla en la cual había quedado manco, Cervantes había aprovechado la primera parte del *Quijote*, publicada en 1604, para recordar el triunfo de Lepanto, bajo el mando de don Juan, gracias al supuesto relato del cautivo que corresponde al capítulo XXXIX. El mismo Cervantes había conseguido de don Juan, antes de salir de Nápoles en 1575, una carta testimonio de su participación en la batalla y del valor que había derrochado en ella. (Ver capítulo XII).

El relato del cautivo pudo ser autobiográfico, ya que sabemos muy bien cómo Miguel de Cervantes se alistó en Roma en el ejército de la Santa Liga con su hermano Rodrigo. Estuvo em-

barcado de arcabucero en la galera *La Marquesa,* un barco largo de 40 metros y sólo 5 de ancho y, aunque acosado por la fiebre, combatió con mucho valor; *La Marquesa* estuvo en el corazón de la batalla, hasta perder 40 de sus soldados, y Miguel recibió tres arcabuzadas, una en la mano izquierda, ya inútil para siempre, etc…[18]

Sin embargo, el relato del capítulo XXXIX es algo distinto. Veamos: «…a cabo de algún tiempo que llegué a Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común que es el turco; el cual, en aquel mesmo tiempo, había ganado con su Armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio del veneciano; y pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venía por general de esta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe. Divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía. Todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y, aunque tenía barruntos, y casi promesas ciertas, de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido a capitán, lo quise dejar todo y venirme como me vine, a Italia. Y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la Armada de Venecia, como después lo hizo en Mesina.

»Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar…»[19].

Cervantes acaba de decir lo esencial: la cristiandad se ha desengañado. Los turcos no son invencibles por la mar. Y el feliz

autor del desengaño ha sido don Juan. Para nuestro tema de hoy importa poco que Cervantes no haya ido a Flandes o que se haya alistado en Roma.

Estatuas, esculturas, pinturas, tapices, grabados, medallas. Y el homenaje de los genios de la literatura española: Ercilla, Góngora, Cervantes. Don Juan de Austria se había convertido en un mito.

Capítulo XII — Balance. La vida acelerada de un caudillo inquieto

En 1557, a la muerte del emperador, apenas tres o cuatro personas en el mundo conocían el origen de don Juan (entonces llamado Jeromín), que tenía diez años. Ni él mismo estaba enterado; el propio rey se lo descubriría. En 1569, a los veintidós años del príncipe, seguía siendo casi un desconocido, excepto en la corte, donde tenía sus adictos. Su salida para participar con el mando supremo en la guerra de Granada fue el primer guiño de la fama. En los últimos días de 1571, antes de cumplir los veinticinco años, don Juan era ya célebre en toda la cristiandad y se hacían lenguas de su valor y de su talento militar hasta en el serrallo del sultán. En octubre de 1578 había muerto. No cumplió los treinta y dos años. Es decir, que en tres años pasó de la sombra a una gloria deslumbrante, pero entre Lepanto y el día de su muerte corrieron apenas siete años. La vida de don Juan fue, pues, un rayo, un cohete. Sus vaivenes de la Corte a Granada, luego a Génova, Nápoles, Mesina, sus andanzas en el Mediterráneo, del estrecho hasta Corfú y Morea, la conquista de Túnez, por fin la campaña de Flandes, recuerdan la vida nómada, nunca sosegada, del emperador, su padre. El viaje por Francia, disfrazado de criado morisco, añade un toque de romanticismo.

Un personaje fuera de serie sin ninguna duda. Pero ¿qué nos enseña la trayectoria de su vida?

La carencia de un epistolario

Durante los diez últimos años de su vida don Juan escribió mucho. Muchísimo. Su correspondencia con Felipe II, iniciada el 30 de diciembre de 1568, y muy abundante, se prolongó hasta las vísperas de la muerte del príncipe. Existe también una correspondencia seguida, de 1571 a 1577, entre don Juan y don

García de Toledo, cuarto marqués de Villafranca, que fue virrey de Nápoles.

Entre los demás corresponsales de don Juan podemos destacar a sus secretarios, Juan de Soto y Juan de Escobedo, a uno de sus amigos predilectos, Rodrigo de Mendoza, hermano del duque del Infantado, a Juan Andrea Doria, con quien, desde los días de Lepanto, don Juan guardó una relación estrecha, a Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, antes de su muerte en 1573, a Antonio Pérez, por desdicha, a Luis de Requesens y al cardenal Granvela, sobre todo en los tiempos de la conquista de Túnez, al embajador en Roma, Juan de Zúñiga, a Pedro de Mendoza, embajador en Génova; correspondencia con dos papas; alguna que otra carta, escrita a la hermana de Alí Bajá, Fátima Caden; existió una correspondencia con el duque Henri de Guise pero varias cartas se han extraviado. Por fin, merecen mención especial las cartas a dos mujeres a quienes escribió muy a menudo también, su hermana Margarita de Parma, que cuidó de su hija Juana, y Magdalena de Ulloa.

Esta correspondencia permitiría sin duda aclarar y alumbrar ciertos rasgos de la personalidad de don Juan, si existiera un epistolario suyo ordenado y razonado, tal como el del tercer duque de Alba, por ejemplo.[1] Varias cartas de don Juan han sido publicadas, es cierto, especialmente en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (Codoin).* Pero andan dispersas, no clasificadas, muchas quedan en los archivos, especialmente en Simancas. Nos damos cuenta de que el príncipe escribía con cierta soltura, con estilo ameno y, dentro de la retórica de la época, podemos comprobar su celebrada afabilidad. Al respecto, recordemos las cartas de recomendación y los certificados que redactó don Juan (con el duque de Sessa) a beneficio de Miguel de Cervantes, testificando el valor desplegado por el futuro autor del Quijote en la jornada de Lepanto y las graves heridas recibidas al luchar en la cubierta de *La Marquesa.* Jean Ca-

navaggio piensa que estas cartas le salvaron a Cervantes del tormento y de un duro castigo después de su intento frustrado de fuga, pues el dueño turco de Cervantes tuvo la ilusión de un rescate muy caro, ya que su esclavo era un protegido de don Juan, o por lo menos así lo creía.[2] En cuanto a los aspectos políticos, las cartas que tenemos a nuestra disposición, que son muchas en este periodo, bastan para ver que el príncipe no se hizo ninguna ilusión sobre las posibilidades de una paz duradera en los Países Bajos en 1577 y que no se lo escondió a Felipe II. Así, cuando escribía, hablando de los diputados de los Estados Generales: «si han pedido el dedo y se les ha dado, por el mismo caso quisieron luego la mano y el brazo, y agora tienen lo uno y lo otro, quieren la cabeza…». Y más lejos: «Suplico a V. M. que desta vez para siempre acabe de desengañarse, que aquí falta de todo punto religión y obediencia, y que sobran las maldades para con Dios y el desamor para con su Rey; no hay justicia ni obediencia ninguna…». Lucidez, en cierto modo sí, pero don Juan no intenta buscar las razones de la actitud de sus adversarios (lo que, paradójicamente, hizo un hombre tan duro como el duque de Alba), ni parece recordar los saqueos del año anterior que habían impulsado a los católicos a la alianza con Guillermo de Orange.

Por otra parte, la correspondencia disponible no nos permite un juicio sereno a propósito de la coherencia y de la continuidad de los proyectos de don Juan en el Mediterráneo. La dispersión actual de la correspondencia es un obstáculo importante para un estudio profundizado de la personalidad del vencedor de Lepanto.

¿Genialidad de don Juan?

A pesar de estas carencias, ¿qué podemos opinar en cuanto al genio militar y político de don Juan? En la guerra de Granada dio el impulso que faltaba a las tropas pero con recursos más importantes. Impresionan, es cierto, el espíritu de decisión y la

conveniencia de la táctica adoptada en Lepanto. Tanto en la toma de Galera, como en la batalla de Lepanto, demostró que había asimilado la importancia de la artillería gruesa en los combates de tierra y de mar; dispuso su Armada de modo muy inteligente; entendió el sentido de la maniobra de Doria frente a Uluch Alí en Lepanto.

El fracaso de la campaña de 1572 es debido en buena parte a Felipe II, pues don Juan se incorporó a la campaña con mucho retraso, de modo que la concentración en Corfú fue malograda. Sin embargo, don Juan no hizo nada para preparar una sublevación de los cristianos de Morea, que hubiera sido una ayuda muy útil y no supo aprovechar la oportunidad del asalto sobre Modon cuando Uluch Alí se abrigó en este puerto: tenemos sobre el particular el testimonio de Cervantes, allí presente, y que evoca el desorden imperante en el campamento turco.[3] La campaña de Túnez no tuvo ninguna dificultad particular. En los Países Bajos, don Juan estuvo varios meses sin poderse enfrentar militarmente a sus adversarios. Una vez más demostró su capacidad de decisión rápida y oportuna en la toma de la fortaleza de Namur, pero el mérito de la victoria de Gembloux, frente a un ejército más numeroso, pertenece esencialmente a Alejandro Farnesio, como admitió el mismo don Juan con indudable generosidad. La ocupación de las plazas fuertes no requirió talento militar, pues se entregaron al vencedor.

Así que resulta muy difícil valorar el genio militar y el talento político de don Juan: una sola hazaña excepcional no basta para convencernos de dotes estratégicas y tácticas superlativas. En cuanto a su capacidad política, dudamos: el momento de la llegada del príncipe a los Países Bajos no pudo ser peor, y sus posibilidades de negociación eran casi nulas: sin embargo, cuando considera la paz como imposible es también porque tiene ganas de pelear. Con la sutileza de su carácter muestra su habilidad en alternar la dureza implacable y los compromisos, la compren-

sión inmediata de los celos y discrepancias que oponían a Orange y a los calvinistas con los católicos del sur. Alejandro Farnesio hizo prueba, poco más tarde pero en condiciones más favorables, de un auténtico genio político.

Lo que no se puede quitar de ninguna manera a don Juan es que se reveló, como escribió Charles Petrie, un soberbio «caudillo de hombres». Poseía sobremanera un irresistible don de gentes que le permitía obtener la adhesión entusiasta de los soldados y marinos a sus órdenes. Parece que este don venía de lejos, pues en su niñez Jeromín manejaba con facilidad a los compañeros de sus juegos. Además, era capaz de dirigirse en su lengua a españoles, italianos, alemanes o borgoñones. Visto que daba la cara en primera línea, conseguía enaltecer y sublimar a sus soldados y realizaban proezas de las que no se hubieran creído capaces. «Este sí que es el hijo del emperador», murmuraban los veteranos de los Tercios. Don Juan tenía buenos detalles, como ir a visitar el hospital de Mesina donde estaban los heridos de la batalla de Lepanto para repartir entre ellos el premio especial de 30.000 ducados que le habían regalado los poderes de Sicilia. Incluso ciertas actitudes un tanto teatrales, como sus juegos en público con su mono o con su león, que tanto disgustaron a Granvela, eran del agrado de la opinión de la gente y de sus soldados. Pormenores, sí; pero estos pormenores conferían a don Juan un suplemento de humanidad y llevaron su popularidad al cénit. En fin, era sin duda un jefe carismático, lo que explica el cariño y el apoyo casi incondicional de los papas Pío V y Gregorio XIII. Para ellos, pontífices de la contrarreforma militante, don Juan era todo un cruzado. Así las cosas, soñaban que don Juan, después de parar la expansión otomana, podría ser el hombre que devolviera Inglaterra al regazo de la cristiandad latina. Les convenía que don Juan no tuviera interrogaciones de tipo dogmático e hiciera amalgama entre herejías y vicios.

La fe de don Juan

El príncipe nunca tuvo la intención de seguir los deseos de su padre y de hacerse religioso. Tampoco lloró el intento vano y fugaz de Felipe II de conseguirle la púrpura. No le convenían las atmósferas opresoras, tan diplomáticas, de la jerarquía eclesiástica. Sin embargo, parece que don Juan estuvo siempre animado por una fe sencilla, ajena a las congojas metafísicas, pero que no sería correcto tachar de superficial: más bien sería la fe del pecador que se maravilla al saber que Cristo su redentor ha muerto para borrar las flaquezas, los desmanes y las iniquidades de la humanidad y las suyas propias. Es muy probable que esta interpretación del catolicismo, sumamente ortodoxa, proviniese de la educación religiosa que le dio Magdalena de Ulloa.

Con respecto a Dios, don Juan se comportó siempre como un creyente humilde: con la señal de la Cruz venció a los musulmanes en Lepanto y a los heréticos en Gembloux. En Lepanto, antes de entregarse plenamente al combate, «habló a la gente de su galera animándola al combate, y después se puso de rodillas y hizo oración a Dios, suplicándole con grande ánimo que mirase y volviese por la fe católica, y ayudase a los defensores della para que hubiesen la victoria contra sus impugnadores…»[4]. Es muy probable que don Juan tuviera plena conciencia de su condición de pecador, lo que explicaría su peregrinación a Montserrat en un momento de apuros para él, sus retiradas al monasterio franciscano de Scala Coeli del Abrojo para hablar con Juan de Calahorra, su meditación frente a la muerte de la reina Isabel de Valois o de su querido ayo Luis de Quijada.

En la guerra de Granada, por ejemplo, censuraba en una carta al rey no tanto «las vidas disolutas» de sus soldados sino «su despreocupación por sus almas y sus fáciles conciencias». El mismo, después de sus desmanes napolitanos, en lo que había de ser su último encuentro con la tierra de Castilla, en 1576, sintió la

apremiante necesidad de volver al monasterio del Abrojo donde pudo ver a la vez a Magdalena de Ulloa y a Juan de Calahorra. En las galeras de Lepanto intentó disuadir a los soldados de decir blasfemias y palabras deshonestas, por lo menos ante la eventualidad de la batalla, como si tuviera una visión providencialista de la historia.

La correspondencia de don Juan alude muy a menudo a las intervenciones de Dios en la marcha de los acontecimientos: así en una carta a don García de Toledo del 17 de octubre de 1576, se hallan tres invocaciones a Dios, la última de las cuales reza: «A la fin Dios ha de tomar por de todo punto suya esta causa y ayudarme a mí propiamente con milagro». En otra carta al mismo, del 21 de febrero de 1577, escribe: «espero en su Divina Majestad que con el tiempo tornará esta máquina a su primer lugar» (se trata de los negocios de los Países Bajos) y se remite más lejos a lo que ha dado ya el tiempo «por gracia de Dios»[5]. No son únicamente referencias obligadas, «figuras impuestas» de la retórica epistolar de la época entre personajes oficiales, sino un rasgo del temperamento de don Juan.

Es cierto que si en la respuesta de don García a la segunda carta de don Juan no hay ninguna referencia a Dios, en la primera en cambio el virrey se refiere a «la causa de Dios», «el juicio de Dios», «el azote de Dios», marcas evidentes de providencialismo.[6] Pero estas referencias son constantes en la correspondencia de don Juan. Sus confesores sucesivos, entre ellos el franciscano Miguel de Serviá y el último, también franciscano, Francisco de Orantes, dan testimonios de haber conocido a un hombre con conciencia de sus pecados, especialmente en presencia de la muerte.

Sin embargo, la práctica religiosa de don Juan en tiempo de campaña era episódica. Leyendo atentamente la extensa relación de las campañas de 1572, 1573 y 1574, redactadas por su confe-

sor Miguel de Serviá, hasta su muerte en 1574, hallamos que don Juan se confesó y comulgó en la Navidad de 1572. Escribe Miguel de Serviá: «y ya que era hora de maitines llamáronnos, y yo confesé a Su Alteza y al mayordomo, y el padre fray Fee al camarero y a muchos otros caballeros; y comulgó Su Alteza a la primera misa cantada y después todos los caballeros que confesado habían». El 30 de marzo de 1573, don Juan se confiesa en la sacristía de Trapani donde su padre se había confesado también. El 5 de mayo de 1574 se confiesa y comulga con ocasión del jubileo. Pero no aparecen otras referencias de este tipo. Hay que contar con las ausencias del confesor por varios motivos. Pero es probable que don Juan haya recibido con poca frecuencia los sacramentos de penitencia y eucaristía.[7] En cambio, en distintas ocasiones, rezó mucho: para conseguir la curación del príncipe don Carlos, la de Luis de Quijada después de su herida en Las Alpujarras; después de la muerte de la reina Isabel.

Don Juan y Felipe II

Es un tópico entre los biógrafos de don Juan desarrollar el tema de la actitud supuestamente injusta de Felipe II para con su hermano, lo que se explicaría por los celos del rey frente a los triunfos de su medio hermano, su popularidad excesiva, etc. Mucho más equitativo se muestra Charles Petrie, que propone la comparación entre el «Prudente» (Felipe) y el «Imprudente» (don Juan), mientras que Geoffrey Parker nos ofrece un juicio severo de don Juan «irascible y arrogante… que ambicionaba mayor gloria y recompensas más tangibles. Deseaba en particular un territorio propio. El rey sin embargo estaba decidido a que no tuviese ninguno…»[8]. Gregorio Marañón, que también opone el «Rey Prudente» al «Príncipe Imprudente», no descarta en absoluto el «desamor» del rey para con su hermano: «Su pasión de hombre se obstinaba en negarle esa única merced de puro prestigio que le hubiera igualado a él». Se refiere a la con-

cesión de un reino, tan deseada por don Juan.[9] Nadie puede dar pruebas evidentes de los celos de Felipe. El rey no ambicionó nunca ser un jefe de guerra, un gran capitán, un caudillo. Incluso, para desesperación de su padre el emperador, estuvo ausente de la victoria de San Quintín cuando le hubiera resultado fácil estar en el campo de batalla. Felipe no pensó nunca en convertirse en héroe popular: es decir, que no jugaba en el mismo partido que su hermano.

Por otra parte Felipe hizo mucho más por su hermano de lo que le rogó su padre, ya lo hemos subrayado. Al fin y al cabo, el emperador hubiera podido muy bien haber reconocido a su hijo bastardo en vida y haberle dado el rango que hubiera querido. No lo hizo. Felipe, muy sonriente (cosa no tan habitual), abrazó con cariño a su hermano cuando le reveló su identidad. Constituyó enseguida para el príncipe que no alcanzaba los trece años una Casa, con participación de grandes señores, que sobrepasaba con mucho los 20.000 a 30.000 ducados de renta prevista por Carlos V. Más aún, entronizó a su hermano, a quien llamó don Juan de Austria, en una orden, la del Toisón de Oro, tan cotizada hasta nuestros días, que algunos políticos de alto vuelo se han consumido en vano por conseguirla.

Los cuatro años de estudios en Alcalá con maestros de fama confirmada eran precisos para proporcionar a don Juan un nivel cultural que le permitiera llevar su rango en compañía de príncipes, prelados o aristócratas, y don Juan los cursó con el hijo del rey y con su propio sobrino, es decir, con un estatuto muy especial. Incluso el trato diario con don Carlos era una prueba de confianza de parte del rey, ya que Felipe confiaba en la influencia positiva que podría ejercer don Juan sobre el maldotado príncipe.

Cuando Felipe se dio cuenta de la inclinación de su hermano a la carrera de las armas, le dio toda clase de facilidades. En

1567, a los veinte años, era ya almirante de la Armada y muy pronto capitán general de todas las fuerzas de mar. Cuando, confesando su «ansia de fama», don Juan pide a su hermano el mando supremo en la guerra de Granada, en su carta del 30 de diciembre de 1568, Felipe le concede este mando en abril de 1569, a pesar de la falta total de experiencia de su hermano que apenas tiene veintidós años, lo que disgusta profundamente a los marqueses de Mondéjar y de Los Vélez.

Este nombramiento demuestra que el rey piensa en su hermano para cargos de alta responsabilidad. Es cierto que, al principio, le prohíbe exponerse al frente de sus tropas, por temor a su inexperiencia o por deseo de protegerle, no lo sabemos, pero cuando don Juan toma la dirección efectiva de la guerra en los sitios de Galera o Serón, el rey no lo toma a mal. Al contrario, el rey, descubriendo el carisma de su hermano, sus dotes de caudillo, no duda en imponerle como jefe supremo de la Santa Liga, a pesar de las reticencias de los venecianos. Nueva prueba, verdaderamente excepcional, de confianza.

No hay motivos serios que permitan suponer que Felipe tuviera celos después de la victoria de Lepanto. Lope de Figueroa, testigo de la batalla y que actuó como enviado de don Juan al monarca, cuenta que tuvo que repetir tres veces la relación de la hazaña, tanto era del agrado del rey. Arriba ya citamos la carta que le dirigió a su hermano.

Ahora bien, es cierto que don Juan se reveló «un héroe incómodo» según la acertada expresión de Gregorio Marañón, en buena parte a causa de su «sueño de rehabilitación». Varios historiadores de gran categoría, el propio Marañón, Fernand Braudel, Geoffrey Parker, Manuel Fernández Álvarez, lo apuntaron. Durante los primeros años, este sueño se cristalizó en la reivindicación repetida del título de alteza que Felipe II le negaba. Ya aludimos al capricho de don Juan, testificado por su carta a Feli-

pe del 12 de julio de 1571. Evidentemente, la aspiración a este título era simbólica, era el deseo de una forma de legitimación, pero el rey pudo opinar que su padre había tenido toda libertad para legitimar a don Juan. No lo hizo, y el codicilo de Carlos V, o carta cerrada, era muy poco preciso en cuanto al trato que se daría a Jeromín: «que le honre y mande honrar y que le tenga el respeto que conviene…». Nada más.

La pendencia a propósito del título parece accesoria, aunque no lo sea en el fondo. Don Juan, por lo menos, podía regodearse de la adhesión de la opinión pública a su ambición. Un bálsamo en la herida. Todo el mundo, o casi, le trataba de alteza, incluidos príncipes y virreyes. En las relaciones de la batalla de Lepanto o de las campañas de 1572 y 1573, coetáneas de los acontecimientos, los autores se refieren siempre a «Su Alteza» cuando se trata de don Juan. Cuando don García de Toledo, virrey de Nápoles, escribe a don Juan, empieza las cartas por «Serenísimo Señor» pero después, a lo largo de cada carta, le pone «V. A.»: en la carta del 17 de febrero de 1577 (dos folios), usa 19 veces de Vuestra Alteza (V. A.). En la carta del 23 de marzo, que es más corta, 7 veces.[10]

A partir de 1573, el «sueño de rehabilitación» se plasma en un reino, alentado por los papas: Túnez, Albania, Morea, hasta Francia, por fin Inglaterra. Escribe Fernand Braudel: «Don Juan, herido por su condición de bastardo, mantenido en el rango inferior de "Excelencia", soñará en 1574 con la corona de Francia, dejada vacante tras la muerte de Carlos IX; y sus últimos años en los Países Bajos, estarán marcados por su obsesión de lograr una realeza inglesa».

Hemos de admitir que don Juan soportó, sin abandonar nunca su lealtad, las contestaciones siempre evasivas, cuando no negativas, de su hermano a todas estas propuestas de promoción a la realeza, unas irreales, otras posibles. Sin embargo, Felipe fue

objeto de un acoso permanente de parte de su hermano. Las numerosas cartas de don Juan a Felipe están llenas de aspiraciones a mandos, altas responsabilidades, proyectos, todos con el fin de permitir al príncipe colmar su hambre de gloria, como si tuviera que acumular las hazañas, las proezas extraordinarias para borrar la mácula de su ilegitimidad.

Por otra parte, la irritación de Felipe II para con su hermano, que le daba la sensación justificada de ser un caudillo inquieto, se funda en un cambio de comporta miento de su hermano a partir de 1573. El año anterior don Juan había esperado en Mesina y Nápoles las instrucciones de su hermano a pesar de su deseo de salir cuanto antes a Corfú para tomar el mando de la Santa Liga. Después de la toma de Túnez no cumplió con las órdenes de Felipe II de desmantelar las fortificaciones de la ciudad. Al principio del año de 1574, no hizo caso a las instrucciones de Felipe II que le mandaba ir sin demora a Génova y se fue a Nápoles. Más tarde, en dos ocasiones, en 1575 y 1576, se fue a España en contra de la voluntad explícita de Felipe II para discutir sus planes y exponer sus propios proyectos.[11] El rey pudo pensar que la gloria y la adulación se le habían subido a la cabeza al príncipe y que don Juan estaba metido en un juego de intereses personales. De suerte que, cuando el príncipe estuvo en Flandes donde aceptó aunque de mal grado las órdenes reales, bastaron las insinuaciones y las artimañas de Antonio Pérez para que el rey sospechara de un peligro de traición. La faena de Pérez fue facilitada porque tenía a toda una red de espías y de personas importantes pertenecientes a su clan, al lado de don Juan: Octavio Gonzaga, Curiel, Alonso de Sotomayor, aunque estos tres hombres no fueran hostiles a don Juan.[12] Así, Pérez pudo disponer de un aluvión de informaciones de toda clase, a veces espontáneamente entregadas, que empleó con su habitual habilidad y falta de escrúpulos. Pudo darse el lujo de «vender» a Escobedo informaciones auténticas o supuestas, emanadas del

Consejo Real, para persuadirle hasta los últimos meses de 1577 de su amistad. Todo eso explicaría el aislamiento de don Juan en la etapa final de su vida, su desesperación al ver que sus avisos no contaban nada para el rey: el sueño de su vida se desvanecía.

Al enterarse del asesinato de Escobedo en el curso del mes de abril de 1578, don Juan se desanimó. A pesar de su temperamento combativo, de su espíritu de lucha, no podía con la pérdida del cariño y tal vez de la confianza de su hermano. A él le parecía que era víctima de una injusticia profunda. Había sido incómodo, eso sí, no había ejecutado siempre de manera estricta las órdenes de su hermano. Pero nunca había sido desleal. Para cumplir con su deber había sacrificado todas las oportunidades, aunque fueran bendecidas por la mayor autoridad espiritual de la cristiandad, de satisfacer su aspiración más visceral: un reino terrenal. Así desengañado, acosado por los asaltos de la fiebre, don Juan alcanzó por fin la serenidad estoica que todavía faltaba a su leyenda. Arregló los asuntos que tenía pendientes para quedar en paz con su conciencia. Además tomó las medidas políticas y militares conformes a la situación, de común acuerdo con su querido sobrino Alejandro Farnesio.

Y se dispuso a morir.

Datos cronológicos

1500 (24 de febrero): Nacimiento de Carlos V en Gante.

1522, (?): Nacimiento de Margarita de Parma, hija natural de Carlos y de Jeanne Van der Gheenst (legitimada en 1529).

1526 (10 de marzo): Boda de Carlos V e Isabel de Portugal.

1527 (21 de mayo): Nacimiento de Felipe II en Valladolid.

1539 (1 de mayo): Muere la emperatriz Isabel.

1545 (8 de julio): Nacimiento de don Carlos, hijo del infante Felipe y de María Manuela de Portugal.

1546: Carlos V pasa varios meses en Ratisbona.

1547 (24 de febrero): Nacimiento de Jerónimo, hijo natural de Carlos V y Bárbara Blomberg.

1550 (junio): Llega a Leganés, desde los Países Bajos, el niño Jerónimo con el músico tañedor de viola Francisco, para vivir en su casa y la de su mujer Ana de Medina.

1554 (verano): Jerónimo queda bajo la custodia de don Luis de Quijada y de su mujer, Magdalena de Ulloa, en el castillo de Villagarcía de Campos, próximo a Valladolid.

1558 (21 de septiembre): Muere de Carlos V, sin legitimar a Jerónimo, ni revelarle su identidad.

1559 (octubre): Felipe II revela a Jeromín su identidad, le da el título de don Juan de Austria y le otorga una Casa.

1560-64: Estudios de don Juan en la Universidad de Alcalá de Henares, junto con el príncipe don Carlos y su

sobrino Alejandro Farnesio.

1562 (19 de abril): Grave accidente del príncipe don Carlos.

1565: Sitio de Malta. Don Juan intenta acudir al socorro de la isla. 1568 (18 de enero): Prisión del príncipe don Carlos.

1568 (mayo): Don Juan, capitán general de las galeras.

1568 (30 de diciembre): Don Juan nombrado capitán general en la guerra de Granada.

1569 (diciembre): Por decisión del rey don Juan toma el mando directo de la guerra de Granada.

1570 (febrero): Muere don Luis de Quijada que luchaba al lado de don Juan en el asalto de Serón.

1570 (?): Nacimiento de Ana, hija natural de don Juan y María de Mendoza.

1570: Sitio y toma de Galera.

1571 (24 de mayo): Firma de los acuerdos de la Santa Liga, gracias al empeño del papa Pío V. Don Juan es nombrado generalísimo a petición de Felipe II.

1571 (7 de octubre): Victoria de Lepanto.

1571-72: Invierno de don Juan en Mesina.

1572 (verano): Campaña decepcionante en el Levante de la Armada de la Santa Liga.

1572-73: Invierno de don Juan en Nápoles. Amores con Diana Falangola. Nacimiento de Juana, fruto de estos amores (11 de septiembre de 1573).

1573 (27 de julio): Muerte de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli. Antonio Pérez, secretario del rey, le sustituye en el Consejo.

1573 (10-11 de octubre): Conquista de Túnez por don Juan, que vuelve a Nápoles.

1574 (25 de marzo): Don Juan recibe la Rosa de Oro del papa Gregorio XIII. Sale de misión a Génova para apaciguar los bandos rivales.

1575 (enero): Don Juan vuelve a España.

1575: Quiebra de la Hacienda Real.

1575 (junio): Don Juan regresa a Nápoles.

1576, junio: Muere don Luis de Requesens, gobernador de los Países Bajos. Felipe II nombra a don Juan en su lugar.

1576 (septiembre, octubre): Estancia de don Juan en la corte, donde habla largamente con el rey.

1576 (17 de octubre-4 de noviembre): Don Juan, disfrazado de criado, atraviesa Francia para ir a los Países Bajos. Llega a Luxemburgo el 4 de noviembre.

1576 (3 de noviembre): Saqueo de Amberes. «La furia española».

1577 (15 de febrero): Edicto Perpetuo. Marcha de los Tercios. Don Juan se queda sin tropas.

1577 (mayo): Entrada de don Juan en Bruselas.

1577 (junio-julio): Desacuerdos con Guillermo de Orange. Don Juan se apodera de Namur.

1577 (otoño): Vuelta de los Tercios a los Países Bajos.

1578 (30 de enero): Gran victoria en Gembloux de don Juan y Alejandro Farnesio. El ejército de los Estados Generales es aniquilado.

1578 (febrero): Don Juan recibe instrucciones de Felipe II ordenándole concluir la paz. Le niega los refuerzos pedidos para la conquista de Inglaterra. 1578 (31 de marzo): Asesinato en Madrid de Juan de Escobedo, secre-

tario de don Juan, por esbirros pagados por Antonio Pérez, con la aceptación tácita de Felipe II. Don Juan se entera en abril.

1578 (1 de octubre): Muerte de don Juan en Namur.

1579 (marzo-mayo): Traslado del cuerpo de don Juan a San Lorenzo de El Escorial. Honras fúnebres.

1580 (28 de julio): Antonio Pérez y la princesa de Éboli son encarcelados.

Bibliografía

Fuentes primarias

Archivo General de Simancas (AGS), Sección de Estado, Legajos 569 a 578 (Papeles de Flandes, 1576 a 1578) Legajos 1133 a 1139 (Papeles de Sicilia, 1570-1573).

Codoin (Colección de Documentos inéditos para la historia de España, especialmente, tomos III, VII, XI, XXVIII).

Obras de interés para el tema

Bennassar, Bartolomé y Lucile, *Los cristianos de Alá,* Nerea, Madrid, 1989.

Bono, Salvatore, *Schiavi musulmani nell'Italia moderna*, Ed. Scientifiche Italiane, Napoli, 1999.

Braudel, Fernand, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 2.ª ed., 2 vol, París, A. Colin, 1966. Usamos esta edición.

Canavaggio, Jean, *Cervantes*, 2a ed., Fayard, 1997.

Cerezo Martínez, Ricardo, *Las Armadas de Felipe II (Historia de la Marina española)*, Ed. San Martín, Madrid, 1988.

Cervantes Saavedra, Miguel de, *Obras Completas.* Se puede usar la edición, muy cómoda, de la editorial Castalia, Madrid, 1999. Ver, además de *Don Quijote de la Mancha, La Galatea* y *El trato de Argel*.

Chaunu, Pierre, y Escarnida, Michéle, *Charles-Quint*, Fayard, París, 2000.

Cloulas, Ivan, *Philippe II*, Fayard, París, 1992. Sigo la edición francesa.

Desportes, Catherine, *Le Siége de Malte. La grande défaite de Solimán le Magnifique*, Ed. Perrin, París, 1999.

Domínguez Ortiz, Antonio, y Vincent, Bernard, *Historia de los moriscos*, Ed. Alianza Universal, Madrid, 1984.

—, *Felipe II. Un monarca y su época. Las tierras y los hombres del Rey*, Catálogo Exposición, Valladolid, 1999.

—, *Felipe II. Un monarca y su época. La monarquía hispánica*, Catálogo Exposición, San Lorenzo de El Escorial, 1999.

Fernández Álvarez Manuel, *Testamento de Carlos V*, Ed. Nacional, Madrid, 1982.

—, *Felipe II y su tiempo*, Espasa Forum, Madrid, 1998.

—, *Carlos V, el césar y el hombre*, Espasa Forum, Madrid, 2a ed., 1999.

Gachard, Léon-P., *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays— Bas, 6* vol., Bruselas, 1848-1879.

Kagan, Richard, *Universidad y sociedad en la España moderna*, Ed. Tecnos, Madrid, 1981.

Maltby, William, *A biography of Fernando Álvarez de Toledo… 1507-1582*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1983.

Mantran, Robert (editor), *Histoire de l'Empire Ottoman*, Fayard, París, 1989.

Marañón, Gregorio, *Antonio Pérez. (El hombre, el drama, la época)*, 2 vol., 8.ª ed., Espasa Calpe, 1969.

Marcos Martín, Alberto, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*, Crítica, Barcelona, 2000.

Molinie, Annie, y Duviols, Jean-Paul (editores), *Philippe II et L'Espagne*, Col. Ibérica, N.º 11, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1999. Varios artículos se refieren a nuestro tema.

—, *Des Taureaux et des Hommes*, Col. Ibérica, N.º 12, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1999. Véase el artículo de J-R. Armogathe, pp. 93-100.

Parker, Geoffrey, *Felipe II*, Alianza Ed., Madrid, 1997.

—, *España y los Países bajos, 1559-1659*, Rialp, Madrid, 1986.

Pérez, Joseph, *L'Espagne de Philippe II*, Fayard, París, 1999.

Pierce, Frank, *La poesía épica del siglo de Oro*, Ed. Gredos, Madrid, 1968.

Zorzi, Alvise, *La Reppublica del Leone. Storia di Venezia*, Rusconi, Milán, 1979.

Algunas biografías de don Juan de Austria (Por orden cronológico)

Van der Hammen y García, L., *Crónica de don Juan de Austria*, Madrid, 1627.

Ossorio, Padre Antonio, *Vida de don Juan de Austria*, Reed. Madrid, 1946. La primera edición es del siglo XVII.

Brusle de Montpleinchamp, J., *Histoire de don Juan d'Austriche, fils de l'Empereur Charles V*, Amsterdam, 1683.

Porreno, B., *Historia del Serenísimo Señor don Juan de Austria*, Madrid, 1899.

Yeo, Margaret, *Don Juan de Austria*, 1932.

Petrie, Charles, *Don Juan de Austria*, Ed. Nacional, Madrid, 1968. Charles-Roux, Edmonde, *Stéle pour un batard*, París, 1959, 1980, París y Louvain, 1990.

González Cremona, Juan Manuel, *Don Juan de Austria, héroe de leyenda*, Planeta, Barcelona, 1994.

Ponce, Fernando, *Juan de Austria*, Col. Vidas Privadas, Alderaban, Madrid, 1999.

Vaca de Osma, José Antonio, *Don Juan de Austria*, Espasa, Madrid, 1999.

Índice onomástico

Abén Aboo, Diego, 84, 86, 89, 90

Abén Humeya, 84, 86, 87

Acuña, José de, 67, 68

Acuña, Martín de, 194

Ahmed II Barbarroja, 136, 158

Alba, duque de, 17, 52, 54, 69, 72, 81, 91, 149, 173, 180, 185, 187, 194, 196, 204, 223

Aldobrandino (cardenal), 99

Alessandrino (cardenal), 99

Alí, Uluch (rey de Argel), 91, 92, 108-110, 112, 114, 120, 125, 127, 129, 133, 148, 152-159, 177, 224 Alticozzi, Muzio, 118

Alzamora, Juan de, 24

Ana de Austria, 71, 81

Andrade, Gil de, 78, 102, 111, 112, 117, 152, 177

Anjou, duque de, 170

Aragón, Fernando de, 68

Argote de Molina, Gonzalo, 203, 211

Ávalos, César de, 117

Bacqué-Grammont, Jean-Louis, 139

Badoaro, Federigo, 35

Bajá, Acmet, 111

Bajá, Alí Müezzinzáde, 112, 119, 120, 126, 129, 136, 137, 139, 194, 214, 222

Bajá, Kassim, 148

Bajá, Mohamed, 136-138

Bajá, Pertev, 120, 136
Bajá, Said, 136-138
Bárbaro, Marcantonio, 148
Barberigo, Agostino, 108, 109, 117, 118, 120, 126, 129, 136
Bavaria, duque de, 34
Bazán, Alvaro de (marqués de Santa Cruz), 78, 102, 109, 117, 120, 125-127, 129, 156, 158, 168, 177, 205 Bey, Ama, 136
Bey, Gider, 136
Bey, Hasán, 136
Bey, Kodovan, 136
Bey, Mohamed, 136
Blomberg, Bárbara, 14, 34, 35, 36, 180, 187, 188
Boabdil, 82
Bodoarte, Oger, 33, 39, 42
Bolena, Ana, 82
Bono, Salvatore, 133
Bourdeille, Pierre de, 162
Bragadin, Marcantonio, 119, 141
Brantóme, Pierre de Bourdeille, señor de, 15, 184
Braudel, Fernand, 89, 93, 95, 96, 104, 109-111, 118, 139, 151, 160, 170, 171, 176, 231, 232
Bravo, García, 26
Buoncompagni, Ugo, 151
Busto de Villegas, Sancho, 24
Caden, Fátima, 137, 222
Calahorra, Juan de, 81, 227
Calamecca, Andrea, 202
Calvi, Lazzaro, 209

Cambiaso, Luca, 209

Canavaggio, Jean, 223

Cardona, Juan de, 78, 116, 125, 127

Carlos (infante), 12, 32, 33, 53, 56, 57, 59, 60, 62, 71-73, 75, 80, 229, 230

Carlos V, 15, 20, 28, 31-37, 39, 42, 43, 46-48, 50, 52, 56, 57, 60, 64, 71, 81, 92, 164, 172, 200, 213, 230, 231 Carlos IX de Francia, 100, 232

Carrillo, Fernando (conde de Priego), 62, 69

Caster, Sebastián de, 209

Cerezo, Ricardo, 114, 119, 158

Cervantes Saavedra, Miguel de, 13, 104, 136, 157, 211, 217-219, 223, 224

Cervelloni, Gabriel, 171

Cesi (cardenal), 99

Cisneros, Francisco Jiménez de (cardenal), 82

Ciudad Real, Hernando de, 144

Clemente VII, 64

Cobos, Francisco de los, 172

Coligny, Gaspar de, 100, 149

Colonna, Marcantonio, 97, 98, 101, 108-111, 116-118, 127-130, 143, 152, 154, 156-158, 204, 205

Córdoba, Luis de, 62, 124

Cueva, Juan de la, 211

Curiel, 233

Chaves, Diego de, 29

Chiali, Zara, 136

Chirubi, Mustafa, 136

Dara-Dagan, 136 Dacre (lord), I 88

Daza Chacón, Dionisio, 20
Deza, Diego de, 83, 85
Doria, Juan Andrea, 69, 78, 97, 98, 101, 108, 110, 113, 116, 120, 125, 127, 129, 132, 152, 173, 176, 205, 209, 222
Dragut, Alí Amurat, 65, 120
Dubois, Adrián, 33, 38, 39, 42
Duodo, 127 El Daud, 84
El Greco, Doménikos Theotokopou los, 208
El Havre, marquesa de, 13
Enrique II de Francia, 61
Enrique VIII, 82
Enríquez, Diego, 114
Enríquez, Juan, 26
Eraso, Francisco de, 36
Ercilla y Zúñiga, Alonso de, 211-214, 219
Ernesto (archiduque de Austria), 61, 88
Escobedo, Juan de, 17, 18, 20, 28, 30, 172, 181, 182, 190, 191, 195-197, 222, 233
Espinosa, Diego de, 84
Espinosa, Gabriel de, 71
Este, Alfonso, 208
Estuardo, María, 13, 14, 182, 184, 188
Falangola, Diana de, 13, 165-167
Fárax, Abel, 84
Farnesio, Alejandro, 12, 15, 17-20, 22, 56-59, 61, 138, 177, 193, 199-201, 225, 234
Farnesio, Ottavio, 56
Fee (fraile), 228

Felipe II, 12-15, 18, 19, 23, 26-33, 42, 48-52, 54, 56, 57, 59-63, 66— 68, 71-73, 75, 77, 78, 84-86, 88, 91, 93, 95-101, 103, 104, 110, 111, 130, 132, 137, 142-144, 146, 149-152, 155, 159-16 1, 166, 168, 169, 171 176, 179, 180, 182, 186-197, 200, 201, 203, 208-210, 212, 218, 222— 226, 229-233
Felipe III, 190
Fernández, Francisco, 40
Fernández Álvarez, Manuel, 31, 35, 231
Fernández de Córdoba, Gonzalo, 86
Fernández Modafal, Juan, 83
Fernando el Católico, 82
Fernando II, 204
Figueroa, Lope de, 19, 22, 103, 114, 143, 144, 146, 231
Flórez, Enrique, 20
Forneron (historiador), 196
Foscarini, Jacopo, 152, 156, 159, 160
Francisco I, 64, 169
Frayken, 36
Galarza, Juan, 44
Galleoti, Giuseppe, 202
García de Morales (capellán), 44
Gaztelu Martín de, 24, 26, 27
Giustiniani, 120
Gómez, Juan, 24
Gómez de Silva, Ruy (príncipe de Éboli), 61, 69, 90, 172, 173, 195, 196, 222
Góngora y Argote, Luis de, 211, 217, 219
Gonzaga, Octavio, 183, 204, 205, 233
González Cremona, J. M., 168

Granada, Luis de, 59
Granvela, Antonio Perrenot, señor de (cardenal), 30, 97, 99, 100, 104, 105, 111, 150, 151, 161, 162, 164, 165, 177, 222
Grasis (cardenal), 99
Gregorio XIII, 13, 14, 137, 151, 159, 161, 170, 171, 173, 182, 188, 203, 208, 226
Grimaldo, Jorge, 108
G uerrero, Pedro, 86
Guillen Prieto (capellán), 44
Guise, Henri de, 184, 195, 222
Gutiérrez, Rufo, 217
Guzmán, Eufrasia de, 63
Guzmán, Juan de, 67
Habaqui, Hernando el, 83, 89, 90 Hartlaub, G., 104
Henrique (cardenal), 194
Herrera, Fernando de, 211, 214
Hurtado de Mendoza, Diego, 87
Idiáquez, Juan de, 172, 176
Insausti, 197
Isabel de Inglaterra, 14, 18, 20, 35, 66, 82, 112, 182, 188, 198
Isabel de Valois, 54, 56, 61-63, 70, 71, 76, 80, 81, 227, 229
Isabel Clara Eugenia (infanta), 70
Isabel la Católica, 82
Jaime I de Inglaterra, 146
Juan, Honorato, 58
Juana de Austria, 166, 201, 222
Juana de Portugal, 42, 46, 48-50, 53, 57
Kegel Pyramus, Jerónimo, 35

Kretschmayr (historiador), 139
Laurin, Mac, 20
Leyva, Antonio de, 63
Leyva, Sancho de, 78, 103
Lippomano, Girolamo, 163
Lomelin, Juan Bautista, 108, 120
López Madera, Gregorio, 202
Loredan, Juan, 136
Loredan, Pietro, 93
Los Vélez, marqués de, 85-87, 89, 181
Luján, Pedro de, 69
Luján, Néstor, 21
Mal Lara, Juan de, 211
Manrique, Gabriel, 69
Marañón, Gregorio, 29, 163, 166, 195, 196, 199, 229, 231
Margarita de Navarra, 184 Margliani, Giovanni, 194
Mármol, Luis de, 84, 87, 163
Massy, Francisco, 33, 38-40
Matías (archiduque), 193
Maximiliano II, 61, 66, 165, 193, 208
Médicis, Catalina de, 112, 138
Medina, Ana de, 38-40, 42
Medina, Diego de, 39
Medinaceli, duque de, 67
Melón, Giovanni, 37, 210
Mendoza, Ana de (princesa de Éboli), 28, 29, 61, 70, 196
Mendoza, Bernardino de, 69
Mendoza, María de, 13, 70, 71, 75— 77, 81, 91, 164, 167

Mendoza, Pedro de, 222
Mendoza, Rodrigo de, 187, 222
Mocénigo, Alvise, 143, 208
Moneada, Miguel de, 102, 114
Mondéjar, marqués de, 83, 85, 104, 181
Morales, Ambrosio de, 217
Morone (cardenal), 99
Muley Hamida, 92, 169, 171
Muley Hassán, 92
Muley Mahamet, 171
Muri, Estefano, 108
Nassau, Ludovico de, 149
Negri, Cesare, 177
Negrón, Juan, 108
Neville, Charles, 188
Niño de Zúñiga, Gabriel, 23, 25, 26
Núñez Muley, Francisco, 83
Orange, Guillermo de, 18-20, 81, 185-188, 191-193, 198, 223, 225
Ormanetti, Nicolás, 173
Osorno, conde de, 69
Ossorio, Antonio, 19, 63, 68, 69, 75, 167, 199
Oubat (enviado de Selim II), 92, 93, 95
Pablo III, 57 Pablo IV, 94
Pacheco (cardenal), 99, 148
Pacheco, Francisco, 211
Padilla, Martín de, 126
Pallavicino (comandante), 98

Parisot de la Valette, Jean, 65-67
Parker, Geoffrey, 29, 150, 186, 229, 231
Parma, Margarita de, 15, 31, 56, 72, 165, 166, 222
Paulo III Farnesio, 203
Percy, Thomas, 188
Perey-Zaga (gobernador de Nau plia), 136
Pérez, Antonio, 18, 20, 28-30, 172, 173, 179, 182, 183, 188, 190— 192, 195-197, 200, 222, 233
Pérez, Gonzalo, 172
Pérez de Hita, Ginés, 87
Petrie, Charles, 225, 229
Piali (almirante), 66
Pierce, Frank, 212 Pío II, 94
Pío IV, 66, 94
Pío V, 13, 14, 59, 93-102, 104, 111, 126, 132, 133, 137, 142-144, 146, 148-151, 158, 170, 202, 208, 218, 226 Ponce, Fernando, 69, 168
Porras, Pedro de, 56
Prevost, Charles, 42, 43
Quijada, Luis de, 32, 37, 40, 42-53, 68, 69, 86, 88, 89, 227, 229
Quirini, Marco, 108, 109, 117, 120, 126
Quirino, Vincencio, 136, 152
Radcliffe, 198
Ragazzoni, Jacopo, 99
Ramadán, Cayto, 92
Ramírez, Diego, 164
Requesens y Zúñiga, Luis de, 17, 75, 76, 78, 94, 101, 110, 138, 151, 168, 181, 187, 205, 210, 222

Rodolfo (archiduque de Austria), 61, 88
Ruiz Martín, Felipe, 176
Rusticucci (cardenal), 99
Saavedra, Gonzalo, 26
Saboya, Manuel Filiberto de, 101
San Gerónimo, Juan de, 132
Sánchez Coello, Alonso, 55, 63, 181, 201, 203, 204
Santos, Francisco de los, 208
Saratosia, Zenobia, 167
Sauli, Birindelo, 108
Sciuluk, Mehemed (Scirocco), 120, 126, 136
Sebastián de Portugal, 18
Selim II, 92, 137, 138, 159
Serrano (historiador), 139
Serviá, Miguel de, 228
Sessa, duque de, 84, 85, 87, 89, 223
Sokolli, Mehemet, 92, 99, 148
Solimán, 65
Soranzo, Benedicto, 136
Soranzo, Giovanni, 99, 148, 156
Soto, Juan de, 124, 143, 168, 172, 189, 222
Sotomayor, Alonso de, 29, 195, 233
Stambone, Antonio, 166
Stirling-Maxwell, William, 59
Suriano, Michele, 99
Talavera, Hernando de, 82
Tarsis, Juan de, 26
Tassis, Juan Bautista de, 69

Tiépolo, Paolo, 148
Tintoretto, 204, 205
Tiziano, 15, 17, 205, 208
Toledo, Ana de, 13, 167, 168, 181
Toledo, Fernando de, 69
Toledo, Francisco de, 192
Toledo, García de, 66, 67, 75, 110, 111, 183, 189, 194, 222, 227, 228, 232
Toledo, Pedro de, 110
Topete, Juan Bautista, 203
Torrecillas, Hernando de, 25
Torres, Luis de, 95, 96
Tudor, María, 42
Ulloa, Magdalena de, 37, 43-48, 52, 53, 70, 71, 81, 143, 165, 180, 183, 222, 226, 227
Vaca de Osma, José Antonio, 168, 199
Valdivia, Pedro de, 212
Vanderhammen, Lorenzo, 199
Vázquez, Juan de, 48, 49
Vázquez de Leca, Mateo, 28, 29, 172, 196, 197
Vega, Lope de, 211
Vela, Bautista, 40
Veniero, Sebastián, 108, 109, 116— 118, 128, 141, 142, 156, 160, 204, 205
Vesalio, Andrés, 60
Vicentino, Andrea, 205
Vives, Luis, 58
Wájten (historiador), 139
Walsingham, Francis, 18

Zaguer, Hernando el, 84, 86
Zane, Gerolamo, 97, 98
Zapata, Gerónimo, 26
Zapata, Luis, 164
Zapata de Cárdenas, Pedro, 26
Zarco (padre), 29
Zayas, Gabriel de, 172
Zayga, Alí, 136
Zúñiga, Diego de, 184
Zuñiga, Juan de, 99, 137, 148, 150, 151, 061, 188, 222
Zustinian, Onfré, 142

Notas

[1] Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantóme, *Oeuvres complètes*. T. I, *Vies des Grands Capitaines étrangers*, Ed. Lalanne, 1864. <<

[1] Piero di Tiziano Vecellio (1489 ± -1576), nacido en Cadore, cerca de Venecia, pintor favorito de Carlos V, de quien hizo varios retratos, y por eso bien representado en el museo del Prado. Durante su estancia en Augsburgo, al lado del Emperador y de su hijo, el futuro Felipe II, de 1548 a 1551, pintó a ambos. También retrató al papa Pablo III y a sus nietos, Ottavio y Alejandro Farnesio. <<

[2] Sebastián I (1554-1578), rey de Portugal de 1557 a 1578, muerto en la famosa batalla de Alcazarquivir, llamada «de los tres reyes», verdadero desastre para el ejército portugués y para Portugal pues se hubo de saldar el rescate de gran parte de la nobleza portuguesa, prisionera de los marroquíes después de la batalla. <<

[3] Véase Relación de la enfermedad y muerte del Señor Don Juan de Austria, cuyo cuerpo se llevó de Flandes a España y está enterrado en San Lorenzo el Real al lado del Emperador Carlos V su padre, manuscrito hallado en la biblioteca del padre Flórez. El último biógrafo de don Juan de Austria, José Antonio Vaca de Osma, cuya obra apenas tuvimos tiempo de examinar, después de revisar concienzudamente las distintas hipótesis relativas a la muerte de don Juan, se inclina a favor del veneno. Nosotros, seguimos creyendo en la causa natural citada arriba, aun-

que no existe certidumbre. Ver Vaca de Osma, José Antonio, *Don Juan de Austria*, Ed. Espasa, Madrid, 1999, pp. 353-358. <<

[4] Según Néstor Luján, «De qué murió Juan de Austria»—, en *Jano*, diciembre 1985-enero 1986, vol. XXIX, n.º 667. <<

[5] *Ídem. Relación de la enfermedad y muerte…, op. cit*. <<

[6] *Ibídem*. <<

[7] *Ibídem*. <<

[8] *Ibídem*. <<

[9] Parker, Geoffrey: *Felipe II*, Alianza Editorial, Madrid, 1997 (ed. corregida y aumentada), pp. 187-188. El autor se refiere especialmente a un manuscrito de la British Library, Ms. adicional 28, 262/599-601. Va sin fecha pero es de 1577 o 1578. Añade el autor sobre el particular: «Cualquiera que fuese la verdad, no existen documentos originales que prueben irrefutablemente que Felipe sospechaba —o no— de propósitos de traición en don Juan y Escobedo. Las copias de Pérez, que no son autenticadas, no serían aceptadas como prueba en ningún tribunal moderno». Lo que sugerimos es que Felipe nutría por lo menos recelos con respecto a su hermano y que, una vez desengañado, quiso dar el brillo máximo a las exequias finales. Eso no niega en absoluto las ambiciones bien ciertas de don Juan. <<

[10] Marañón, Gregorio: *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época*, 8.ª ed., Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 246. Esta excelente edición es la que usaremos cuando nos refiramos a esta importante obra del doctor Marañón. El proceso se halla en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, Ms 6552, bajo el título *Proceso partis fiscalis d.n. regis contra Antonium Pérez*, y los cargos 5.º y 8.º son especialmente elocuentes. <<

[1] Véase Manuel Fernández Álvarez, *Testamento de Carlos V*, Madrid, Editora Nacional, 1982. <<

[2] Así el padre Antonio Ossorio, S. J., uno de los primeros biógrafos de don Juan, no dudó en escribir: «Cúpole en suerte (a don Juan) una madre —si alguna vez los rumores de la fama tuvieron categoría de verdad— de la más encumbrada nobleza, por cuya honra, mirando justamente, el emperador, la suplantó por Bárbara Blomberg, de una distinguida familia que soportaba de muy buen grado esta imputación, a cambio de las ventajas y celebridades por su hermosura». Ver Padre Antonio Ossorio, *Vida de don Juan de Austria*, Madrid, Blass, S. A. Tipográfica, 1946, p. 7. Se trata de una traducción del latín pues la obra original fue escrita en 1652 y revela un apasionamiento en contra de Felipe II, además de mucha desenvoltura con respecto al rigor de la historia, ya que el autor se equivoca por lo menos dos veces en este breve relato. <<

[3] Fernando Ponce, *Juan de Austria*, Ed. Alderaban, Madrid, 1999, p. 29. <<

[4] Se puede consultar el extracto de la *Relación* publicado en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, ed. Aguilar, Madrid, 1952, T. I, p. 1.109. <<

[5] Parece increíble la incoherencia de los diccionarios y enciclopedias en el particular, y también sorprenden los errores cometidos por historiadores de mucho vuelo. Así, en su tomo 8.º, publicado en 1958, la *Enciclopedia Espasa Calpe*, p. 1.182, da la fecha del 24 de febrero de 1545; la *Enciclopedia Espasa*, en el tomo 3, p. 1.290, aunque muy reciente, da la misma fecha, además de varios errores. La *Gran Enciclopedia de España* (T. 12, 1998) en su artículo dedicado a Juan de Austria, repite el error. También se equivoca la *Enciclopedia* dirigida por Miguel Artola. En cambio, la *Enciclopedia Rialp*, T. XIII, gracias a M. Espada Burgos, apunta la fecha del 24 de febrero de 1547. Entre los historiadores que, a pesar de la demostración de M. Gachard, siguen con el dato erróneo de 1545, no entiendo cómo puede fi-

gurar el máximo especialista en Carlos V, Manuel Fernández Álvarez. Es cierto que don Manuel no se interesa de verdad por este tema. Sin embargo, en el cuadro de los hijos ilegítimos del emperador pone a don Juan de Austria con fecha de nacimiento en 1545. Ahora, nosotros, leyendo con sumo cuidado el relato de los hechos del emperador en el año de 1544 por don Manuel, no hallamos huella de ninguna estancia por Ratisbona ni de su posibilidad, mientras que la estancia es larga en 1546. (Cf. Manuel Fernández Álvarez, *Carlos V. El césar y el hombre*, Madrid, Espasa, 1999, p. 591). Suponemos que Joseph Pérez siguió a don Manuel. Al contrario, Ivan Cloulas y Geoffrey Parker señalan el 24 de febrero de 1547. Incluso en los excelentes catálogos de las exposiciones organizadas por la Sociedad Estatal por los Centenarios de Felipe II y Carlos V en 1999 (El Escorial y Valladolid) se encuentran alternativamente las dos fechas. <<

[6] *Felipe II. Un monarca y su época. Las tierras y los hombres del rey*, Valladolid, 1999, Fig. 228. <<

[7] Ver Bartolomé Bennassar, *Valladolid en el Siglo de Oro*, Ed. Ámbito, Valladolid, 1989, pp. 112-14. <<

[1] Citado por Ch. Petrie, *Don Juan de Austria*, trad. del inglés por Luis Ruiz Hernández, Ed. Nacional, Madrid, 1968, p. 37. <<

[2] *Ídem*, p. 40. <<

[3] Véase Richard Kagan, *Universidad y Sociedad en la España moderna*, Ed. Tecnos, Madrid, 1981, p. 295. <<

[4] Citado por Ch. Petrie, *op. cit.*, p. 49. <<

[5] André Vesale (1514-1564), Vesalio en castellano, fue el más famoso médico y cirujano de su tiempo. Nacido en Bruselas, hijo de un boticario, se fue a París para seguir estudios de medicina pero pronto discrepó de la enseñanza demasiado tradicional de sus maestros. De vuelta a Lovaina se entregó a la práctica de disecciones humanas, en contra de las reglas de la época.

Entonces, resolvió ir a Padua cuya universidad era la más libre de la época, donde consiguió el título de doctor. Publicó en Basilea, en 1542, su obra fundamental, *De humanis corporis fabrica*, con 323 litografías de categoría excepcional. Fue un escándalo pero Carlos V, a quien Vesalio había dedicado la obra, supo entender las genialidades del autor y le tomó a su servicio. A partir de 1544 siguió al emperador en todos sus viajes, o casi. Pudo de este modo volver a Bruselas pero, tras la abdicación de Carlos V, pasó al servicio de Felipe II a quien acompañó a España en 1559. Salió del país en 1563, es decir, después de la trepanación de Carlos, no sabemos exactamente por qué. Hizo un viaje a Tierra Santa, y murió en el viaje de regreso. <<

[1] Véase José Antonio Vaca de Osma, *Don Juan de Austria, op. cit.*, p. 90. <<

[2] Según Pablo Nogueira, «Philippe II d'Espagne: les femmes de sa vie», en *Philippe II et l'Espagne*, Col. Ibérica, n.º 11, Presse de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 1999, pp. 217-33. <<

[3] P. Antonio Ossorio, *op. cit.*, p. 303. <<

[4] Hemos consultado a Catherine Desportes, *Le Siége de Malte. La grande défaite de Solimán le Magnifique*. 1565, Ed. Perrin, París, 1999. <<

[5] José Antonio Vaca de Osma, *op. cit.*, p. 103. <<

[6] Fernando Ponce, *Don Juan de Austria, op. cit.*, p. 90. <<

[7] José Antonio Vaca de Osma, *op. cit.*, p. 103. <<

[8] Véase Padre Antonio Ossorio, *op. cit.*, p. 27. <<

[9] Aludimos a esta historia curiosa, pero ahora muy conocida, en nuestra obra *Valladolid en el Siglo de Oro*, trad. española en Ed. Ámbito, Valladolid, 1989. Fernand Braudel nos señaló el Ms. Egerton del British Museum que contaba el episodio. <<

[1] Estas instrucciones, de carácter personal, han sido publicadas por completo varias veces, así por Lorenzo Van der Ham-

men, uno de los primeros biógrafos de don Juan, como más recientemente por Charles Petrie. (Lorenzo Van der Hammen, *Don Juan de Austria*, Madrid, 1627, pp. 42— 44; reproducido por *Sir* Charles Petrie, *op. cit.*, pp. 60-64). <<

[2] Véase Ricardo Cerezo Martínez, *Las Armadas de Felipe II* (Historia de la Marina Española), Ed. San Martín, Madrid, 1988, pp. 102-112. <<

[3] Bartolomé y Lucilo Bennassar, *Los cristianos de Alá*, trad. esp., Nerea, Madrid, 1990. <<

[4] A propósito del problema morisco consultemos a Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *Historia de los moriscos*, Ed. Alianza Universal, Madrid, 1984, especialmente pp. 23-33. <<

[5] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, ed. de 1966, T. II, p. 359. <<

[6] La palabra «turco» en el lenguaje de la época califica tanto a los berberiscos del norte de África como a los otomanos. <<

[7] Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, p. 49. <<

[8] *Ídem*, p. 38. <<

[9] Citado por Fernando Ponce, *op. cit.*, p. 82. <<

[10] Véase Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen…, op. cit.*, ed. de 1966, T. II, pp. 366-369. <<

[1] José Antonio Vaca de Osma, *op. cit.*, p. 121. <<

[2] Fernand Braudel, *op. cit.*, ed. de 1966, T. II, pp. 364-366. <<

[3] *Ídem*, pp. 330-332 y 377. <<

[4] *Ídem*, p. 379. <<

[5] *Ídem*, pp. 379-382. Véase también Ricardo Cerezo Martínez, *Las Armadas de Felipe II, op. cit.*, pp. 213-216. <<

[6] Citado por Geoffrey Parker, *Felipe II*, trad. esp., Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 152. <<

[7] Fernand Braudel, *op. cit.*, pp. 374-380. <<

[8] Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, pp. 213-216. <<

[9] Fernand Braudel, *op. cit.*, T. II, p. 392. <<

[1] Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, p. 217. <<

[2] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II, op. cit.*, T. II, p. 394. <<

[3] Ver «Conseils d'un Milanais á don Juan D'Autriche», presentados por R. Fouche-Delbosc, en *Revue Hispanique*, n.º 8, 1901, pp. 61-82. <<

[4] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen…, op. cit.*, T. II, p. 392. <<

[5] *Ídem*, p. 395. <<

[6] Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, pp. 220-221. <<

[7] Véase, por ejemplo, «Relación de lo sucedido en la Armada de la Santa Liga desde el 30 de septiembre deste año de 1571, hasta los diez de octubre». Es una de las muchas relaciones de la batalla que se hicieron en el mismo año, en Codoin, T. III, pp. 259-269. <<

[8] Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, pp. 220-224. El plano que reproducimos está inspirado en el plano publicado por este autor. <<

[9] Uluch (Eudj) Alí, renegado calabrés, hizo una gran carrera en la flota otomana. Después de Lepanto fue el artífice de la reconstrucción de la Armada turca de la que llegó a ser *kapitán pacha*, es decir, gran almirante. Fue también rey de Argel. Murió en 1587. <<

[10] Esta arenga viene en la misma relación que en la citada en la nota 6. Arengas del mismo tono se hallan en otras relaciones

conservadas en la Biblioteca Nacional de Madrid o en la Biblioteca de El Escorial. <<

[11] Véase «Relación del repartimiento que se hizo de los bajeles, artillería y esclavos que se tomaron de los turcos en la victoria de la batalla de los 7 de octubre de 1571, en el puerto de Santa Maura a 18 del mismo en presencia del Excmo. Sr. Marco Antonio Colonna, general de su Santidad, y de los diputados de S. M y señores venecianos», en Codoin, *op. cit.*, T. III, pp. 227-238. <<

[12] Salvatore Bono, *Schiavi musulmani nell'Italia Moderna*, Ed. Scientifiche Italiane, Perugia, 1999, pp. 51-52. <<

[13] Relación de la batalla naval de Lepanto, sacada de las *Memorias* de fray Juan de San Jerónimo, en Codoin, *op. cit.*, T. III, pp. 239-246. <<

[14] Véase «Lista de las cabezas enemigas que murieron, y quedaron presos, y se salvaron, los cuales todos traian fanales», en Codoin…, *op. cit.*, T. III. pp 253-254. <<

[15] Carta de Felipe II a don Juan de Zúñiga, su embajador en Roma, sobre el repartimiento de la presa ganada en la batalla de Lepanto (San Lorenzo, 25 de noviembre de 1571), en Codoin…, *op. cit.*, T. III, pp. 234— 236. <<

[16] «Propuesta hecha al Sr. D. Juan de Austria, con los decretos de S. A. puestos a continuación, sobre el modo como podría hacerse el repartimiento de la presa que tocó a las galeras de S. M. a consecuencia de la victoria de Lepanto», en Codoin…, *op. cit.*, T. III, pp. 230-234. <<

[17] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen…, op. cit.*, T. II, pp. 396-397. <<

[18] Jean-Louis Bacque-Grammont, en *Histoire de l'Empire Ottoman*, dirigida por Robert Mantran, Fayard, París, 1989, p. 156. <<

[1] Véase Alvise Zorzi, *La Repubblica del Leone. Storia di Venezia*, Rusconi, Milán, 1979, p. 358. <<

[2] *Ídem*, p. 356. <<

[3] Margaret Yeo, *Don Juan d'Autriche*, pp. 223-227. <<

[4] Alvise Zorzi, *op. cit.*, p. 358. <<

[5] Véase Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen…, op. cit.*, T. II, p. 406, y Ricardo Cerezo Martínez, Las Armadas de Felipe II, *op. cit.*, p. 226. <<

[6] *Ídem*. Ver también la carta de Granvela a don Juan de Zúñiga, AGS, Sección Estado, Leg. 1061, fol. 11. En cuanto a la demostración de Geoffrey Parker, ver *España y los Países Bajos, 1559-1659*, Rialp, Madrid, 1986, pp. 167-183. <<

[7] Fernand Braudel, *op. cit.*, T. II, p. 408. <<

[8] *Ídem*, T. II, pp. 408-409. <<

[9] *Ídem*, T. II, pp. 410-412, y Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, pp. 225-227. <<

[10] Fernand Braudel, *op. cit.*, T. II, p. 412. <<

[11] Ver «Relación de lo que hizo la Armada de la Liga el año de 1572», en Codoin, T. XI, pp. 372-391. <<

[12] Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, I, cap. XXXIX. Esta relación esta hecha por el famoso cautivo de Cervantes y corresponde a las propias aventuras de Cervantes que, como lo saben todos, no fue cautivado en Lepanto sino en 1575 cerca de la costa catalana. Cervantes tomó parte en la campaña de 1572 de modo que estuvo en los encuentros de Navarino y Modon. <<

[13] Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, p. 226. <<

[14] Miguel de Cervantes, *ídem*, I, cap. XXXIX. <<

[15] *Ídem*: son los términos en los cuales Cervantes presenta a don Álvaro de Bazán. <<

[16] Ricardo Cerezo Martínez, *op. cit.*, p. 229. <<

[1] Véase «Conseil d'un Milanais á don Juan d'Autriche», en *Revue Hispanique*, n.º 8, 1901, pp. 65-66. <<

[2] Pierre de Brantóme, *Oeuvres Complètes*, T. II, *Grands Capitaines Étrangers*, pp. 108-110. <<

[3] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez…, op. cit.*, T. I, p. 220. <<

[4] Véase Jean-Robert Armogathe, «Il gioco del toro: corridas et divertissements publics dans la Naples aragonaise», en *Des Taureaux et des Hommes*, Col. Ibérica, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1999, pp. 92-100. <<

[5] Véase Luis Zapata de Chaves, «Caballeros, Toros y Toreros en el siglo XVI», en *Revista de Estudios Taurinos*, Publ. de la Fundación de Estudios Taurinos, n.º 8, pp. 159-178, Sevilla, 1998. <<

[6] La han publicado Charles Petrie, Margaret Yeo, José Antonio Vaca de Osma, etc. <<

[7] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez…, op. cit.*, T. I, p. 222. <<

[8] Fernando Ponce, José Antonio Vaca de Osma, *op. cit.* <<

[9] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II, op. cit.*, T. II, pp. 417-422. <<

[10] Archivo General de Simancas, Sección Estado, Legajo 1062, fol. 96. <<

[11] Fernand Braudel, *op. cit.* T. II, pp. 420-421. <<

[12] «Conseils d'un Milanais á don Juan d'Autriche», *op. cit.* (véase nota 1), pp. 67-68. <<

[13] Fernand Braudel, *op. cit.*, T. II, p. 423. <<

[14] «Conseils d'un Milanais á don Juan d'Autriche», *op. cit.*, pp. 70-71. <<

[1] Véase William S. Maltby, *Alba. A biography of Fernando Álvarez de Toledo. 1507-1582*, Univ. of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1983. Abundan las referencias relativas a Bárbara de Blomberg, así en el epistolario del duque de Alba, carta a Zayas del 7 de junio de 1573. En AGS, Estado, Leg. 556, fol. 204-205, se encuentra otra queja de Catalina de Bosbeque contra Bárbara. <<

[2] Charles Petrie expuso detalladamente los pormenores de este negocio, usando varias citas sacadas del AGS en su obra, *Don Juan de Austria, op. cit.* Usamos la reedición de la Editora Nacional, Madrid, 1968. <<

[3] Ver Codoin, *op. cit.*, T. III, pp. 177-178. <<

[4] Estamos plenamente de acuerdo con Ivan Cloulas, *Philippe II, op. cit.*, p. 363. La anécdota contada por Brantóme es inverosímil. <<

[5] Véase Geoffrey Parker, *España y los Países Bajos, 1559-1659, op. cit.*, pp. 161-162. <<

[6] Geoffrey Parker, *Felipe II, op. cit.*, p. 165. <<

[7] Carta citada por Juan Antonio Vaca de Osma, *Don Juan de Austria, op. cit.*, p. 284. <<

[8] Véase William Maltby, *Alba…, op. cit.*, Nota 1. <<

[9] Codoin, *op. cit.*, T. III, pp. 181-182. <<

[10] Citado por Geoffrey Parker, *Felipe II, op. cit.*, p. 176. Parece que esta carta se encuentra en la Koninklijke Bibliothek de La Haya, Ms. 128 b. 3. <<

[11] Véase Alberto Marcos Martín, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*, Barcelona, 2000, pp. 434-436. El autor pone muy en claro el proceso del aumento de las alcabalas, con sus altibajas de 1557 a 1591. <<

[12] Geoffrey Parker, *Felipe II, op. cit.*, p. 177. <<

[13] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II, op. cit.*, T. II, pp. 432-447. El autor recuerda los brotes de negociaciones en los mismos tiempos de don Juan antes de dedicar su atención a las misiones de Martín de Acuña y Giovanni Margliani. <<

[14] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez, op. cit.*, T. I, p. 254. Que sepamos no se ha superado aún la encuesta del médico-historiador. El problema procede de que muchos documentos fueron destruidos, unos por el mismo Pérez, otros por don Juan que recomendaba a veces a sus corresponsales que actuaran así. Pero el proceso publicado por el padre Zarco tiene suficientes pruebas. <<

[15] Gregorio Marañón, *op. cit.*, T. I, p. 260. <<

[16] *Ídem*. Hay que leer las páginas 215 a 276 de este tomo. Son sugestivos algunos títulos de Gregorio Marañón, así: «Pérez tiende la red a don Juan» o «El drama de Felipe II. Don Juan de Austria y Antonio Pérez». <<

[1] José Antonio Vaca de Osma, *Don Juan de Austria, op. cit.*, pp. 367— 372. <<

[2] P. Antonio Ossorio, *Vida de don Juan de Austria, op. cit.*, p. 302. <<

[3] Ver *Felipe II; Un monarca y su época. La monarquía hispánica*, Sociedad Estatal por la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, El Escorial, 1999, Catálogo 268 y fig. p. 280. <<

[4] Ver *Felipe II. Un monarca y su época. Las tierras y los hombres del Rey*, Sociedad Estatal…, Valladolid, 1999, fig. 217. <<

[5] *El Escorial. La huitième merveille du monde*, Ed. Patrimonio Nacional, Madrid, 1987, fig. 138. <<

[6] *Felipe II… Las tierras y los hombres del Rey, op. cit.*, fig. 219 y 240. <<

[7] *Ídem*, fig. 217. <<

[8] *Ídem*, fig. 221. <<

[9] *Ídem*, fig. 218. <<

[10] *Ídem*, fig. 231. <<

[11] Marc Bouyer, «Philippe II et Le Greco», en *Philippe II et l'Espagne*, bajo la dirección de Annie Molinie y Jean-Paul Duviols, Col. Ibérica, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 1999, p. 36. <<

[12] Esta obra figura en *L'Orient des Provengaux dans l'Histoire*, Exposición de Marsella (Francia), 1982-83, Archives de la Ville, Marsella, p. 46. <<

[13] *Felipe II… Las tierras y los hombres del Rey, op. cit.*, fig. 220. <<

[14] *Ídem*, fig. 226, 227, 228. <<

[15] Frank Pierce, *La poesía épica del siglo de Oro*, Ed. Gredos, Madrid, 1968, p. 266. <<

[16] Aconsejamos el estupendo artículo de Michéle Escamilla-Colin, «Saint-Quentin et Lépante á la lumiére de l'Araucanie», en *Philippe II et l'Espagne, op. cit.*, pp. 67-88. <<

[17] Seguimos a Jean Canavaggio, *Cervantes*, Ed. Fayard, París, 1997, p. 118. <<

[18] *Ídem*, pp. 55-64. <<

[19] En cualquier edición del *Quijote*, ver el Prólogo al lector de la segunda parte y el capítulo XXXIX de la primera parte. No olvidemos que Cervantes tomó parte también después de la curación de su herida en la campaña del año 1572. <<

[1] *Epistolario del III Duque de Alba, Don Fernando Alvarez de Toledo*, 3 vol., Madrid, 1952. <<

[2] Muchas cartas, enviadas o recibidas por don Juan, han sido publicadas en la Codoin (Colección de Documentos inéditos para la Historia de España, especialmente en los tomos III (co-

rrespondencia con don García de Toledo) y XXVIII. Pero quedan más en ciertas secciones del Archivo General de Simancas, así como en la Secretaría de Estado (Papeles de Sicilia), Legajos 1061, 62, 63, 64, 1134 (1571), 1138 (1572) y Estado (Papeles de Flandes), Legajos 569 (1576), 571 (1577), 572 (1577), 576 (1578). También en el Archivo Farnesino de Roma donde está la correspondencia con Margarita de Parma y tal vez con Alejandro, la cual desconocemos. <<

[3] Jean Canavaggio, *Cervantes, op. cit.*, pp. 93 y 111. <<

[4] Ver «Relación de lo sucedido en el Armada de la Santa Liga desde el 30 de septiembre deste año de 1571, hasta los diez de octubre», en Codoin, *op. cit.*, T. III, p. 264. <<

[5] Cartas de don Juan a don García de Toledo del 17 de octubre de 1576 y 21 de febrero de 1577, en Codoin, *op. cit.*, pp. 177-178 y 181-182. <<

[6] *Ídem*, pp. 179-181 y 182-183. <<

[7] Miguel de Serviá, «Relación de lo que hizo la Armada de la Liga el año de 1572»; «Relación de lo que se hizo el año de 1573», en Codoin, *op. cit.*, T. XI, pp. 391, 408, 453. <<

[8] Geoffrey Parker, *Felipe II, op. cit.*, p. 174. <<

[9] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez, op. cit.*, T. I, p. 221. <<

[10] Codoin, *op. cit.*, T. III, pp. 179-183. <<

[11] Fernand Braudel, *La Méditerranée…, op. cit.*, T. II, p. 421. <<

[12] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez…, op. cit.*, T. I, pp. 234-237. <<

ÍNDICE

Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio	3
Introducción	6
Capítulo I — Funeral barroco: muerte y gloria	11
Capítulo II — Jerónimo, el encubierto	24
Capítulo III — Un joven de buen tono	39
Capítulo IV —Diversiones cortesanas y sueños de cruzada	51
Capítulo V —El mar y la guerra	63
Capítulo VI — La hora del destino	78
Capítulo VII — Lepanto	92
Capítulo VIII —Triunfo y frustración	118
Capítulo IX — El descanso del héroe	135
Capítulo X — La trampa	151
Capítulo XI — Don Juan, mitificado	170
Capítulo XII — Balance. La vida acelerada de un caudillo inquieto	188
Datos cronológicos	201
Bibliografía	205
Índice onomástico	209
Notas	221